Muerte invisible
Maxwell Grant



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
CARDONA TIENE UN PRESENTIMIENTO

Rodolfo Weston, comisario de policía, estaba sentado a su mesa. Con un codo en la ancha superficie cubierta con una tapa de cristal, descansando la barbilla en una mano, miraba con fijeza al detective José Cardona.

Era la primera entrevista entre el recién nombrado comisario y el famoso detective, reconocido como el mejor sabueso de Nueva York. Junto al comisario, había un montón de informes hechos a máquina que había estudiado detenidamente. Ahora, en presencia del detective, dio unos golpecitos al montón de papeles, mientras hablaba.

-He estado estudiando sus informes, Cardona-dijo-. Deseo felicitarle por la capacidad de trabajo e inteligencia que ha desplegado. Ha sido usted un factor importantísimo en la lucha contra el crimen.

José Cardona de rostro moreno y severo, no cambió de expresión al oír el elogio. Las palabras del comisario le agradaban, pero el detective tenia la costumbre de mantener el rostro impasible en todas las circunstancias.

Weston sonrió pensativo, mientras le observaba atentamente.

-He seguido con verdadero interés su labor-continuó-. Encuentro que posee una aptitud extraordinaria para la solución práctica de los problemas criminales. Noto, sin embargo, que rara vez recurre al método especulativo, a la hipótesis. Esta es la cuestión que deseo discutir con usted hoy.

Los ojos de José Cardona se achicaron al devolver la mirada del comisario.

-¿A qué llama usted hipótesis?-inquinó.

-Todos los crímenes-explicó Weston-, exigen un doble tratamiento. Los métodos prácticos, tales como la detención, el interrogatorio, la red barredora, y otros procedimientos similares, son inútiles en la mayoría de los casos. La teoría, en la cual el crimen se considera como un estudio serio, es tan esencial como la práctica al abordar un problema desconcertante.

-Estoy de acuerdo-declaró Cardona-. Yo uso la teoría también, pero mezclada con un tratamiento práctico. Mi idea es obtener los hechos concretos de un caso. Cuanto antes se hace esto, tanto más rápidos son los resultados. Se puede seguir la pista de media docena de hechos concretos, mientras puede desesperarse siguiendo una hipótesis imaginaria que no carduce a nada positivo. Consigo los hechos y olvido el resto. Esto es lo que da resultados.

El comisario continuaba silencioso. Una leve sonrisa apareció en sus labios.

La sonrisa intranquilizó a José Cardona. Adivinó que su rotunda declaración iba a ser objeto de criticas. Esperó, decidido a defender su sistema.

-¿Me ha dado usted su opinión definitiva?-interrogó el comisario.

Cardona asintió.

-¿Cree usted, realmente-continuó el comisario-, que el informe final sobre un caso resuelto debe estar despojado de toda clase de impresiones incongruentes e ideas poco sólidas?

-Ciertamente-afirmó Cardona.

-Entonces, ¿por qué ha dejado usted con frecuencia un elemento de profunda incertidumbre, en conexión con los casos que ha declarado estar completamente terminados?

Cardona puso un rostro lleno de perplejidad. Trató de comprender los pensamientos del comisario, sin lograrlo. El detective no sabia qué replicar y Weston parecía estar gozando del desconcierto de Cardona.

-Déjeme hablar más específicamente-dijo Weston, reclinándose en su butaca-. A lo menos en seis de sus informes, se ha referido usted concretamente a un individuo, el cual usted alega que ha desempeñado un papel importante. Ha establecido usted esa persona en su

mente. Lo ha relacionado con varios casos muy diferentes. Sin embargo, no ha presentado ni una prueba tangible que demuestre que este ser fantástico es una persona humana. Puede ser uno, como usted sugiere. Pueden ser tres. Podrían ser seis. Puede-la voz del comisario adquirió un tono enfático-, ser nadie en absoluto.

-Quiere usted decir-Cardona hablaba de una manera confusa-, quiere decir que yo... que en estos casos...

-Me refiero-explicó Weston-, a una persona que usted llama La Sombra; un individuo que me veo obligado a considerar como un mito.

Las palabras del comisario dejaron aturdido a Cardona. El detective comprendió que su nuevo jefe había encontrado un punto flaco. Para José Cardona, La Sombra era un personaje muy importante, un ser viviente que luchaba incansablemente contra el crimen, pero que siempre lograba ocultar su identidad.

Con frecuencia, durante su carrera, Cardona había sido ayudado mediante informes, avisos y en acción procedentes de una fuente desconocida. La similitud de estos casos le convenció de que existía un hombre tras todos ellos. Hasta el presente, las teorías del detective no fueron objeto de discusión en Jefatura. Ahora, el nuevo comisario de policía había lanzado una bomba y Cardona estaba perplejo.

-Afirma que sólo trata con hechos concretos-continuó la voz de Weston-. Por consiguiente, debiera basar sus conclusiones en los hechos. En lo que atañe a La Sombra, la única identificación que usted posee es de que se trata de un ser vestido de negro; que aparece y se esfuma de una manera fantástica.

-Eso demuestra que es un ser como otro cualquiera-arguyó Cardona.

-¡Eso no demuestra nada semejante!-replicó Weston-. Suponga, Cardona, que ha entrado en esta oficina y me ha encontrado sentado a este escritorio, vistiendo una capa negra y un sombrero también negro. De acuerdo con su norma habitual, usted podría volver a Jefatura e informar que había visto a La Sombra aquí. En realidad, usted me habría visto a mí, con mi identidad oculta, ni siquiera disfrazada.

-Pero los malhechores conocen que La Sombra existe-protestó Cardona-. He oído a moribundos pronunciar su nombre. He oído a otro declarar...

Weston alzó la mano y el detective terminó su excitada afirmación.

-¿Qué prueba eso?-interrogó el comisario, suavemente-. Demuestra una de dos cosas: que ciertos criminales fueron engañados con tanta facilidad como usted, o bien que esos delincuentes se aprovecharon de su flaco y le han burlado.

Tras una pausa, siguió:

-Su defecto Cardona, consiste en una carencia de espíritu analítico, en lo concerniente a este punto. Se ha dejado usted arrastrar por un error que podría conducirle a un desastre.

"Suponga usted que los criminales descubriesen esta idea absurda suya. Suponga, también, que nuestros otros detectives apoyasen su equivocado criterio.

"Seguramente que usted adivinará el resultado lógico-continuó el comisario-. Cualquier malhechor que quisiera ocultarse tras los pliegues de una capa gozaría virtualmente de inmunidad.

El comisario Weston esbozó una sonrisa y prosiguió:

-Podría entrar y salir a voluntad, mientras que, en sus informes, los detectives mencionarían a La Sombra... ¡y eso seria el fin¡

-Eso es un poco exagerado, señor Weston -objetó Cardona-. Debe usted comprender mi punto de vista. La Sombra no aparece todos los días de la semana... ¡ni mucho menos¡ Pero cuando ha hecho acto de presencia, ha ayudado eficazmente siempre. No tenia que mencionarlo en mis informes. Nada de eso llegó jamás a los periódicos, Al mismo tiempo, tengo la seguridad de que La Sombra había intervenido... ¡y yo tenia el deber de comunicarlo¡

-Cardona-advirtió el comisario, en tono serio-, le di a usted una impresión exagerada sólo para permitirle conocer sus propios errores. Ninguna persona que razone puede compartir su opinión respecto de La Sombra. Convengamos en que alguna persona, a personas, puede estar relacionada con ciertos crímenes ocurridos. Dar a esa persona, o personas, una identidad vaga e incierta es una actuación injustificada.

"Como superior suyo, le doy instrucciones en este momento de no hacer tales referencias en el futuro. Si descubriese usted a alguien que se ha vestido de negro y lleva una capa negra, puede usted hacer un informe al respecto. Juan Doc, alias La Sombra, seria una cosa real. La Sombra-como una personalidad-algo de valor, no existe. ¿Está claro esto?

El detective asintió con la cabeza. Vio perfectamente el punto de vista del comisario. Su nuevo jefe tenía razón. Sin embargo, Cardona no podía rechazar por completo sus propias impresiones.

-¿Ha hablado usted con el inspector Klein?-preguntó-. Él conoce algo al respecto.

-He sostenido una discusión con el inspector Klein-interrumpió Weston-. Sus opiniones coinciden con las mías. El no ha aceptado nunca su punto de vista de que La Sombra sea una persona real.

"No obstante-prosiguió el comisario-, Klein reconoció su capacidad y aceptó sus informes de una manera negativa. Cuando le insté a que declarase su opinión, reconoció que el único punto de vista lógico era el que yo sustentaba. Después de esto, decidí discutir la cuestión personalmente con usted.

Repuso Cardona:

-Suponga que intervengo en otro caso en que figura La Sombra, es decir-se corrigió rápidamente-me encuentro en un caso en que, a mi juicio, actúa La Sombra. ¿Qué he de hacer al respecto?

-Eso se contesta fácilmente-sonrió Weston-. Usted sólo trata con una persona desconocida. Si fuese posible detener a esa persona, tiene usted el deber de proceder a su captura. Si no existe motivo para el arresto de la misteriosa persona, entonces no tome ninguna determinación definitiva.

"Olvide-prosiguió-, su idea preconcebida de que está tratando con un individuo misterioso, que posee una identidad fantástica. No obstante no creo que se tropiece con esa dificultad en el futuro.

-¿Por qué, señor Weston?

-Porque me he propuesto realizar una valiosísima serie de experimentos. Al examinar su historial, encuentro que su capacidad de trabajo y su inteligencia son insuperables, en lo relativo a los métodos prácticos. La habilidad en cuanto a la teoría que usted posee es principalmente intuitiva.

-Yo trabajo bajo el impulso de mis inspiraciones, es decir, de mi intuición-declaró Cardona-. ¿Es eso lo que usted quiere decir?

-Exacto-asintió el comisario-. Pero usted no posee la facultad de analizar sus impresiones. Usualmente, sus métodos prácticos le prestan una ayuda valiosa. Pero han fracasado, y siempre fracasarán, cuando las circunstancias dependan exclusivamente de un raciocinio deductivo.

"No sostengo la opinión de que el raciocinio teórico es el método apropiado para combatir el crimen. No obstante, creo que, cuando se presentan algunos misterios desconcertantes e inexplicables, el detective ideal debe recurrir a la deducción.

"Por consiguiente, abrigo el propósito de combinar la teoría con la práctica. He seleccionado a usted como hombre práctico. También he escogido a un hombre que ha demostrado ser un excelente teorizador: El profesor Roger Biscayne, cuyos experimentos en sicología han incluido un estudio completo de la mente criminal.

"No considero a Biscayne un detective, pero tengo la convicción de que, como analista, puede producir resultados notables. Suspendo mi experimento hasta que ocurra algún crimen inusitado. Entonces dispondré que Biscayne coopere con usted en su solución.

Cuando el comisario Weston terminó de hablar, le pareció ver cierto resentimiento en los ojos de Cardona. Lo comprendía.

Había motivos justificados para que el famoso detective juzgase este proyecto como una especie de interferencia en su trabajo.

Weston, de consiguiente, hizo un esfuerzo para refrenar el naciente antagonismo de Cardona.

-Comprenderá usted-continuó-, que el profesor Biscayne no busca ninguna clase de publicidad ni desea que se le acrediten méritos que en justicia le pertenecen a usted.

"Él opina conmigo en que aprenderá mucho más de usted que usted posiblemente de él. Además, su trabajo no será oficial. El siempre ha elogiado los métodos de los detectives profesionales. Puedo predecir, sin temor a equivocarme, que cuando Biscayne publique su nuevo libro sobre los problemas de sicología, sus referencias a la labor de usted, aumentarán grandemente la magnífica reputación que ha conquistado ya.

El tono de la voz del comisario, así como sus palabras, fueron del agrado de Cardona. Mostraban que el señor Weston seria un valioso amigo en lo por venir. Comprendió que el nuevo comisario le estimaba grandemente y que su poder e influencia podrían aprovecharse ventajosamente.

-Comprendo sus ideas -manifestó Cardona-. Puede usted contar conmigo. Tendré mucho gusto en colaborar con el profesor. Los tiempos cambian y los procedimientos también evolucionan. Si el profesor puede averiguar de dónde provienen estas inspiraciones, ello me alegrará mucho.

-Excelente-exclamó Weston-. Me alegro de que le guste el plan. Si encontrase usted un crimen en el que interviene un individuo misterioso y desconocido, su contacto con Biscayne le será de gran ayuda.

"Volviendo a la cuestión de La Sombra-siguió-, deseo que recuerde lo que le he dicho. Evite toda referencia a una personalidad tan incierta. La Sombra-como usted la ha descrito-puede ser considerada como una negación.

"Daré instrucciones al inspector Klein para que me notifique el primer crimen que parezca adecuado para el experimento. Actualmente no existe ningún caso que exija la cooperación entre usted y el profesor Biscayne. Quizá tendremos que esperar bastante tiempo.

-Quizá no, señor Weston-declaró Cardona, de repente.

El detective extrajo un sobre de un bolsillo que había sido abierto en la parte superior. Cardona sacó un papel doblado y lo pasó, con el sobre vacío, por encima de la mesa.

El sobre iba dirigido a la Jefatura de Policía. Estaba escrito a máquina, en letras mayúsculas.

El comisario desdobló el papel y leyó lo siguiente:

EN MEMORIA DE S. H. QUE MURIO ANOCHE. FUE EL PRIMERO.

-¿Cuándo llegó esto?-preguntó el comisario, frunciendo el ceño.

-Ayer por la mañana-respondió Cardona-. Fue echado al correo anteanoche. El matasellos señala las diez.

-Parece la nota vulgar de un chiflado-comentó Weston-. Recibimos centenares de notas por el estilo. ¿Murió hace dos noches alguna persona que lleve las iniciales S. H.?

-Que yo sepa, no. Hemos examinado las esquelas mortuorias ayer y hoy. No había ningún S. H. entre ellas.

-Entonces esa carta es una broma.

-No estoy seguro de que así sea-repuso Cardona-. Es diferente de la usual nota del maniático. No formula ninguna amenaza. No es de ningún aviso. No comunica ninguna información o confidencia respecto de algún crimen que estemos investigando en la actualidad. Es simplemente una declaración de algo que ha ocurrido. La última línea es importante. Una persona ha muerto. Otra muerte seguirá, si la deducción es acertada.

-¿Qué ha hecho usted al respecto?-inquirió Weston.

-Nada, todavía. Puede ser la nota de algún chiflado, como usted dice. Si resulta lo contrario, investigaremos rápidamente. Existe una probabilidad contra cien de que la carta signifique algo real, y tengo el presentimiento de que esa única probabilidad va a confirmarse.

-Un presentimiento-repitió el comisario, lentamente-. Bien, Cardona, por lo que he comprobado, da usted demasiada importancia a los presentimientos. Prefiero aceptar las noventa y nueve probabilidades contra una.

"Han transcurrido cerca de cuarenta y ocho horas-prosiguió-, desde que echaron al correo esta carta. Usted opina que puede ser importante. Yo creo que no. Veremos quién tiene razón.

Cardona sintió un retorno de resentimiento cuando el comisario tiró la carta y el sobre por encima del escritorio. Disimuló prudentemente sus sentimientos, pero no le gustó la actitud de su superior.

Fue una equivocación mencionar la carta. Y de intentar discutir el asunto, no haría más que empeorar su situación. En consecuencia, metió el papel en el sobre y se lo guardó.

Miró malhumorado hacia el comisario. Y antes de que éste le dijese algo más, el timbre del teléfono sonó de repente.

Weston respondió a la llamada y pasó el receptor a Cardona.

-El inspector Klein le llama-avisó-. Supongo que desea hablar con usted, Cardona.

El comisario vio entornarse los ojos del detective al recibir el mensaje.

Vibraba una nota viva y alerta en la voz de Cardona al responder con brevedad y rapidez a las palabras que oía.

-¡Voy en seguida!-dijo-. Son las cinco y media. Llegaré antes de las seis.

Colgó el auricular y miró a su superior. Luego habló metiéndose una mano en el bolsillo al mismo tiempo.

-Se ha encontrado a un hombre muerto –anunció-. Una bala le atravesó el corazón. Un viejo inventor. Vivía solitario en unas habitaciones en el Hotel Redan.

Weston levantó la cabeza y le dirigió una mirada inquisitiva.

-¡El muerto se llama Silas Harshaw!-añadió Cardona.

El comisario notó cierto énfasis en la pronunciación del nombre.

-¿Silas Harshaw?-repitió-. ¿Quién es Silas Harshaw?

Cardona echó triunfalmente el sobre encima del escritorio y miró con fijeza a su superior.

-¡Silas Harshaw -explicó-, es S. H.!

CAPÍTULO II
UNA MUERTE EXTRAÑA

A primeras horas de la noche, el detective se hallaba en las habitaciones de Silas Harshaw, en el hotel Redan.

Esperaba con ansiedad la llegada del comisario Rodolfo Weston.

La muerte del inventor era el tipo de misterio que el comisario esperó con ansiedad.

Las habitaciones de Silas Harshaw ocupaban un piso entero del edificio.

Estaban en el piso superior del viejo hotel.

Cardona estaba en la entrada del departamento, junto a la puerta que había sido violentada.

Dentro del departamento se hallaba un detective, el sargento Mathew, recibiendo órdenes de Cardona.

Un chasquido anunció la subida del ascensor. El aparato ascendía lentamente hacia el piso décimo. Al llegar, dos hombres salieron.

Uno era el comisario Weston. El otro, un hombre alto, de hombros encorvados, y ojos sagaces que miraban por unas gafas de armazón de oro.

Cardona adivinó que éste era el profesor Roger Biscayne. La presentación le demostró su acierto.

El detective disponiase a abrir la marcha para entrar en el departamento, cuando el comisario le detuvo.

-Procedamos respecto a este asunto paso a paso-sugirió-. Hasta ahora, ni el profesor Biscayne ni yo conocemos lo ocurrido aquí. Hemos estado discutiendo el caso de Silas Harshaw en el camino, y hallo que el profesor conocía al viejo inventor. Por lo tanto, quizá pueda facilitarnos alguna ayuda inesperada.

-Muy bien-asintió Cardona-. Esta tarde, el doctor Jorge Fredericks, el médico de Harshaw, telefoneó preguntando si el anciano estaba en su departamento.

"Harshaw-siguió-, no tenia teléfono en sus habitaciones. Quería estar aislado, sin que nadie le molestase. Subió un botones y llamó a la puerta. No hubo respuesta. El doctor Fredericks manifestó cierta ansiedad.

“Declaró que temía le hubiese sucedido algo a su paciente. Llamaron a un policía. Fue necesario fracturar las bisagras de la puerta, pues estaba cerrado con cerrojo por el interior. Vean el destrozo.

Cardona abrió la marcha hacia una salita, amueblada con sencillez y señaló hacia otra puerta situada en la parte posterior del aposento. Como la primera puerta, ésta aparecía rota también.

-No había nadie aquí-declaró el detective-, ni tampoco en la pieza que Harshaw usaba como laboratorio.-Apuntó hacia el otro lado de la sala.

Penetraron en el estudio del anciano inventor. Allí encontraron su cadáver.

Los tres hombres entraron en el estudio. El portal formaba una entrada en un rincón. El estudio era una habitación larga, con una sola ventana en el extremo lejano.

La ventana estaba abierta. Tenla un enrejado de hierro, y un antepecho saliente, bajo el cual había un calorífero. Enfrente de la ventana, yacía el cadáver de Silas Harshaw, tendido boca arriba.

Al acercarse, los hombres observaron una herida ensangrentada en el pecho de la víctima.

Una sola bala terminó la vida de Ellas Harshaw. En esta pieza, aislada y cerrada con llave, fue asesinado de un tiro.

Cardona señaló una puerta sita en un lado de la estancia.

-Ese es el dormitorio-indicó-. No tiene más que una puerta, que se comunica con este cuarto. Tiene dos ventanas, enrejadas ambas. No hay nadie allí. Esta es la disposición del departamento, señor Weston. El viejo Harshaw-siguió-, rara vez hacia pasar a las visitas aquí. Solía recibirlas en la habitación exterior.

El comisario se volvió hacia el profesor Biscayne.

-Diga a Cardona lo que conoce del lugar -invitó.

-Estoy familiarizado con este aposento-declaró Biscayne-. Visité a Silas Harshaw, quizá una docena de veces, en el curso de los últimos seis meses. Supongo que ya han

averiguado ustedes muchas cosas sobre él. Permítame darles la información que yo poseo, Luego podremos confrontarla con lo que hayan descubierto.

"Silas Harshaw-prosiguió el profesor Biscayne-, trabajaba en un invento, sobre un aparato de regulación a distancia. Guardaba el secreto de sus planes y tuvo escaso éxito al pretender interesar a varios capitalistas.

"Me escribió rogándome que le visitase, le cual hice hace unos seis meses. Harshaw me condujo a su laboratorio y luego aquí. Me enseñó lo suficiente de su invento para despertar mi interés.

"Luego resultó que deseaba que yo influenciase a mi primo Arturo Wilhelm, para que invirtiese algún capital en los experimentos.

-¿Arturo Wilhelm, el fabricante de jabones?-inquirió Cardona.

-Si-respondió Biscayne-. Arturo Wilhelm es muy rico. Accedió a conceder un préstamo inicial de tres mil dólares. Harshaw se puso a trabajar y yo venía aquí de vez en cuando, para comprobar el desarrollo de sus experimentos. Mi última visita la efectué hace un par de días.

"Llegué aquí cuando anochecía. Me abrió un criado de Harshaw, un hombre llamado Homero. Harshaw me recibió y me hizo pasar a este cuarto. Manifestó que iba a salir durante una hora y me rogó que le aguardase. Me dio un manuscrito que había hecho sobre la regulación a larga distancia. Lo leí durante su ausencia. Estaba garabateado en una letra corrida, sin abreviaciones, y adolecía de cierta vaguedad en sus detalles.

"Después de regresar-continuó-, Harshaw me preguntó si podría conseguir más dinero de mi primo Arturo Wilhelm. Contesté que lo averiguaría, sin darle ninguna seguridad. Me marché a las siete y Homero, el sirviente, salió conmigo. El criado me comunicó que había sido despedido y no volvería a la casa. Ignoraba el motivo del despido. Podía habérselo comunicado, pero me abstuve de hacerlo.

-¿Por qué fue?-inquirió Cardona.

-En primer lugar-explicó Biscayne-, pienso que Harshaw debió desconfiar de él. No creo que lo dejase nunca solo. Insistió en que echase el cerrojo a la puerta, cuando estuve aquí, hace un par de días. En segundo lugar, Harshaw tenia proyectado un viaje a Florida, por motivos de salud. Me lo comunicó confidencialmente. Desde luego, no necesitaba al criado durante el viaje. No quería que nadie conociese su ausencia.

-¿Cree usted-interrogó Cardona-, que Harshaw temía que alguien entrase y le substrajese sus planos?

-Si-respondió Biscayne-. Me confió en una ocasión que tenia un modelo del aparato regulador a distancia; y que lo guardaba donde nadie podría encontrarlo. También me habló vagamente de unos enemigos. Manifestó-no recuerdo exactamente las palabras -que retenía los nombres en su cabeza y que allí era donde también guardaba los planos.

Tras una breve pausa, siguió:

-Mencionó esos enemigos hace un par de noches, y sus palabras podrían haberse tomado por amenazas contra esas personas desconocidas. Pero era tan vago y excéntrico en sus manifestaciones, que resultaba difícil comprender su verdadero significado.

-¿Cree usted, realmente, que tenia enemigos?-preguntó Cardona.

Biscayne esbozó una amplia sonrisa.

-Tal vez fuesen producto de su fantasía, como él mismo dijo. Harshaw constituía un estudio psicológico interesante pero complejo; y mi contacto con él era demasiado poco frecuente para poder sondearle.

Cardona sacó de un bolsillo una hoja donde habla redactado un informe y aludió a algunas anotaciones que había hecho.

-Hemos averiguado-manifestó el detective-, casi todo lo que acaba de decirme, profesor. Hemos procurado dar con el paradero del sirviente de Harshaw. Este individuo se llama Homero Briggs. Todavía no ha sido localizado. Hemos averiguado en las oficinas del hotel que usted y el criado salieron juntos de aquí, hace dos noches. Una hora después, Harshaw bajó a telefonear. Luego volvió a sus habitaciones. El médico forense que examinó el cadáver, opina que fue muerto antes de medianoche, la misma noche.

-Durante las últimas cuarenta y ocho horas-observó Weston.

-Si-asintió Cardona-. Estoy esperando ahora al doctor Fredericks. Viene de Long Island. Quizá pueda proporcionarnos alguna información más interesante.

El comisario andaba por el estudio, examinando con curiosidad el cuarto.

Cardona le señaló ciertos objetos y Biscayne intervino para explicar algunos detalles de las excentricidades de Silas Harshaw.

-Era un aficionado al ajedrez-dijo el profesor, indicando una mesita con un tablero incrustado y piezas de ajedrez muy caras-. No creo que jugase mucho, pero sé que pasaba largo tiempo resolviendo problemas. Eso es una señal de un espíritu raro y concentrado en sí mismo.

"Era un experto mecánico y constantemente olvidaba su trabajo más importante para juguetear con otros pasatiempos. Hallará usted en el estudio un extraño surtido de aparatos singulares que usaba para su taller y laboratorio.

"Dedicaba mucho tiempo a sus experimentos químicos. Otra rareza suya consistía en cierto interés pasajero por la escultura y el modelaje de carácter tosco. Aquí tienen una prueba de ello.

Biscayne señaló una mesa que había en un rincón del estudio. Junto a otros modelados, veíase un busto de la mitad del tamaño natural.

Guardaba una sorprendente semejanza con la víctima que yacía junto a la ventana. Era evidentemente un ensayo, hecho por el mismo Silas Harshaw, de su propio busto. Todos los motivos eran de arcilla dura, como Weston descubriera al examinarlos.

El comisario se volvió para hablar a Biscayne y observó que el profesor y Cardona se habían acercado al cadáver, para examinarlo.

Antes de que Weston pudiera aproximárseles, entró el detective Mathew, acompañado de un hombre grueso y de mediana edad.

El recién llegado era el doctor Fredericks. Ya había visto el cadáver, pero tuvo que marcharse al llegar el médico forense.

Fredericks estuvo de guardia era un hospital de Long Island hasta hacia una hora. Regresó presuroso a la ciudad.

-Díganos cuanto sepa de Silas Harshaw -rogó Cardona.

-Estaba enfermo-empezó Fredericks, solemnemente-. Era un cardiaco. Su presión sanguínea era elevada; y su estado general, malo. Le aconsejé que hiciese un viaje al sur, se alejase de su laboratorio y olvidase durante una temporada todos los experimentos. Me telefoneó hace tres días para comunicarme que se marchaba de viaje al día siguiente. Le contesté que pasase por mi consultorio para recetarle algo.

-Eso explica la llamada telefónica de las ocho-interrumpió Cardona.

-Sí-asintió el doctor-. Le indiqué que me llamase a las ocho. No me encontraba en mi consultorio ayer. Hasta esta tarde no supe que Harshaw no fue a buscar la receta. Inmediatamente temí que le hubiese sucedido alguna desgracia. No se habría marchado sin pasar primero por mi despacho. Por este motivo vine e insistí en que examinasen sus habitaciones. Esperaba encontrarle enfermo en cama. En lugar de esto, lo hallamos muerto... ¡asesinado!

Biscayne examinaba el cadáver. Al parecer, absorto y olvidándose de la presencia de los otros, cruzó el cuarto y llegó a la puerta y la ventana.

Mientras los demás le observaban, se volvió lentamente y habló al comisario:

-Me parece, señor Weston -dijo-, que alguien estuvo esperando fuera de esa puerta. Cuando Harshaw, la abrió, el asesino disparó sobre él. Luego arrastró el cadáver hasta aquí y abrió la ventana, para dar una apariencia de que lo mató allí.

-¿Cómo escapó el asesino? - inquirió Weston.

-Eso queda por descubrir -repuso Biscayne.

José Cardona sonrió. Acercóse al cadáver y lo examinó. Miró atentamente la mano derecha del muerto y, luego, el calorífero que había debajo del saliente de la ventana. Se encaramó al antepecho y los rayos luminosos de su lámpara de bolsillo alumbraron el fondo del enrejado de hierro. Volvió al cuarto.

-Discrepo de su opinión, profesor –sonrió-. ¡Silas Harshaw fue asesinado en este lugar! Si usted gusta mirar el borde de la ventana, verá la prueba. Allí hay dos señales, hechas, sin duda, por dos garfios. Quizá seria conveniente examinar las uñas de la mano derecha del muerto. Voy a decirle cómo, en mi opinión, fue asesinado Silas Harshaw.

Hubo una pausa y prosiguió:

-Alguien intentó entrar, enganchando una escalera de mano de la ventana del cuarto inferior. Silas Harshaw percibió el ruido. Abrió la ventana para escuchar. Se agazapó tras el antepecho; luego se enderezó agarrandose al calorífero. El asesino estaba en la ventana. Disparó sobre Harshaw a través del enrejado y luego escapó.

El comisario asintió con la cabeza al volverse hacia Biscayne.

El profesor meneó la cabeza en señal afirmativa, también. En contra de su voluntad, Biscayne se vio obligado a reconocer que la hipótesis de Cardona era demasiado plausible para rechazarla.

EL detective sonrió. Los hechos apoyaban su teoría, hechos concretos que el profesor no había observado.

Biscayne había conocido a la víctima y sabía algo de su vida. Cardona lo ignoraba todo; sin embargo, el detective salió victorioso de la primera prueba.

-Bajemos a examinar un momento el cuarto de abajo -sugirió Cardona, ansioso de rematchar su ventaja.

Descendieron, dejando al sargento Mathew al cuidado. Encontraron la puerta sin cerrar con llave. Resultó ser una habitación corriente de hotel, desalquilada.

Cardona abrió la ventana y, asomándose, dirigió una mirada escrutadora hacia arriba. Mientras estaba ocupado en esto, alguien llamó a la puerta.

Entró un botones en respuesta a la orden de Cardona.

-¿El detective, señor Cardona?-inquirió-. Le llaman al teléfono. Estuve arriba, buscándole. El señor del otro piso me dijo que lo encontraría aquí.

El detective descolgó el receptor de un teléfono que había en una mesa de un rincón y habló.

Era una llamada de Jefatura.

-Si... sí... -le oyeron exclamar los otros-. Inmediatamente, señor Klein... Inmediatamente... Podemos volver aquí más tarde...

Colgó el auricular y se volvió hacia el grupo.

-Un hombre llamado Luis Glenn –dijo-. Un agente de Bolsa. Murió en un taxi cuando se dirigía a su casa. Voy a averiguar lo que ha sucedido.

-Le acompañaremos -dijo Weston-. Venga, Biscayne. Usted también, doctor. Tal vez haga usted falta.

Había algo en el tono de Cardona que impulsó a Weston a tomar esta rápida decisión. El comisario caminaba al lado del detective cuando pasaban por el vestíbulo del hotel.

Preguntó a Cardona en voz baja:

-¿Cree que existe alguna conexión? Dos muertes... Harshaw y Glenn...

-Recuerde la nota -replicó Cardona, enigmáticamente-. Harshaw fue el primero. ¡Glenn puede haber sido el segundo!

CAPÍTULO III
EL SEGUNDO MENSAJE

Dos policías se aproximaron al coche del comisario cuando paró delante de la residencia de Luis Glenn.

Cardona les habló al apearse. Uno de los agentes señaló un taxi. Era el coche donde Glenn murió.

Comunicó el policía:

-El chofer lo encontró. Llamó al portero y llevaron al muerto a sus habitaciones. Allí están ahora con el doctor. Glenn murió antes de sacarlo del taxi.

Dos policías cuidaban de la casa de la víctima. Vigilaban al conductor, al conserje y al criado de la casa. El cadáver yacía en una cama, los brazos doblados y la cara retorcida. Un médico practicaba un reconocimiento.

Mientras el doctor Fredericks hablaba con el médico forense, Cardona empezó a interrogar a los testigos. Weston y Biscayne observaban con admiración, mientras el experto detective tomaba acertadas y útiles anotaciones.

Al cabo de unos minutos, Cardona había averiguado los movimientos de Glenn hasta el momento de su muerte. Con las notas en la mano, se dirigió al teléfono de otra habitación, y llamó al club Merrimac, donde la víctima había estado aquella noche.

Luego llamó al comisario. Weston y Biscayne fueron en su busca.

Sentado en el suntuoso salón de Luis Glenn, Cardona dio un breve pero completo resumen del resultado de su conferencia telefónica.

-Glenn salió de Nueva York hace dos semanas –empezó-. Estaba en el Oeste y debía llegar aquí esta noche. Fue directamente de la estación al club Merrimac, donde tiene unas habitaciones particulares. Regresó a Nueva York especialmente para asistir a un banquete que se celebraba esta noche. Tenia el propósito de regresar seguidamente a Chicago, en un tren de medianoche. En consecuencia, salió del club temprano para venir aquí. Hay un número de personas a quienes tendré que interrogar. Deseaba conseguir un bosquejo de las actividades de Glenn... y lo hice por teléfono.

Tras una pausa, continuó:

-Glenn vio a varios de sus amigos cuando llegó al club a las seis de la tarde. Evidentemente alguien estuvo con él desde entonces. Al parecer, estaba de buen humor y gozando de perfecta salud. Comió la misma cena que los demás, y nadie se ha quejado de una indisposición.

"Cuando Glenn se marchó, subió a un taxi que el conserje había llamado. El chofer es conocido allí. He comprobado el tiempo y calculo que hicieron rápidamente el viaje. El chofer ha manifestado que Glenn caía al piso del coche cuando abrió la portezuela. Lo que le sucedió, ocurrió en el trayecto. Sin embargo, estaba solo cuando salió del club, y solo también cuando el vehículo llegó a esta casa.

Hizo otra pausa y prosiguió:

-Tengo el propósito de someter al chofer a un nuevo interrogatorio. Llevo aquí una lista de nombres -mostró el papel-, y voy a interrogar a esos hombres.

El doctor Fredericks entró cuando Cardona terminaba de hablar. El rostro del doctor aparecía solemne y lleno de perplejidad.

-Indudablemente Glenn murió de efectos de un veneno muy potente –declaró-. Pensé al principio que podría haber sido una dosis demasiado fuerte de una medicina o un narcótico; pero ahora considero que estas posibilidades quedan descartadas. Lo que me gustaría saber es cómo administraron el veneno. Una autopsia debería revelar su naturaleza, pero acaso no facilite ninguna pista sobre la manera cómo se tomó la dosis.

Acompañado de Biscayne, Cardona descendió a la calle y examinó minuciosamente el taxi que vigilaba uno de los agentes. La investigación fue infructuosa.

De regreso a la casa, Cardona telefoneó a Jefatura. Dejó unas órdenes allí y luego inició un registro sistemático de la morada de Luis Glenn. No descubrió nada que despertase sus sospechas.

Interrogó al ayuda de cámara y obtuvo alguna información sobre las costumbres de la víctima. El sirviente declaró que su amo no había tomado, nunca, que él supiese, narcóticos ni tampoco bebidas alcohólicas.

Esta declaración no sólo estaba en consonancia con la investigación que Cardona había realizado; fue también corroborada por una llamada telefónica del médico de la víctima, al que se le notificó la muerte.

Cardona averiguó que el muerto rara vez había tomado medicinas de ningún género, que gozaba de una salud excelente y estaba orgulloso de su estado físico. Era un fumador de pitillos, pero de hábitos moderados.

Durante esta investigación, Cardona halló unas cajas vacías que contuvieron cigarrillos. Eran de una marca extranjera, que Glenn fumaba constantemente, según el ayuda de cámara.

Examinando los artículos hallados en los bolsillos de la víctima, descubrió un paquete de los mismos pitillos. Habla tres en el paquete. Contenía primitivamente diez, en dos tongadas de cinco.

Cardona se guardó el paquete. También retuvo el pañuelo de Glenn, manifestando la creencia de que tal vez estaba humedecido con algún liquido envenenado.

El detective buscaba hechos concretos. No pudo encontrarlos. Cuando estuvo convencido de que no podía averiguar nada más en la casa, se dirigió hacia el club Merrimac, con el fin de practicar unas diligencias.

Era pasada la medianoche y el comisario Weston se dirigía a su casa, acompañado de su amigo, el profesor Roger Biscayne.

-¿Qué opina usted de estas muertes? -fue la pregunta de Weston.

-Ambas son desconcertantes -respondió el profesor-. Este Cardona es muy dinámico. Puede topar con una pista afortunada antes de haber terminado.

-Obtiene resultados positivos -dijo Weston-. Es la primera vez que le he visto trabajar. Su método se basa por completo en los hechos escuetos; usa la teoría solamente como esfuerzo. En el caso de Harshaw, se propone averiguar lo que se ha hecho de Homero Briggs, el criado del anciano inventor. Desea conocer a quién consideraba como enemigos. En este caso, investiga la muerte de un hombre excéntrico. Le será difícil establecer los hechos en su valor nominal

"El caso de Luis Glenn es completamente distinto. Aquí tenemos un hombre evidentemente estimado y próspero. Al parecer, ha muerto a manos de algún enemigo. Todo lo concerniente a Glenn parece normal.

-En lo relativo a un raciocinio deductivo -observó Biscayne-, ninguno de los dos casos está suficientemente desarrollado para que sea necesario utilizarlo. Ha dicho usted mismo, Weston, que el detective Cardona obtiene resultados. No lo dudo. Reuniendo muchos hechos

concretos, puede escoger los que parezcan más pertinentes. Un simple descubrimiento puede conducir al final de la pista.

"No obstante-el tono de Biscayne se tornó dudoso-, los hechos necesarios pueden estar completamente ocultos, invisibles. Hemos visto dos casos que parecen crímenes deliberados. No podemos estar seguros en ningún caso. A veces, los hombres se matan por equivocación. Siento verdadera ansiedad por observar la forma cómo progresa Cardona.

"En este periodo, no puedo ayudarle; mejor dicho, mi intervención puede estorbarle. La labor que está ejecutando ahora, no me atrae. Estoy más interesado en el estudio de los hechos mismos. Para mí, es fascinador escoger los detalles del crimen -especialmente de un asesinato- para conocer que la pista evasiva está en ellos, y buscarla por el proceso puro de la deducción.

-!Exacto! -exclamó el comisario-. Le dije a Cardona hoy, que éste era un punto débil: cierta incapacidad para recurrir a la deducción científica cuando los otros métodos son insuficientes. Alega que tiene inspiraciones . . .

-Deducciones intuitivas -interpoló Biscayne, con una sonrisa.

...pero--continuó Weston-, por su foja de servicios, he observado que se aparta del blanco cuado se trata de un proceso de especulación. Tome, por ejemplo, el caso del hombre que él llama La Sombra...

-¿La Sombra? -repitió Biscayne.

-Si -dijo Weston-. Cardona parece creer en la existencia de un superhombre, llamado La Sombra, terror de los bajos fondos sociales.

-La Sombra -observó Biscayne-, es el nombre adoptado por un hombre que radia anuncios. Le he oído radiar; posee una risa fantástica, sobrenatural.

-Pues bien -declaró Weston,- Cardona cree que existe una conexión entre el locutor de anuncios por radio y el extraño personaje que actúa de noche.

-Es imposible -exclamó Biscayne-. Es demasiado absurdo, especialmente en un hombre tan atento a los detalles como el detective Cardona.

-Pues así es -afirmó el comisario-. Cardona pretende haber recibido en ocasiones apuradas cierta información que en algunos casos ha sido definitiva. Asegura que ha escuchado mensajes telefónicos, pronunciados en esa misma voz fantástica. Afirma haber encontrado a un hombre vestido de negro, pero que no ha logrado descubrir nunca su identidad.

-Eso es excusable -comentó Biscayne, en tono indulgente-. Podemos considerarlo como una especie de superstición. Como usted sabe, existe mucha gente de tan poca imaginación que, cuando topan con los hechos más sencillos, aunque parecen inexplicables, recurren a la hipótesis más cercana y nadie puede apartarlos de ella.

-Ha descrito usted a Cardona-declaró Weston:- Esa forma de susceptibilidad parece constituir su debilidad. Cuando me habló usted por vez primera, hace unos meses, de los métodos superiores de descubrir el crimen, sentí grandes deseos de experimentar en este sentido. En Cardona he encontrado el hombre ideal, desde el punto de vista práctico. Su historial demuestra que utiliza los hechos hasta el limite. Tendrá usted toda clase de oportunidades para observar sus métodos. Si él encuentra algunas dificultades, debe usted, entonces, formular algunas sugerencias.

"Desde luego - continuó el comisario, ante todo, la necesidad primordial es que ambos crímenes sean aclarados cuanto antes, y castigados los culpables. Por consiguiente, espero que Cardona tenga un éxito inmediato. Al mismo tiempo, me interesaría grandemente que su cooperación fuese necesaria.

-Especialmente -observó Biscayne-, si en una o ambas muertes interviniese el personaje que Cardona llama La Sombra.

-No La Sombra -corrigió Weston-. Diga, más bien, un nombre criminal o no, que apareciese sobre la escena sin revelar su identidad. Si esto sucediese, Biscayne, daré inmediatamente órdenes para que lo detengan. Pero estoy convencido de que las ideas de Cardona respecto de tal personaje son erróneas.

El automóvil había llegado a la casa del profesor. Después de darle las buenas noches, el comisario de policía se dirigió a su residencia, satisfecho de que, al día siguiente, se desarrollarían sucesos importantes.

Biscayne, al despedirse, prometió telefonear al despacho de Weston, por la mañana temprano. Para entonces, quizá, Cardona habría recogido más datos.

Eran las nueve de la mañana siguiente, cuando el comisario llegó a su despacho. Su idea sobre la actividad de Cardona, no era equivocada.

El detective había telefoneado una hora antes, dejando recado de que iría a las diez a la oficina del comisario.

Mientras Weston aguardaba la llegada de Cardona, un secretario entró para anunciar que el profesor Biscayne deseaba verle.

El profesor entró llevando un ejemplar del diario matutino. La información sobre los dos asesinatos, era bastante pobre. El comisario había leído ya la prensa.

Cuando el profesor inquirió si Cardona había realizado algún nuevo descubrimiento, Weston respondió que el detective llegaría en breve. Entre tanto, mostró la carta que anunciaba la muerte de S. H. y es la dio para que la examinase.

-Creemos que se refiere a Silas Harshaw -declaró el comisario-. Esa es la opinión de Cardona. Creo, además, que es acertada.

-Es posible -repuso el profesor, tranquilamente-. Es otra prueba de los métodos de nuestro hombre. Escoge la explicación más sencilla y directa que puede deducir de un hecho.

"Esta carta expone que un hombre llamado S. H. ha muerto. Las iniciales de Silas Harshaw son S. H. Por consiguiente, parece lógico. No obstante, opino que seria imprudente estar demasiado seguro sobre este punto.

Apenas había acabado Biscayne de hablar, cuando hicieron pasar a Cardona.

Era evidente que había llegado precipitadamente, pero reprimió su impaciencia, cuando su superior empezó a hablar.

-Estábamos discutiendo esta carta, Cardona -dijo Weston-. Le decía al profesor que pensábamos qué S. H. seguramente debía significar Silas Harshaw. Él lo pone en duda...

-No me sorprendería -interpoló Biscayne-, que esta carta se refiriese a Silas Harshaw. Pero, en hipótesis, no podemos aceptar esa opinión a base de esta carta sólo. Puede ser una mera coincidencia. Supongo, Cardona, que ha encontrado usted algunos datos concretos sobre esta misiva, que le induzcan a creer que se refería a Harshaw.

-Tuve un presentimiento-replicó el detective-. Se lo dije ayer, señor Weston.

-Anoche -recordó el comisario-, mencionó usted otro presentimiento:- que podría existir una conexión entre los asesinatos de Silas Harshaw y Luis Glenn.

-!Estoy seguro de que existe una relación entre ellos! -afirmó el detective.

-¡Ah! -exclamó Biscayne-. ¿Ha descubierto algunos hechos nuevos, desde que le vimos ayer?

-No -repuso Cardona-. No he encontrado ninguna pista que valga la pena. Pero he recibido algo que me asegura que esos asesinatos fueron perpetrados por la misma persona, o personas. Habla usted de coincidencia, profesor. ¡No suelen suceder dos veces en sucesión... no de este modo!

Mientras hablaba, extrajo un sobre de un bolsillo. Era idéntico al que Roger Biscayne tenia en la mano. Del sobre, sacó una hoja de papel. Lo desdobló y lo depositó triunfalmente encima del cristal del escritorio.

-¡Esta carta -anunció-, llegó en el correo de esta mañana¡

Weston y Biscayne miraron la hoja escrita a máquina. Era similar a la misiva que llegara dos días antes, pero su contenido difería algo. Estaba redactada en estos términos:

EN MEMORIA DE L. G. QUE MURIO ANOCHE. FUE EL SEGUNDO.

-¡L. G.! -exclamó Weston-. ¡Debe significar Luis Glenn!

Biscayne no mostró sorpresa. Estaba pensativo. Luego habló en voz alta, aunque parecía hablar para sí.

-Luis Glenn -dijo-, murió unos minutos antes de las once. Esta carta pudo haber sido escrita después...

-¿Sí? -inquirió Cardona, con brusquedad-. Mire este sobre, profesor. Observe el matasellos. ¡Las diez!

Biscayne pareció molestarse por la observación del detective. Luego asintió con la cabeza, contra su voluntad.

Los ojos de Cardona brillaron de júbilo.

-Esa carta -dijo el detective- fue tirada al buzón antes de la muerte de Luis Glenn. Fue echada por alguien que sabia que iba á morir. ¡Puede haber sido el mismo asesino¡

Hizo una pausa para dejar que sus palabras produjesen una impresión.

Luego, dejando, momentáneamente, de prestar atención al profesor Biscayne, miró directamente al comisario y vaticinó:

-Silas Harshaw fue el primero. Luis Glenn fue el segundo. El asesino sigue aún en libertad. ¡Habrá un tercero¡ ¡Puede estar seguro de ello¡

CAPÍTULO IV
CARDONA TRAZA PLANES

Al anochecer, el detective Cardona volvió a conferenciar con el comisario y el profesor Biscayne, en el mismo despacho.

El detective estuvo atareado todo el día, siguiendo la pista de los movimientos de Luis Glenn. El sargento Mathew quedó vigilando el departamento de Harshaw.

Cardona había estado dos veces allí, durante el día. Existía una acentuada amistad entre Cardona y Biscayne. Era debido a dos causas. Primera, porque Cardona había demostrado el acierto de sus instituciones y por consiguiente, se sentía superior. La segunda razón era porque Biscayne acompañó al detective durante las primeras horas de la tarde, y manifestó abiertamente su admiración por su laboriosa actividad.

Cualquier antagonismo que hubiese podido surgir entre los dos hombres, habría sido forzado por Cardona, pues Biscayne invadía los dominios del detective. Por lo tanto, Cardona, al demostrar que poseía intuición y competencia, estaba interiormente satisfecho de sí mismo, y por consiguiente, conforme en aceptar la presencia del profesor.

Ahora que se sentía seguro de sí mismo, el famoso detective tornó a su tendencia natural. Aparecía a la vez criticón, malhumorado y displicente, pues sus más activos esfuerzos no le habían dado ningún resultado tangible.

En la oficina del comisario, reconoció con franqueza que los acontecimientos no habían tomado el giro que esperaba.

-He seguido el caso de Glenn-dijo al comisario-, porque parecía más claro. Ahí tiene mi informe. Muchos datos, pero ni una sola pista. Efectué un registro minucioso del cuarto de Glenn en el club Merrimac, pero no encontré nada que valiera la pena. Había allí otro paquete

de cigarrillos, en el bolsillo de una chaqueta. No quedaba más que un pitillo. Lo hice analizar con el otro. No hay vestigios de veneno, ni de ninguna droga. Estos cigarrillos son de la marca que fumaba Glenn.

-¿Qué se propone hacer ahora? -preguntó Weston.

-En primer lugar -declaró Cardona-, averiguar el motivo de estos crímenes. En un sentido, considero ambos casos como uno. No existe una pista del motivo, por ahora de la muerte de Luis Glenn. Pero sí en el caso de Harshaw.

-¿El robo? --sugirió Weston.

-Exacto -respondió Cardona-. Es seguro que el viejo esperaba que alguien fuese a buscar algo. Hemos examinado el lugar minuciosamente, es decir. Mathew lo ha efectuado. Encontramos una serie de instrumentos semiacabados en el taller. Lo hemos dejado donde estaban. Probablemente le gustaría echarles un vistazo, profesor. Pero no hemos descubierto nada en el estudio, y éste es el lugar más importante.

-¿Qué hay respecto de Homero Briggs? -inquirió el comisario, dirigiendo una mirada a un informe que había encima del escritorio.

-A eso voy -manifestó Cardona-. Respecto de Glenn, hay muchas personas que le conocían. En cuanto a Harshaw, muy poca. Hemos localizado a tres que, como usted, profesor, conocían al viejo superficialmente. El doctor Fredericks le conocí en calidad de paciente. No obstante, Harshaw siempre iba a su consultorio. Pero Homero Briggs es el hombre que debemos buscar.

-¿Qué opina usted, Biscayne -preguntó Weston.

-Cardona tiene razón -asintió el profesor-. Le comuniqué a usted mis propias observaciones; que Harshaw desconfiaba de Briggs. El viejo estaba evidentemente ansioso por guardar algo. El criado podría habérselo robado. Desde luego, hemos de considerar que Briggs es un tipo de hombre ignorante. Puede haber leído la noticia de la muerte de Harshaw y haberse asustado...

-Averiguaremos eso -declaró Cardona-, cuando detengamos al hombre. También la tengo clasificado en carácter de cómplice, relacionado de alguna manera con al asesinato. Briggs se marchó mientras Harshaw vivía aún. Después, alguien subió a la ventana del estudio y mató al viejo. El propósito del asesino fue simplemente suprimir a Harshaw, el caso está terminado. Pero creo que el misterio encierra algo más.

-¿El motivo del robo? -sugirió Biscayne.

-Si -respondió Cardona-. Alguien quería sacar algo de ese lugar. El enrejado de la ventana podía quitarse fácilmente. Quizá el asesino se disponía a arrancarlo errando Harshaw le sorprendió. Ahora bien, supongamos que el motivo fue el robo. Tan seguro es que el hombre asesinó a Harshaw, como que no penetró en el departamento. Por lo tanto, no consiguió apoderarse de lo que buscaba.

-Considerando el robo como motivo -dijo Biscayne, aprovechando la pausa de Cardona-. El hecho de que el supuesto ladrón no entró, demuestra probablemente que no abrigaba la intención de cometer un asesinato así como un robo. Tuvo que matar a Harshaw; y cuando lo hizo, quiso escapar tan rápidamente como le fuese posible.

-Sí -asintió Cardona-, y todavía quiere apoderarse de lo que no consiguió. Por lo tanto, cuando se le haya pasado el susto, volverá.

Biscayne asintió con la cabeza y sus espesas cejas se fruncieron.

Comprendió el plan de Cardona.

El cerebro del comisario Weston funcionaba lentamente. Su rostro mostraba un aire de perplejidad cuando Cardona reanudó su discurso.

-Vamos a tenderle un lazo al individuo –dijo-. Se le prepara esta noche. He hablado muy poco de la escalera de mano de la habitación de abajo, porque una investigación de la

habitación no dio ninguna pista. El hotel Redan es de fácil acceso. He hecho correr el rumor de que vamos a cerrar el departamento de Harshaw y que no habrá ningún agente de vigilancia allí. Pero cuando el lugar esté cerrado, Mathew estará dentro. Esperará al criminal, aunque haya de quedarse allí durante las dos próximas semanas. Puede tener que aguardar mucho, pero no creo que sea más de unas cuantas noches. Nos enfrentamos con un criminal audaz, que volverá tan pronto como pueda ir allí sin riesgo.

-Creo lo mismo -declaró Biscayne-. Observé que la prensa de esta noche dice que no se ha encontrado nada en la casa de Harshaw. Es un buen cebo. No efectuará usted ningún otro registro ¿verdad?

-Ninguno -respondió Cardona-. No antes de que atrapemos al hombre que buscamos. Quizá sea innecesario efectuar un registro, después que lo hayamos sometido a un interrogatorio. Entre tanto seguimos buscando a Homero Briggs.

El comisario Weston dirigió una mirada al profesor. Observó que el plan de Cardona para esta noche le había impresionado. Weston estaba muy satisfecho. Sin embargo, su sonrisa empezó a desaparecer, cuando Cardona sacó a colación el tema de los mensajes misteriosos.

-Tenemos que obtener con rapidez resultados -declaró el detective-. Esas cartas son demasiado presuntuosas. Harshaw fue el primero; Glenn, el segundo. Alguien será el tercero. ¿Cuándo?

-Mañana por la noche --observó Biscayne.

-¿Mañana por la noche? -repitió Cardona.

-Me ha contagiado usted el hábito de los presentimientos o intuiciones-sonrió Biscayne-. Quizá me equivoque. No obstante, hubo un intervalo de exactamente cuarenta y ocho horas entre la primera muerte y la segunda; un mensaje hace dos días, y el otro hoy. Al parecer nuestro asesino es metódico. Ahora, Cardona, dado que he hablado tan bien de su plan para esta noche, voy a señalar el error de su raciocinio.

El rostro del detective se nubló. Weston pareció interesarse. Biscayne estaba sereno y tranquilo al continuar:

-Concedo que el robo pudo ser el único objetivo del asesino de Harshaw. A base de esto, el criminal debería volver. Pero si el robo fue, primordialmente, su motivo, ¿cómo explica la misiva que comunica la muerte de Harshaw? Especialmente dado que esa carta, como la de Glenn, fue probablemente echada al correo antes de morir Harshaw.

La pregunta de Biscayne dejó sin habla a Cardona. El detective no sabia qué responder. Dirigió una mirada ceñuda y escrutadora al profesor.

-Quizá sea inútil, entonces -gruñó-. Es mejor que retire a Mathew de la casa. ¿Es esa su idea?

-No -repuso Biscayne, tranquilamente-. Debe permanecer allí.

-Entonces vuelve usted a lo que yo digo -insistió el detective.

El tono de Cardona mostraba que comprendía que su causa era floja.

Biscayne había expuesto un hecho evidente. Había demostrado la tendencia del policía a debilitarse cuando en un caso entraba el elemento especulativo.

La observación de Cardona fue hecha en propia defensa.

Biscayne tenia una respuesta adecuada.

-No vuelvo a lo que usted dice –repuso-. Por el contrario, expongo un argumento mío. Encontrará usted que, cuando se aclaren estos problemas, como estoy seguro de que lo serán, que la muerte de Harshaw no fue ejecutada por el hombre que intentó el robo, Realmente estamos haciendo un juego de despropósitos.

-Quiere usted decir que alguien...

-Exactamente. Opino que Harshaw fue muerto desde dentro del departamento. En este momento, no puedo sugerir cómo se realizó. El otro hombre, el ladrón, puede haber estado

trabajando en la ventana en aquel momento. Pudo haber llegado después y observar entonces el cadáver. De todos modos, decidió alejarse de allí por el momento.

Cardona miró a Weston y observó que el comisario se inclinaba por la hipótesis del profesor. Comprendió que su posición se había debilitado.

Sonrió forzadamente y decidió salir del paso lo mejor posible.

-Bien -dijo,- probaremos suerte en lo que atañe al ladrón.

-Desde luego -asintió Biscayne-. Su descubrimiento de las señales de la ventana ha sido valioso.

Cardona aceptó el cumplido un poco ceñudo. El profesor podría haber mencionado también las señales plateadas en las uñas de Harshaw, pensó el detective.

No hablaba nadie ahora y Cardona aprovechó la oportunidad para hacer una revelación que seguramente seria acogida con elogio.

-Con respecto a estas cartas -dijo,- si viene una tercera, sabremos de donde procede. He ordenado que en correos se realice una investigación. Conocemos ya que fueron echadas en una estafeta cercana al hotel Redan. Ahora vigilan la llegada de la carta número 3.

-Excelente --exclamó Biscayne.

El comisario movió la cabeza en un gesto de aprobación.

-Tengo mucho trabajo para esta noche -anunció Cardona, incorporándose-. Pero voy a estar constantemente muy cerca del Hotel Redan. Allí habrá otros hombres también, al acecho. Si Mathew da la señal, el ladrón no tendrá ninguna probabilidad de escapar.

Biscayne se puso en pie también. Acompañó a Cardona al salir del departamento del comisario. Los dos hombres conversaron en tono amistoso camino de la planta baja.

AL llegar a la calle, Biscayne llamó un taxi. Hizo una pausa para pronunciar unas palabras en voz baja mientras estrechaba la mano del detective.

-Me he decidido a colaborar con usted, Cardona –manifestó-. Puede contar conmigo en todos los sentidos. Mis especulaciones estarán a su disposición. Es usted el hombre que obtiene resultados.

-Muy bien, profesor-respondió Cardona, en tono placentero-. Voy a atrapar al asesino, por muy poderoso que sea. Le echaré el guante aunque sea...

-La Sombra -interpoló Biscayne, al subir al taxi.

Cardona permaneció atónito mientras el coche se alejaba.

¿Qué había querido decir Biscayne? ¿Habría hablado con el comisario? ¿Era su observación una broma? ¿Una sugerencia? ¿Un reto? Lo ignoraba.

Pero comprendió que si el profesor se proponía hacerle pensar, lo había conseguido.

Pues el nombre de La Sombra bullía ahora en el cerebro del detective.

"La Sombra -pensó-, ha intervenido en otras ocasiones, cuando los casos eran difíciles. La Sombra no es un malhechor. No se mezclaría en un asesinato. Mas éste es un caso del carácter de aquellos que suele intervenir; los criminales más hábiles y más audaces son contra los que acostumbra a luchar. No me sorprendería que hiciese acto de presencia antes de aclararse este misterio.

Por más que pensaba, no lograba concentrarse en los problemas que embargaban su mente. Una idea fija le dominaba. Pensaba en La Sombra.

Sumido en sus pensamientos, llegó al hotel Redan para dar instrucciones a Mathew.

CAPÍTULO V
MUERTE EN LA OSCURIDAD

El sargento detective inició su extraordinario cometido en el momento que José Cardona salió del departamento de Silas Harshaw.

La puerta que conducía al vestíbulo había sido reparada; como igualmente la que existía entre la habitación exterior y el estudio. Habían colocado cerraduras en lugar de cerrojos y Mathew tenia las llaves. Se presumía que el sargento salió del hotel poco después que Cardona. Los detectives sostuvieron una breve discusión en el vestíbulo del hotel y no cabía duda de que oyeron sus palabras.

Mathew declaró que estaría en Jefatura dentro de una hora y entregó en la oficina las llaves del departamento. Cardona salió a la calle y el sargento entró en el comedor.

Desde allí, Mathew fue a la puerta lateral, pero en lugar de salir del hotel, ascendió la escalera y volvió al departamento del asesinado. Llevaba en el bolsillo llaves duplicadas.

Había varios huéspedes en el "hall" del hotel cuando Cardona se marchó.

Uno de ellos era un hombre alto, de continente solemne, que descansaba en un butacón grande y cómodo. Otro era un hombre corpulento y rechoncho que se hallaba sentado en un rincón, leyendo un periódico. Poco después de la partida de Cardona, este individuo salió del hotel.

El hombre alto permaneció allí cerca de una hora; luego salió pausadamente a la calle. No regresó. No estaba en el "hall" del hotel cuando el individuo rechoncho regresó a medianoche.

No quedaba más que el encargado de la oficina en el "hall". Estaba medio dormido. De vez en cuando se desvelaba y miraba la puerta principal; luego, poco a poco, inclinaba la cabeza.

Fue durante unos intervalos que los ojos del oficinista se enfocaron de repente, en una columna situada entre la puerta giratoria y la oficina.

Una luz opaca se proyectaba desde la parte superior de la columna y sus rayos la iluminaron por completo. ¡Mientras el dependiente observaba, distinguió una sombra humana, moviéndose lentamente por la columna¡

Pasmado de asombro, miró hacia el suelo. Divisó entonces la misma sombra, alargándose poco a poco. La sombra creció y luego menguó, continuando su marcha hacia el interior del vestíbulo del hotel.

El encargado asió el borde del mostrador, estremeciéndose al observar que la mancha misteriosa avanzaba en silencio hacia la oscurecida escalera.

Poseído de pánico, febrilmente, trató de descubrir la silueta viviente que la fantástica sombra representaba. No pudo observar nada más que la negrura moviente.

A medida que la sombra deslizante alcanzaba el pie de la escalera, elevóse de nuevo contra la pared. Luego, durante un breve instante, el aterrorizado guardián imaginóse que adquiría una forma humana.

Erguida, la masa de negrura se encogió y luego adoptó un aire de solidez.

¿Qué podía ser?

La negra figura ya no era visible cuando ascendía. No volvió a aparecer hasta llegar al décimo piso.

Allí surgió de la escalera y lentamente se transformó en una figura alta y vertical.

Aproximóse a la puerta del departamento de Silas Harshaw, donde adoptó las proporciones de un ser humano.

La extraordinaria figura permaneció junto a la puerta, silenciosa. Vestía una capa negra y flotante. Llevaba un sombrero de fieltro negro, echado sobre el rostro, de forma que ocultaba sus facciones.

El hombre tenia un aspecto fantástico, siniestro. Su paso deslizante era pavoroso y estaba rodeado de misterio. De pie, era aun más misterioso. Transcurría el tiempo y el hombre de la oscuridad no daba señales de vida.

De pronto, de unos labios invisibles, brotó una risa suave y cuchicheada.

El empavorizador sonido vibró por el pasillo, repercutiendo sus ecos.

¡Era la risa de La Sombra¡

La vibrante suavidad de aquellos misteriosos ecos no se oyeron a través de la barrera delante de la cual se hallaba La Sombra

Tampoco era posible que Mathew, desde el otro lado de la puerta, pudiese oír el sonido siguiente. El metal chirrió contra el metal; sin embargo el ruido apenas fue perceptible.

Una llave fue insertada en la cerradura, La llave iba tan bien como el duplicado que Mathew poseía.

El pomo giró. La puerta se abrió, poco a poco,

Había una sola luz en el cuarto exterior del departamento. La puerta del estudio permanecía cerrada. Constituía una barrera eficaz y el sargento detective estaba seguro con su única luz, pues los rayos no podían filtrarse a la habitación contigua.

No era la luz lo que La Sombra vigilaba. Los ojos ocultos tras el sombrero de alas anchas estaban clavados en el detective, examinándole.

Mathew estaba cómodamente sentado en una butaca en un rincón del aposento. Volviendo la cabeza de izquierda a derecha, podía vigilar ambas puertas, a voluntad.

La Sombra se encontraba ahora dentro de la habitación. La puerta se cerró en silencio tras él.

Mathew, completamente abstraído, dio, una chupada a su puro, exhaló una bocanada de humo que ascendió en espiral al techo, y reclinó la cabeza en el respaldo de la butaca.

Simultáneamente, La Sombra deslizóse delante de él.

La figura vestida de negro pareció menguar al cruzar silenciosamente el aposento. EL hombre de la capa flotante se había encogido, reduciéndose a la mitad de su estatura.

Mientras Mathew seguía contemplando las espirales de humo, La Sombra llegó al extremo de la habitación.

Enderezándose, se convirtió en una figura delgada que permanecía silenciosa junto a la puerta.

Mathew se desperezó. Miró hacia la puerta, cambió de posición, y examinó su puro. Mientras lo examinaba, no observó lo que sucedía en la puerta del estudio.

La Sombra se aproximó para cubrir la puerta. Mientras su cuerpo tapaba la barrera, su mano enguantada de negro introdujo una llave en la cerradura. El leve chirrido quedó ahogado bajo la capa negra.

La puerta se abrió hacia el interior, no más que treinta centímetros. La Sombra se deslizó en el interior del estudio y la puerta cerróse con sorprendente suavidad.

Quizá fue un leve sonido lo que llamó la atención de Mathew. El detective miró de repente hacia la puerta un instante después de haberse cerrado. Fue a la puerta y escuchó.

No se percibía ningún sonido. El sargento detective volvió a su butaca.

Reinaba una profunda oscuridad en el cuarto donde Silas Harshaw fue asesinado. Semejaba una cámara de la muerte. No perturbaba el siniestro silencio ni el más mínimo sonido. Sin embargo, alguien se movía en aquel cuarto: un hombre que formaba parte integrante de la oscuridad.

Un leve rayo de luz aparecía a intervalos. Iluminaba el escritorio del viejo inventor. Brillaba sobre unos objetos en el rincón. Se posó sobre el tablero de ajedrez. Reveló el hornillo de gas que había en el extremo del cuarto.

Tan sólo la luz que reaparecía de vez en cuando, señalaba el movimiento del hombre que llevaba la lámpara de bolsillo. El haz luminoso alumbraba o desaparecía un instante y luego fluctuó en el dormitorio contiguo al estudio.

AL fin, volvió a la habitación grande. Iluminó el suelo, en el lugar mismo donde se encontrara el cadáver de Silas Harshaw.

El calorífero plateado, brilló cuando la luz se deslizó por encima de él.

Luego la fulgurante linterna proyectó un puntito que zigzagueó a lo largo del antepecho de la ventana. Después desapareció sin dejar rastro. La Sombra había vuelto a fundirse en la oscuridad del cuarto. Ahora hallábase debajo del antepecho, agachado, como Silas Harshaw pudo haberse agachado, la noche que encontró su muerte.

Durante la fracción de un segundo, la luz tornó a brillar sobre el suelo.

Luego ya no fue visible.

La causa de la desaparición fue un ruido ahogado que sonó en la parte exterior de la ventana.

Sonó un leve crujido; el ruido de metal penetrando en madera. La Sombra enderezóse y permaneció junto a la ventana.

¡Alguien se movía contra el enrejado de hierro!

La ventana era un vago armazón de escaso relieve desde la oscuridad del aposento, pero veíase allí ahora la vaga silueta de un hombre.

El bastidor se había levantado, exactamente igual a la manera como lo encontró la policía. De allí, se oyó un ruido cauteloso y metálico en el cuarto.

El hombre que operaba en el enrejado era un artista en su especialidad.

Desprendía el enrejado de manera experta. Cuando la barra de hierro osciló hacia un lado, sus chirridos quedaron reprimidos.

Realizada su difícil tarea, el hombre se deslizó por el antepecho.

La Sombra retrocedió hacia un rincón cercano.

El hombre vestido de negro permaneció inmóvil, mas su enguantada mano empuñaba una pistola automática invisible.

El desconocido había entrado en el cuarto. Estaba agazapado junto al antepecho. Permaneció allí, escuchando. Transcurrieron varios minutos antes de que el recién llegado se asegurase de que no había peligro.

Su respiración, contenida, emitía un murmullo jadeante en la oscuridad. El sonido formaba un marcado contraste con el silencio del rincón donde permanecía La Sombra. Ni el más leve rumor provenía de este lugar.

Brilló una lámpara de bolsillo. Fue enfocada hacia el suelo y su reluciente círculo se reflejó hacia arriba mostrando una figura rechoncha y acurrucada,

Aun en aquellos contornos indistintos, el hombre junto a la ventana podría haber sido reconocido por el individuo que salió del vestíbulo del hotel después de la partida de Cardona.

La luz se movió hacia dentro y apuntó un ángulo a lo largo del suelo. La creciente luminosidad debió hacer creer al hombre que delataría su presencia, pues apagó la luz.

Procedió con cautela un corto rato; luego, la linterna sorda brilló de nuevo, pero se desvió del cuarto. Mostró el suelo y la base del calorífero.

Se movió hacia arriba y se apagó al empezar a alumbrar el borde del antepecho de la ventana.

Reinó el silencio, pero el hombre no se movió de junto al antepecho. El hombre empleaba su tiempo en algún trabajo misterioso. No se daba cuenta de la presencia de La Sombra. Ignoraba que una figura amenazadora estaba a su lado, con una pistola cargada dispuesta a funcionar.

El hombre agazapado respiraba viva y aceleradamente. Sus labios formaban palabras suaves e incoherentes. Emitió una exclamación, apenas más fuerte que un cuchicheo.

Luego se oyó el sonido de un tiro de pistola.

Fue una detonación ahogada que pareció quedar absorbida por la habitación misma. Del antepecho de la ventana surgió un lamento jadeante. Siguió un largo gemido.

Esta sucesión de sonidos sobrenaturales no podían oírse en los pisos inferiores, pero no podían escapar a los oídos de quien escuchase dentro del departamento.

Una silla se volcó en la habitación exterior. Oyóse el pito de policía de Mathew. La puerta se abrió. Mathew oprimió un conmutador y saltó a la alumbrada habitación, pistola en mano. El sargento quedó, al mirar, paralizado de asombro.

Estirado en el suelo, junto a la ventana, yacía el cuerpo de un hombre.

Boca arriba, los brazos extendidos, podría haber sido el cadáver de Silas Harshaw, pues yacía exactamente lo mismo que el cuerpo del viejo inventor.

¡La segunda víctima habla sido asesinada dentro de las paredes de este misterioso cuarto!

CAPÍTULO VI
MUERTE INEXPLICADA

Parado en el umbral del estudio, el sargento detective Mathew giró la vista en torno a la habitación, buscando a un enemigo desconocido. Se había perpetrado un asesinato, ¿pero dónde estaba el hombre que cometió el crimen? Mathew dirigió una mirada escrutadora a la abierta ventana.

Mientras pensaba que por allí podría haberse efectuado la huida, oyó el sonido estridente de un silbato en el patio de abajo.

Luego sonaron unos fuertes golpes en la puerta exterior del departamento.

Mathew se dirigió presuroso a la puerta. Entró un policía vestido de paisano.

-Suben dos agentes –explicó-. Yo estaba delante de la puerta del hotel. Oí su pito. ¿Qué ha sucedido?

-Quédese aquí -ordenó Mathew-. Vigile esta puerta. ¡Se ha cometido un asesinato¡

Penetró corriendo en el estudio y fue a la ventana. Se inclinó sobre el antepecho y miró hacia abajo al resplandor de una potente linterna eléctrica.

Las manos de Mathew tocaron unos ganchos metálicos y observó una escalera de mano plegable debajo de él.

-¡ Ey, Mathew¡

Fue la voz de Cardona desde el patio. El sargento gritó en respuesta.

-¿Ha bajado alguien por esta escalera?

-No -respondió Cardona-. Estoy aquí desde hace cinco minutos. Me imaginé ver algo que parecía una escalera de mano, en la pared. ¿Hubo un tiro?

-Si -gritó Mathew-. ¡El hombre no debe de estar muy lejos! ¡Tengo ayuda¡

-Vigilaremos aquí abajo -respondió su jefe.

El sargento fue rápidamente al encuentro del hombre que guardaba la puerta.

-Quédese apostado aquí -le ordenó, ceñudo-. Hay un muerto en el otro cuarto. El asesino no pudo huir por la ventana. Voy a buscarlo. Deje entrar a los agentes de la patrulla cuando yo llame.

En el estudio, Mathew buscó por todas partes, No había ningún sitio donde un hombre pudiera esconderse. Era imposible que el segundo hombre hubiese escapado por la ventana.

Sin embargo había un asesino, pues allí casi a sus pies, yacía el muerto, con el corazón atravesado por una bala.

A su lado, en el suelo, había una linterna eléctrica. De su bolsillo se proyectaba la culata de una pistola.

El desconcierto de Mathew desapareció al pensar en el pequeño dormitorio.

¡Quizá estaba allí el asesino!

Pudo haber entrado bastante tiempo antes de abrirse la habitación exterior.

A menos que hubiese arrancado el enrejado de la ventana del dormitorio, el hombre no tenia escape posible.

Mathew fue a la puerta de la pieza exterior y encendió las luces del estudio.

Los agentes de la patrulla habían llegado.

EL sargento les señaló con su revólver al extraer una linterna eléctrica de un bolsillo. Indicó la puerta del dormitorio.

-Un hombre aquí –ordenó-. Otro en la puerta del dormitorio. ¡Voy a entrar!

Ceñudos, los agentes ocuparon sus puestos. Mathew, conocido como uno de los más audaces detectives, entregó su lámpara de bolsillo a un agente y cuidadosamente giró el pomo de la puerta.

-Estad preparados con vuestras armas –cuchicheó-. He girado el pomo. Deme la linterna.

Agachado, Mathew empujó la puerta con el hombro. Al abrirse ésta lentamente hacia el interior, proyectó la linterna sobre el rincón cercano.

Abrió la puerta un poco más. No había nadie visible.

Dando un rápido empujón, abrió la puerta de par en par y penetró en el cuarto. Cuando el detective avanzaba, algo se irguió desde del suelo.

De la negrura del fondo, una mano hizo presa en la muñeca de Mathew. ¡El sargento fue levantado en peso por la fuerza poderosa de un ser que se materializó de la nada¡ El detective quedó impotente en la presa asombrosa que le retorció el cuerpo hacia un lado y lo proyectó hacia la puerta.

La linterna eléctrica cayó al suelo. El dedo de Mathew apretó el gatillo de su revólver, pero el tiro se aplastó inofensivo en la pared. Luego el detective perdió la pistola al serle arrebatada.

El súbito Waterloo de Mathew pilló desprevenido al agente de la patrulla. El estampido del disparo le despertó y le hizo entrar en acción

Saltó hacia adelante y, al hacerlo, el cuerpo de Mathew fue lanzado contra él con fuerza terrible. EL agente fue arrojado al suelo por el impacto.

El policía de la puerta de la estancia exterior vio solamente unas figuras retorciéndose. De ellas se enderezó una silueta vaga que cruzó la pieza en dirección de la ventana.

La figura se perdió en la oscuridad en cuanto se alejó del radio de luz del cuarto exterior, pero el policía corrió tras ella, disparando alocadamente.

El torpe atacante no fue un problema para La Sombra. Cuando el policía se precipitó en la oscuridad, dos manos rápidas le asieron por los tobillos.

Sus disparos terminaron cuando cayó de bruces por el suelo, rodando su revólver también:

Sereno y astuto, La Sombra maniobró a sus adversarios. No quedaba más que uno: el policía vestido de paisano apostado en la puerta exterior.

Él, también, fue juguete en las manos de La Sombra. Conociendo que la puerta de la habitación interior debía pasarse antes de llegar a la puerta exterior, el detective corrió a reforzar a sus compañeros.

AL llegar a la puerta de la pieza interior, se detuvo y escrutó la oscuridad.

Empuñaba su pistola.

Un brazo descendió de la pared, a su lado. Sonó un leve ruido agudo cuando la pistola de La Sombra hizo saltar el arma de la mano del agente. Antes de que se diera cuenta de que estaba desarmado, el agente de policía fue cogido en aquella poderosa presa. Un antebrazo le apretó la nuca. Su cuerpo dio una súbita vuelta de campana y chocó contra el suelo, de espaldas.

Una silueta negra y alta se dibujó en el umbral. Una risa suave y burlona brotó de unos labios invisibles.

Cuando Mathew, avanzando sobre manos y rodillas, a tientas en la oscuridad, encontró el revólver del policía, el hombre del umbral pareció desvanecerse en la pieza exterior. Desapareció antes de que los tiros de Mathew pudieran surgir efecto.

El sargento inició la persecución. Los otros agentes, recobrándose de su aturdimiento buscaban sus armas. Se demoraron demasiado para poder colaborar en la caza.

Tan sólo Mathew pudo perseguir al misterioso atacante y no fue bastante rápido. AL llegar a la puerta de la pieza interior disparó fútilmente sobre una figura que salía de la estancia.

Corriendo hacia el vestíbulo, divisó uno sombra negra en la parte superior de la pared.

Desde lo alto de la escalera, Mathew gritó hacia el oscuro patio sin obtener respuesta. Mientras trataba en vano de cortar la retirada al fugitivo, la puerta del ascensor se abrió y José Cardona salió de él.

El sargento contó excitado lo sucedido. Cardona, ceñudo, lo metió en el ascensor y ordenó al ascensorista que descendiese veloz a la planta baja.

Encontraron al encargado en la puerta del ascensor. Había oído los gritos de Mathew y tocaba el timbre como un desesperado.

Cardona cruzó el vestíbulo. La puerta estaba girando. Un policía vestido de paisano entraba. El agente se detuvo en seco, desconcertado, al ver al detective.

-¡Le ordené que vigilase en la parte delantera¡ -gritó Cardona, furioso.

-Usted me dijo -tartamudeó el hombre, aturdido,- usted me dijo eso hace cinco minutos. Pero ahora mismo... cuando usted volvió... hace un minuto...

-¡Venga¡ -ordenó Cardona.

Atravesó veloz el vestíbulo y al llegar a la acera, escudriñó en ambas direcciones la calle.

No había ni un alma a la vista.

Se volvió hacia el policía.

-¿Qué quiere usted decir? –interrogó-. ¿Dice usted que yo volví? ¿Ahora?

-Sí -respondió el hombre-. Pensé que era usted: pareció su voz. Le oí decir: "¡Entre deprisa¡ ¡Corral ¡Lo necesitamos!" Entonces entré por la puerta.

-O. K., en marcha -ordenó Cardona-. Registre el hotel. Busque por todas partes. No deje escapar a ese hombre.

Dejando a sus subordinados ocupados en la inútil búsqueda., Cardona regresó al hall del hotel. Allí encontró a los agentes que estuvieron con Mathew. Bajaron por la escalera. Cardona les mandó que buscasen al fugitivo también.

Encontró al policía vestido de paisano de pie en el estudio cerca de la ventana. El agente apenas se había recobrado del rápido y poderoso ataque que le venciera.

Las luces estaban encendidas y Cardona contempló el cuerpo del hombre asesinado Observó que su posición era similar a la de Silas Harshaw. ¡Dos hombres asesinados en el mismo lugar¡

Cardona fue a la ventana y llamó abajo al patio. Dos de sus subordinados estaban apostados allí. Gritaron diciendo que nadie intentó escapar por la escalera de mano Una cabeza apareció en una ventana del cuarto de abajo.

Otro de los agentes vigilaba aquel lugar. Informó al detective que había encontrado una maleta grande, evidentemente el objeto que contenía el equipo de la escalera desmontable.

Cardona se apartó de la ventana y examinó a la víctima. El corazón atravesado por una bala, como Silas Harshaw.

El rostro del hombre estaba bien formado; aun en la muerte conservaba un aire de decisión, Cardona no encontró el menor parecido con ninguno de los criminales que él conocía.

¿Podía ser este el ladrón nocturno que se esperaba? De ser así, ¿quién era el asesino? ¿Entraron dos hombres y riñeron? Era improbable.

Alguien logró entrar, a pesar de la presencia de Mathew. Cardona rechinó los dientes al ocurrírsele el nombre, que no podía resistir... ¡La Sombra¡

¿Era La Sombra el hombre que escapó? Las circunstancias no encajaban. La Sombra mataba solamente cuando juzgaba que la justicia lo exigía.

Cardona creía que si La Sombra hubiese estado allí, habría capturado al intruso, en lugar de matarlo.

Volviéndose hacia el agente vestido de paisano, le interrogó acerca de la lucha. El policía no pudo dar una descripción de su asaltante. Fue derribado en la oscuridad; era cuanto recordaba. Eran cuatro contra uno. Sin embargo, por la historia, Cardona averiguó que el presunto asesino escapó sin disparar un solo tiro, aunque los agentes le tirotearon en vano.

Esto parecía guardar relación con La Sombra, el personaje extraño y misterioso que no tenía pelea con la policía, pero que luchaba contra los delincuentes y los derrotaba en su propio terreno en lugar de operar utilizando los métodos policíacos legales.

¡La Sombra¡ El nombre mismo era ahora tabú, para Cardona. El informe debía denominar al fugitivo como un asesino desconocido.

Sería la descripción lógica, pero si fue La Sombra ¿por qué obró de manera tan asombrosa?

Había usado una pistola para matar a un enemigo. No recurrió al mismo procedimiento para escapar. No parecía tener consistencia, a menos que se reconociese a La Sombra.

La contemplación del muerto tendido en el suelo llenó de perplejidad a Cardona. Empezó a reflexionar. Quizá, al final, las condiciones se invirtieron.

De haber dos hombres, uno esperando en la pieza, el otro entrando por la ventana, ¿cuál seria La Sombra? El hombre de la estancia, supuso Cardona.

El hombre que estaba tendido en el suelo estuvo de cara a la ventana. Pudo ser muerto por alguien que entró por la abertura.

¿Sería La Sombra?

Mathew entró. Cardona empezó a interrogar al sargento. La historia del agente no sirvió de gran ayuda.

Cuando él entró en el dormitorio, fue atacado en la oscuridad. Persiguió a un hombre y apenas lo vislumbró varias veces.

La Sombra era evasiva y escurridiza, Cardona lo sabia; pero el misterioso personaje no solía recurrir a la huida.

Tenazmente, Cardona inició un registro del local con la esperanza de descubrir alguna nueva pista. La investigación resultó infructuosa. Buscaba capturar a un esperado ladrón. Logró realizar dicha captura, pero no aclaraba el misterio. El hombre que yacía en el suelo del estudio de Silas Harshaw no podría decir jamás lo que sabía.

Una tercera muerte. ¿Fue esta, también, deliberada? Era un enigma que llenaba de perplejidad a José Cardona cuando contemplaba el rostro del asesinado.

CAPÍTULO VII
LA MUERTE CONTINUA

Eran las nueve de la mañana cuando el detective José Cardona salió del departamento de Silas Harshaw. Exactamente veinticuatro horas después se presentó en el despacho del comisario Weston, para discutir la única nueva revelación que podría ser una pista.

Era ésta una tercera carta, que Cardona llevaba consigo.

El detective saludó con un movimiento de cabeza, ceñudo, a Weston y a Biscayne. Sin pronunciar una palabra, puso la misiva encima de la mesa.

Estaba igualmente escrita a máquina. Decía:

EN MEMORIA DE T. S. QUE MURIÓ ANOCHE. FUE EL TERCERO.

-¿Qué opina usted de ello, Cardona?-interrogó Weston.

-Es un caso difícil -declaró el detective, malhumorado-. Cuanto más investigo, más empeora. Pero confío en que nos acercamos al fin.

-¿Qué nos dice del muerto encontrado en la residencia de Harshaw? -inquirió Biscayne.

-Le diré -repuso Cardona, señalando la nota-. Lo entiendo de la siguiente manera: es la tercera víctima. Sus iniciales deben ser T. S. Pero no hemos podido identificarlo.

-Aguarde un momento, Cardona -sugirió Biscayne-. ¿Qué le parece el factor tiempo? Primero, Silas Harshaw murió; a la mañana siguiente recibió usted una nota. Segundo, Luis Glenn, dos noches después del asesinato de Harshaw. Recibió usted una la mañana siguiente. Yo esperaba un lapso de cuarenta y ocho horas antes del tercer crimen, si se producía. En lugar de eso, este hombre fue asesinado veinticuatro horas después del asesinato de Glenn. Esto me parece equivocado. Debió haber muerto anoche, no la noche anterior, si es T. S.

Tras una pausa agregó:

-Esta nota -Biscayne miró el sobre-, debe haber llegado en el correo de esta mañana.

-Eso es lo que el remitente suponía-declaró Cardona,- pero me adelanté. Las autoridades postales mandaron esa carta a jefatura anoche a las once. Estaban a la expectativa y la recogieron en cuanto fue depositada en el buzón ¿De dónde cree que procede?

-¿De dónde?

-Del buzón del hotel Redan.

-¿Cómo?

Biscayne y Weston lanzaron al mismo tiempo la exclamación. Cardona meneó la cabeza en señal afirmativa.

-Es seguro –afirmó-. El asesino debió rondar por el hotel. Hemos trabajado toda la noche, interrogando a los huéspedes y vigilando el lugar. Pero no hemos conseguido nada. Todo lo que sabemos es que el muerto en el departamento de Harshaw se alojó en el hotel durante cinco días. Se inscribió bajo el nombre de Howard u Horacio Perkins. No se puede leer bien por la manera como garabateó su nombre en el registro. Desde luego, es un nombre supuesto El individuo llevó la escalera de mano desmontable en una maleta. Debió ir al 918, le habitación situada debajo del estudio de Harshaw, la noche que el viejo fue asesinado. Así, según mis cálculos, él fue el pájaro que mató a Harshaw. Pero, anteanoche, intentó entrar otra vez en las habitaciones, desde el 918, y lo mataron a él.

-Lo cual apoya mi hipótesis -sonrió Biscayne-. Dije que el robo y el asesinato eran dos motivos diferentes, en los cuales intervenían dos personas distintas.

-Bien, profesor -declaró Cardona-, estamos llegando al punto en que tenemos que basarnos en hipótesis. Me imaginé que su idea de que Harshaw fue muerto dentro del departamento debía ser falsa. Mas ahora, desde anteanoche, su idea me parece excelente. Allí dentro había un sujeto, pero no acierto a comprender cómo pasó inadvertidamente por el lado de Mathew.

Hubo una pausa y añadió:

-Voy a decirle la manera como me lo explico. Alguien, el individuo que ha mandado estas notas, es el cerebro que hay tras todo esto. Es audaz, no cabe duda, pues opera en torno mismo del hotel. Quería suprimir a tres hombres: S. H., es decir, Silas Harshaw; a L. G., este es Luis Glenn; T. S., que debe ser el falso Perkins, el tercer muerto. Llamaré T. S. el tercer muerto, porque es quien yo creo que es. Voy a aceptar su hipótesis acerca de Harshaw. El cerebro planeador de esta racha de crímenes, asesinó al viejo inventor. Luego mató a Luis Glenn. Pero conocía que este T. S., que residía en el hotel Redan, había intentado entrar en el departamento de Harshaw y volvería a intentarlo. Así el criminal entró y acechó la llegada de T. S. Lo mató y escapó. ¿Qué opina de esto?

-No explica un factor importante -declaró Biscayne-. ¿Por qué el asesino no mandó la tercera nota la misma noche, en lugar de esperar veinticuatro horas?

-He investigado eso -explicó Cardona-. Por lo que dice correos, las tres notas fueron depositadas en el buzón del hotel Redan. Ahora bien, el asesino no pudo despachar la tercera nota antes de matar a T. S., porque no estaba seguro de que el hombre subiría al piso de Harshaw aquella misma noche. Después del crimen, tuvo que huir del hotel, y era demasiado tarde para mandar la carta. Así, esperó hasta la noche, y entonces la remitió.

Biscayne sacudió solemnemente la cabeza y escrutó como un búho, a través de sus gafas.

-Cardona -dijo, en tono convincente-, está usted introduciendo muchas teorías sin fundamento en este caso. No crea que estoy criticándole, porque no es así. Trabaja usted con hechos y trata de hacer que ellos le conduzcan a una solución. Llegará usted a ella, porque tarde o temprano encontrará una pista. Pero, si me escucha, creo llegar mucho más pronto a alguna conclusión definitiva. Sigo opinando que se trata de un juego de despropósitos, de ideas carentes de relación.

Hubo una pausa y prosiguió:

-Comenzaremos por Silas Harshaw. Por alguna razón desconocida, su muerte fue deseada por una persona tan segura de su invulnerabilidad que no sólo perpetró el asesinato del anciano inventor, sino que también mandó una nota anunciando su muerte.

“La misma persona deseaba la muerte de Luis Glenn. De nuevo fraguó y cometió ese crimen y envió un mensaje. Ahora bien, nuestro audaz asesino discurrió la muerte de una tercera persona.: una muerte fijada para anoche. Ha vuelto a remitir otra nota. Se refiere a la tercera persona por medio de las iniciales T. S. No hemos descubierto aún la muerte de T. S., quien quiera que este pueda ser. ¿Ha planeado más asesinatos el criminal? Quizá. Verificaremos este hecho más adelante. Pero le he dado a usted, en forma compacta, los puntos vitales concernientes a las muertes de Silas Harshaw y de Luis Glenn. También he considerado la posibilidad de una tercera muerte, que atañe a un hombre cuyas iniciales son T. S.

-Esa es una hipótesis clara -reconoció Cardona-. Parece lógica, profesor. Pero ¿en dónde entra en ella este otro asesinato? ¿Qué me dice del hombre que escapó después de matar a este tercer muerto?

-Un despropósito -replicó Roger Biscayne-. Alguien tenía el motivo del robo. Entró por la ventana y cayó en una trampa. Fue muerto de un tiro. ¿Por quién?

-Verá usted -repuso Biscayne, pausadamente-. Sólo puedo creer que fueron dos los hombres que entraron por la ventana. Quizá operaban juntos. Por qué motivo había uno de matar al otro, es cosa que no puedo sondear, en este momento. Parece creíble que tuviese el propósito deliberado de hacerlo. Existe el hecho de que un hombre murió mientras que el otro escapó. Tuvo que luchar con la policía para poder huir. Sencillamente desechó la ventana como medio de huida.

-¿Entonces cree que se trata de un caso completamente distinto? -inquirió Cardona.

-Por completo. No encaja en el procedimiento empleado en los otros dos casos. Harshaw y Glenn fueron eliminados por medio de la astucia. El asesino ha quedado completamente invisible. ¿Por qué habría de haber cambiado su sistema para ejecutar un crimen audaz y temerario?

-Tiene usted una idea clara de ello, profesor -comentó Cardona-. Está bien, desde su punto de vista, porque trata estos crímenes en carácter de observador. Pero yo me enfrento con los hechos concretos que encontramos en todo trabajo policíaco. No puedo seguir adelante y olvidar este último crimen cometido en la residencia de Harshaw. Es un crimen, exactamente, como el asesinato del anciano inventor. Quizá implique un doble trabajo y me conduzca a dos caminos al mismo tiempo, pero... ¡tengo que aclararlo!

-Ciertamente, Cardona -interpoló el comisario-. Comprendemos su posición y puede estar seguro de que ya he obtenido una impresión de primera mano de su eficacia. Tengo la mayor confianza en usted, Cardona. Mientras usted forcejea con estos detalles necesarios que obstaculizan su labor, Biscayne puede estudiar estos problemas desde una posición ventajosa. Confío en que podrá ofrecerle una ayuda valiosa.

-Gracias, señor Weston -dijo Cardona, calurosamente-. He destacado a algunos buenos sabuesos para que averigüen algo respecto del individuo que fue asesinado en el piso de Harshaw. No es un delincuente vulgar, pero necesito averiguar su historial, si lo tiene, Se ha recibido un telegrama de San Luis, comunicando la huida de un ladrón de cajas de seguridad. Max Parker se llama el pájaro. Han enviado a un agente para identificar el cadáver. Se han recibido otras llamadas de Búfalo y de Atlanta. Se cuidan de ello en Jefatura. Pero, entre tanto, estoy estudiando el caso de este T. S. Quiero conocer el significado de esas cartas.

-La Sombra -sugirió Biscayne, con una sonrisa.

Cardona dio un respingo y dirigió una mirada al comisario. Observó una expresión severa en su rostro.

EL detective recogió la carta de la mesa.

-Voy a dar esto a los reporteros –anunció-. Han estado pidiendo noticias sobre estos crímenes.

-¿Cree usted que es prudente? -interrogó Weston.

-Tenemos que tratar con respeto a la prensa -declaró Cardona-. Quieren saber lo que sucede. Han ocurrido tres muertes misteriosas. Si les comunicamos que hemos recibido unas cartas y hemos averiguado que proceden del hotel Redan, nos beneficiará y esto puede sernos ventajoso.

Especialmente, dado que vigilamos el hotel ostensiblemente, ahora. Vamos a echar el guante al remitente de esas notas, si se acerca al lugar.

-¿Qué les dirá? -inquirió Biscayne.

-Me atendré a mi teoría -repuso Cardona, deliberadamente-. Harshaw fue el primero; Glenn, el segundo; el tercero puede ser el hombre asesinado anteanoche. Usted discrepa sobre este punto, profesor, y yo no rechazo su opinión. Piensa usted que el verdadero T. S. debió ser muerto anoche. No lo fue, que nosotros sepamos. Si usted tiene razón, el criminal puede haber fracasado. Si dejo que los periódicos hablen del triángulo T. S. quizá recibamos alguna confidencia de algún individuo que tenga esas iniciales. En otras palabras, voy a jugar seguro.

-Sin mencionar La Sombra -interpoló Weston, con sequedad.

-Perfectamente, señor Weston -asintió Cardona-. Actuaré de la forma que usted ha ordenado. No voy a seguir ninguna pista fantástica. Manifiesta usted que La Sombra es mi punto flaco. Perfectamente. Si se me mete en la cabeza La Sombra, lo discutiré con el profesor Biscayne. Me encantaría que una persona tan inteligente como el profesor examinase el enigma de La Sombra.

-Opino que la nota a los periódicos es una idea excelente -declaró Biscayne-. Sigo sosteniendo mi hipótesis de que el tercer asesinato, si lo hubo, ocurrió anoche. Creo que el

muerto en el piso de Harshaw no tiene ninguna relación con esa serie de crímenes. Esto me inclina favorablemente a que facilite una nota a la prensa. El asesino no conocerá mi hipótesis si lee la prensa.

Las ediciones de mediodía llevaban reseñas de Silas Harshaw y sus inventos; de Luis Glenn y su breve viaje a Nueva York; y de las misteriosas notas que anunciaron tres muertes.

¿Qué significaban las iniciales T. S.? Ese era el gran enigma. Pero Cardona no mencionó el nombre de La Sombra.

Interiormente, el famoso detective creía que Roger Biscayne había tenido una idea acertada. Cardona pensaba que el asesino escogió a La Sombra como tercera víctima.

Quizá el hombre sin identificar, asesinado en casa de Harshaw, era La Sombra.

¡También era probable que La Sombra hubiese muerto al que intentaba asesinarle!

De ser así, fue La Sombra quien, escapó.

¡Igualmente era posible que La Sombra hubiese mandado la tercera nota, la noche siguiente, en un rasgo de ironía.

Pues La Sombra, invariablemente, se burlaba de los que intentaban frustrarle sus planes.

Cardona estaba también casi convencido de que el profesor Biscayne se equivocaba, al afirmar que estos asesinatos debían seguir una progresión regular, cada cuarenta y ocho horas.

No se habían recibido noticias de la muerte de un hombre que llevaba las iniciales T. S.

El detective opinaba que los asesinatos habían terminado. Quedaba por solucionar las misteriosas muertes, capturar al verdadero criminal, a menos que la mano de La Sombra no lo hubiese efectuado ya.

Cardona esperaba alguna nueva revelación que condujese a las soluciones.

La revelación llegó a la una, cuando salía para dirigirse al despacho del comisario.

El timbre del teléfono repicó prolongadamente. Cuando Cardona descolgó el receptor, fue recompensado por un parte inesperado, de una comisaría de la parte alta de la ciudad.

Pero las palabras transmitidas por el alambre le dejaron estupefacto. En un instante, sus teorías quedaron derrotadas, adquiriendo mayor relieve las del profesor.

Un hombre fue hallado muerto, en su casa. La tragedia no parecía ser un crimen. La víctima era un director de ferrocarriles, retirado. Había entrado en un cuartito situado debajo de la escalera que conducía al segundo piso de la casa. La puerta se cerró, aprisionándole. Murió asfixiado.

¿Un asesinato? Ordinariamente, Cardona habría rechazado la idea. Pero en este caso conocía instintivamente que no se trataba de un accidente casual, pues le habían dado el nombre del ex director y se quedó junto al teléfono, repitiendo el nombre, aturdido.

¡Este era el tercer crimen! La víctima fue pillada en la trampa. No se le encontró hasta hacia media hora. Fue muerto deliberadamente, pues el nombre de la víctima respondía a las iniciales que anunciara la tercera misteriosa nota.

¡El nombre del muerto era Tomás Sutton!

CAPÍTULO VIII
UNA SOLA PISTA

La residencia de Tomás Sutton estaba en el distrito de Manhattan.

Cardona llegó allí después de las dos, acompañado del comisario Weston y del profesor Biscayne.

Encontró a dos personas en la casa. Uno era un policía, destacado por órdenes de Cardona. El otro era Ricardo Sutton, hijo del muerto.

Ricardo Sutton les condujo a la habitación del segundo piso, donde yacía el cadáver de su padre. No presentaba señales de violencia. Parecía ser una muerte puramente accidental. Pero los tres investigadores opinaron lo contrario, aunque no se lo manifestaron a Ricardo Sutton.

-Cuénteme todo cuanto sepa -indicó Cardona.

-Mi padre y yo vivíamos solos -empezó Ricardo, con voz lenta y emocionada-. Tenía la costumbre de salir todos los días, y volver después de cenar. Supongo que así lo hizo ayer. Cuando entré en casa a medianoche, no observé nada anormal. Supuse que mi padre se había retirado a descansar. Esta mañana me levanté tarde. No le vi por ninguna parte. Me figuré que había salido. Miré en su cuarto. La cama estaba intacta. No había dormido allí anoche,

"Telefoneé a algunos sitios donde pensé que podría haberse quedado. Nadie daba razón de su paradero. Telefoneé a la policía. Vino un agente. Decidimos registrar la casa. No encontramos el menor vestigio de nada anormal. Habíamos olvidado mirar el cuartito armario. Al final se nos ocurrió mirar por casualidad. Allí encontramos el cadáver de mi padre.

Ricardo Sutton abrió la marcha escaleras abajo y los investigadores examinaron el cuartito armario. La puerta iba muy ajustada. No tenia ningún pomo; Simplemente un pestillo en la parte exterior. La puerta estaba cerrada.

Cardona la abrió y proyectó la luz de su linterna en el interior. El cuartito era largo, pero el techo se inclinaba hacia abajo, hasta llegar a un pequeño estante en un extremo.

Mientras el detective estaba en la abertura, la puerta se cerró lentamente y algo chocó con él. Era la puerta, cerrándose por sí misma. Cardona retrocedió

Suelta, la puerta empezó a cerrarse poco a poco, luego tomó velocidad y se cerró de golpe. El pestillo chirrió emitiendo un chasquido.

-De modo que esto fue lo que sucedió-exclamó el detective-. Tomás Sutton entró aquí, la puerta se cerró mientras estaba dentro y quedó encerrado.

El hijo de la víctima movió la cabeza en señal afirmativa. Cardona miró al joven con cierto recelo. Evidentemente estaba abrumado por la muerte de su padre.

El caso parecía ser un accidente fortuito. Pero la coincidencia de la nota con las iniciales-la tercera que se ajustaba a las circunstancias - era demasiado importante para desdeñarla.

Cardona inició otra inspección del cuartito. Dejó que la puerta se cerrase, estando él dentro. Golpeó con los nudillos en la barrera y llamó. El ruido sonaba ahogado, sordo.

Biscayne giró el pestillo y el detective salió.

-No es muy probable que se oiga cuando se pide socorro-comentó el profesor.

Weston meneó la cabeza en señal afirmativa.

-El cuartito está vacío-observó Cardona.

-Sí-asintió Ricardo Sutton-. Lo usábamos solamente para almacenar libros viejos. La casa se pintó hace unos seis meses. Llevé los libros arriba y no los volví a bajar. Hace años, mi hermano y yo, solíamos guardar las bicicletas ahí. El cuartito no ha servido para ningún otro objeto desde entonces, excepto para meter libros, que ya no están ahí.

-¿Ha estado la puerta siempre así?-inquirió Cardona.

-Si-respondió Ricardo Sutton-. En un tiempo había un gancho en la parte exterior. La armella está todavía en la puerta. El gancho se rompió hace mucho tiempo y no volvimos o colocar otro. Los pintores lo quitaron.

-¿Por qué cree que su padre entró ahí? -preguntó Cardona.

-Lo ignoro-respondió Ricardo Sutton-. Es lo que me intriga. No acierto a comprender qué buscaría en el cuartito.

EL caso era desconcertante. AL parecer, Tomás Sutton tuvo que mirar algo en el interior de la pieza.. Se olvidó de colocar algo contra la puerta para mantenerla abierta.

Esto suscitaba un punto de importancia. Cardona tornó a interrogar al joven.

-¿Sabia su padre que la puerta se cerraría de este modo?

-No lo creo-respondió el joven-. Quizá lo observó en alguna ocasión, sin fijarse mucho. Era muy distraído. Aunque era metódico, sólo prestaba atención a los asuntos del momento. Tengo la seguridad de que tenia un motivo concreto para entrar; por lo tanto, no dio importancia a la puerta. De haberlo observado en alguna ocasión, concentraba su atención de tal modo en su objetivo momentáneo, que olvidó el cierre.

Cardona tornó a escrutar el cuartito y olisqueó la pintura, fresca. Examinó la parte inferior de la puerta y observó que virtualmente no existía ninguna abertura entre el suelo y la puerta, cuando ésta estaba cerrada.

-Usualmente-dijo el detective-, debiera entrar aire en una pieza como ésta. Es sorprendente que Sutton se hubiese asfixiado tan fácilmente.

-¿Se la ha abierto con frecuencia desde que la pintaron?-preguntó Biscayne, dirigiéndose a Ricardo Sutton.

-No recuerdo que se abriera-respondió el joven-. Quizá esté yo equivocado. Tal vez se haya abierto una o dos veces.

-Entonces no olvide la pintura fresca-advirtió Biscayne a Cardona.

-¿Por qué?-preguntó el detective, con sorpresa.

-La pintura fresca-explicó el profesor-, produce con frecuencia un monóxido de carbono.

-¡Lo ignoraba¡-exclamó el detective-. Parece imposible que esta pieza estuviese saturada de ese mortífero gas.

-Saturada, no-corrigió Biscayne-. Pero probablemente contenía dichos gases en un grado notable. Puede efectuarse una prueba. El monóxido de carbono es inodoro. La presencia de una cantidad limitada de dicho gas explicaría la muerte rápida de una persona encerrada dentro.

-Se ha producido una muerte-declaró el detective-. Por lo qué acaba de exponer, profesor, se explica perfectamente como accidente. Ahora debemos considerar si alguien introdujo forzadamente a Tomás Sutton en esa pieza.

-Registramos toda la casa buscando a mi padre-explicó el hijo de la víctima-. No encontramos vestigio de que hubiese estado alguien aquí. Si mi padre fue asesinado, desearía saberlo. Pero no he visto ninguna indicación de ello.

-¿Qué puede decirme del estado económico de su padre?-preguntó Cardona, con brusquedad.

-Vivía de una pensión-respondió el joven-. Hasta hace unos meses, poseía aún cierta fortuna. Pero mi padre tenia la debilidad de interesarse en empresas de especulación. Invertía constantemente dinero en minas de oro, pozos petrolíferos e inventos nuevos de dudoso valor. El último de éstos fracasó y no le quedó más que esta casa y su pensión.

-¿En negocios de seguros?-inquirió Cardona.

-En dotaciones, todo-contestó el joven-. Todas producían y el dinero lo invertía en las empresas que he mencionado. Mi padre era generoso. Nos colmaba de regalos a mí y a mis hermanos. Aunque, ya no era rico su pensión era más que suficiente para cubrir sus necesidades. Mi padre estaba satisfecho de la vida.

-¿Tenía algunos enemigos?

-Estoy seguro de que no tenia ninguno. Desde luego, trataba con especuladores poco escrupulosos e inventores fanáticos. Tuvo algunas disputas con varias personas sobre asuntos monetarios. Pero éstas ocurrieron hace mucho tiempo. Ninguna durante el año pasado. Y

todas relativas a dinero que tuvo la intención de invertir. Desde que agotó sus recursos, no tuvo incidentes de esa naturaleza.

-¿Recuerda algún incidente determinado?

-No en grado marcado. Recuerdo que un hombre visitó a mi padre hace unos dos años y sostuvieron una discusión acalorada en el salón. Oí la disputa, desde el pasillo. El visitante deseaba dinero para algo, y alegaba que mi padre quería averiguar demasiado antes de prestarle su apoyo financiero. Desconozco la naturaleza del asunto en cuestión

-¿Qué personas han venido aquí recientemente?

-Tan sólo algunos amigos y conocidos. Ignoro cuántos. Solían venir por la noche, cuando yo estaba fuera. Mi padre me dijo que recibía algunas visitas de vez en cuando, pero nunca mencionó ningún nombre.

-Quizá vino alguien anoche-observó Cardona-. Examinemos la casa.

A una sugerencia de Ricardo Sutton, subieron a la sala. Encontraron un talonario de cheques en el escritorio de la víctima. Las matrices, anotadas con iniciales y abreviaciones, se referían a cantidades pequeñas. Había también unas cuantas cartas, que no facilitaban ninguna pista.

EL caso parecía estar totalmente desprovisto de hechos pertinentes. La única persona sobre quien podían recaer sospechas era Ricardo Sutton. Él conocía que la puerta del cuartito se cerraba por sí misma automáticamente.

Ricardo Sutton parecía ser un joven recto y honesto. Sus manifestaciones fueron hechas sin el menor titubeo. Eran la clase de declaraciones que podían comprobarse detalladamente. El hijo de Tomás Sutton debía ser inocente, pensaba Cardona, aunque el metódico detective abrigaba la intención de interrogar a los demás hermanos.

La tarea inmediata consistía en buscar algo que demostrase que alguien estuvo allí, o pruebas al efecto de que Tomás Sutton fue influenciado para que entrase en la trampa mortal.

La naturaleza pacifica de la muerte del anciano indicaba claramente las posibilidades de la mano maestra que ejecutó los asesinatos de Silas Harshaw y Luis Glenn.

Más este crimen-si fue un crimen-parecía más desconcertante que los otros dos.

Escudriñando debajo del escritorio, Cardona observó un cesto de papeles y lo sacó. Vio unos cuantos papeles tirados dentro, que resultaron ser unas circulares impresas.

EL detective sacudió la cabeza al mirar a Roger Biscayne. Luego volvió a depositar el cesto en el suelo.

AL hacerlo, distinguió algo debajo del escritorio. Lo recogió al instante; eran dos objetos estrujados: un sobre oscuro y una hoja de papel.

Desdoblando el papel, lo extendió sobre el escritorio.

Biscayne estaba detrás, mirando por encima del hombro del detective. Este señaló rápidamente los caracteres que aparecían sobre la arrugada hoja.

Eran palabras escritas a máquina, Idénticas a las que aparecían en los mensajes de muerte:

Querido amigo Sutton:

Encontrará usted su bastón de puño de oro en el estante del cuartito que hay debajo de su escalera delantera.

DANA

Ansiosamente, Cardona volvióse hacia Ricardo Sutton, que permanecía apoyado contra la puerta, en el otro lado del aposento.

-¿Poseía su padre un bastón con puño de oro?-le preguntó.

-Si-confirmó el joven, con sorpresa-. Lo perdió hace unos meses. Lo apreciaba muchísimo. Era un regalo de un íntimo amigo.

-¿Quién es Dana?

-Roy Dana es un antiguo amigo de mi padre. Uno de sus mejores amigos. Es un abogado retirado, que habita en Nueva Jersey. Le telefoneé antes de que usted llegase, para notificarle la muerte de mi padre. Me indicaron que se marchó a Florida, hace dos días.

Cardona miraba el sobre. Observó que era diferente de los que contenían los mensajes que anunciaban las muertes.

Las señas no estaban escritas a máquina. Estaban escritas a mano, garabateadas con una letra poco firme. Pero el matasellos indicaba la misma estafeta que las otras cartas.

-Fue despachada hace dos noches-observó Cardona a Biscayne.

-Entre los dos mensajes, después del primero y antes del segundo-repuso el profesor.

-Si-asintió el detective-. En la estafeta no le prestaron atención porque no iba dirigido a Jefatura.. Puede haber venido en el reparto de ayer mañana; quizá no se recibió hasta ayer tarde.

-Eso es más probable -apuntó Biscayne.

Ricardo Sutton se había, aproximado para mirar la carta.

-Si esa nota vino ayer-dijo-, dudo de que mi padre la abriese hasta anoche.

-¿Por qué?

-Dana no mandó esa carta-afirmó el joven, con énfasis-. Mas no creo que mi padre se habría dado cuenta. Cualquier alusión al lugar donde podría estar el bastón le habría impulsado a obrar en el acto. Aquel bastón perdido era su obsesión.

-¿Por qué no cree que Dana la manó-preguntó Cardona.

El joven introdujo una mano en el escritorio y sacó una tarjeta de felicitación que el detective dejó a un lado, no dándole importancia. Iba dirigida a Tomás Sutton y estaba firmada "Roy".

-Esa es la letra de Dana-indicó el joven-. Es firme, no trémula. Siempre admiré la letra del viejo.

Cardona meneó la cabeza en señal de asentimiento. Miró al profesor y luego al comisario, que estaba al lado. Después el detective, irguiose de cara a Ricardo Sutton

-¡Sutton! -dijo-. ¡Su padre fue asesinado! Si, asesinado, no por el hombre que entró aquí, sino por el que mandó este mensaje. Llevó a su padre a esa pieza; hizo que entrase con una sola idea: la de mirar en el estante. La puerta se cerró tras la desgraciada víctima, tan eficazmente, como si alguien hubiese estado allí para cerrarla.

"Quizá ha leído usted en los periódicos-siguió-, la noticia de las muertes de Silas Harshaw y de Luis Glenn. Hemos notificado una tercera muerte. Ha ocurrido. El asesino escogió a su padre como tercera victima. He dado ya un informe a la prensa Voy a decirles, también, que su padre fue asesinado. No podemos descuidar ni una sola contingencia. Aparte de los mensajes anunciando la muerte, esta carta es todo cuanto poseemos. Pero existe una diferencia. Los otros mensajes se recibieron después d acaecer la muerte. Esta misiva vino ante de ocurrir la tragedia.

El detective golpeó la nota con el índice.

-¡Esta es el arma que mató a Tomás Sutton!-exclamó.

Volvióse y observó una expresión de elogio en los ojos de su superior, el comisario Weston.

EL profesor aprobaba con un movimiento de cabeza su explicación.

Pues los tres investigadores comprendían que se enfrentaban con un súper criminal con un cerebro extraordinario, un asesino cuyos métodos eran tan ingeniosos como fatales.

Tres hombres habían muerto. Sus muertes fueron anunciadas. ¿Habría una cuarta muerte? Tal era la terrible cuestión que les amenazaba en este instante.

¡Y la única manera de frustrar los planes del asesino consistía en encontrar su pista por medio de sus propios mensajes!

CAPÍTULO IX
LA SOMBRA INTERVIENE

Aquella misma noche, el detective Cardona estaba sentado a una mesa en Jefatura. Delante de él, había un montón de notas escritas a lápiz.

A su lado tenia un montón de objetos. El detective estudiaba el misterio de los tres crímenes perpetrados por un asesino desconocido.

Después de las indagaciones de la tarde, se inclinaba a aceptar la hipótesis expuesta por el profesor Biscayne. Aceptaba ahora que el hombre sin identificar, que encontró la muerte en el piso de Harshaw, no era la víctima escogida por el súper criminal, causante de las muertes de Harshaw, Glenn y Sutton.

El timbre del teléfono sonó prolongadamente. Cardona habló.

-Mañana por la noche-dijo-. Sí, profesor, será el momento decisivo... puede ocurrir otra muerte... Bien, podemos evitarlo, si capturamos a alguien rondando por las cercanías del hotel Redan... Mis hombre vigilan... No pierden de vista los buzones de los pisos... Si, puede echarlo en otra parte, si es que lo manda... Muy bien, profesor. Gracias, le llamaré si ocurre algo.

Cardona colgó el auricular y reanudó su trabajo. Estudiaba hechos concretos; sin embargo no obtenía resultados positivos.

Una sombra larga cruzó la habitación y se posó sobre el escritorio donde Cardona trabajaba.

El detective levantó la cabeza de repente; luego sonrió indulgente al ver a Fritz, el conserje alto y de hombros encorvados. EL hombre entró armado de un cubo y un estropajo.

Fritz no hizo ninguna observación al mirar estúpidamente al detective. El hombre era taciturno y lerdo en el pensar.

-Hola, Fritz-saludó el detective-. Creía que hacia mucho tiempo que se había marchado. Trabaja usted a todas horas, ¿verdad?

-Sí-replicó el conserje.

-Supongo que habrá cogido la costumbre de la pandilla de aquí.

-Si.

-Siempre "sí"-sonrió Cardona-. No sé cómo se las arreglaría sin ese "sí", Fritz. No se preocupe por mí. Saldré dentro de unos minutos.

Mientras el conserje fregaba a lo largo de la pared, el detective dirigió su atención a los objetos que había encima de la mesa.

Primero, recogió dos paquetes de cigarrillos que había tomado de la casa de Luis Glenn. Una era de pitillos marca "Tuxedo^; El otro, de "Navy Cut".

Examinó estos objetos. Sacudió negativamente la cabeza y tiró los paquetes encima de la mesa. Una de las cajas cayó al suelo.

Fritz la oyó caer. Se volvió y se agachó lentamente. Recogió la caja de cartón y la depositó encima de la mesa, cuidadosamente, como si fuese alguna cosa de valor.

-Trátela con cuidado-rió Cardona-. Son documentos probatorios. Pruebas. ¿Comprende? Muy importante.

-Sí.

EL conserje se rascaba la cabeza mientras miraba fijo las cajas de pitillos, como si su existencia le fuera cosa incomprensible. La perplejidad del hombre hizo reír a Cardona.

-Trata de adivinar lo qué son ¿eh Fritz? –preguntó-. No son pruebas contra usted. Se las dejaré después... en el cesto de los papeles. Entretanto, me las quedo, aunque no parece que tengan ningún significado.

Para Cardona, el hecho de rascarse Fritz la cabeza, mostraba la estupidez del hombre. No adivinó el verdadero propósito de la acción.

Con la mano a un lado de la cabeza, Fritz disimuló el hecho de que estaba escrutando las cajas.

Cardona se habría sorprendido si hubiese visto el brillo de sus ojos. Cuando Fritz se alejó para continuar su trabajo, su expresión era tan indiferente y estúpida como antes. Pero en aquel breve examen, observó algo que Cardona no había notado.

Una caja difería ligeramente de la otra.

Cardona extendió cuatro sobres. AL lado de cada uno de ellos, estaba la carta que contuvieron. Los estudió. Eran los mensajes que mandó el desconocido asesino.

Sonó el timbre del teléfono. Mientras el detective se volvía para contestar, Fritz, el conserje, se acercó a la mesa. Sus ojos observaron sobre por sobre, mientras que sus oídos escuchaban lo que Cardona decía.

-Sí, Mathew-fueron las palabras del detective-. Vigile alerta esta noche. Las habitaciones son importantes, pero también lo es el hotel. Observe quién echa las cartas al buzón. ¿Entendido? Bien.

Fritz se alejaba. De nuevo sus ojos asombrosamente alertas observaron algo.

En un ángulo de cada sobre, había dos señales diminutas. Eran detalles que a Cardona le pasaron desapercibidos.

La luz había desaparecido de los ojos de Fritz cuando se llevó el cubo y el estropajo al otro extremo de la habitación.

Transcurrieron diez minutos: luego hubo otra llamada. La voz de Cardona demostraba gran interés.

-¡Estupendo!-exclamó-. San Luis acertó ¿eh? Dígale a su enviado que iré a verle... Antes de media hora.

Cardona tocó el gancho; luego marcó el número del profesor Roger Biscayne. Comunicó al eminente psicólogo las noticias que acababa de recibir.

-El muerto es Max Parker-le dijo-. Si, el hombre asesinado en el piso de Harshaw... Sí... El detective de San Luis ha identificado el cadáver... Es un ladrón de cajas de caudales, de quien sospechaban.

Terminada la conferencia, Cardona recogió los artículos que había encima del escritorio. Fritz había terminado la limpieza. Viendo al detective disponiéndose a salir, el conserje salió del despacho.

-Gute Nacht, Fritz-dijo Cardona.

-Si-fue la respuesta del conserje.

Fritz continuó por el pasillo. Entró en una habitación lateral y se acercó a un armario. Lo abrió con una llave. Se despojó del uniforme de conserje. Debajo llevaba un traje negro. Un instante después, se había puesto una capa negra y tenia la cabeza cubierta con un sombrero de fieltro negro.

¡Fritz se había convertido en La Sombra¡

El hombre vestido de negro llegó al pasillo. Silenciosamente salió a la calle.

Se tornó invisible al entrar en una estrecha callejuela.

El verdadero Fritz hacia mucho tiempo que se marchó a su casa. Cuando La Sombra deseaba obtener alguna información de Jefatura, representaba el papel del lacónico conserje.

No mucho después, un hombre bien vestido entraba pausadamente en el vestíbulo del club Merrimac. Se detuvo delante del despacho de tabacos.

El dependiente saludó con un movimiento de cabeza. Reconoció al recién llegado: era Lamont Cranston, el millonario.

-Buenas noches, señor Cranston.

El millonario devolvió el saludo. Dirigió una mirada al estante donde se exhibían los paquetes de cigarrillos.

-¿Qué clase de pitillos extranjeros tiene? -preguntó.

El dependiente sacó varias cajas. Una de ellas tenia la marca "Istambul".

Era la misma marca que la del pitillo que Cardona puso encima del escritorio.

-¿Qué son éstos?-peguntó Cranston.

-Una clase especial que el señor Glenn fumaba-declaró el dependiente, con voz solemne-. ¿Recuerda al señor Glenn? Murió hace unos días.

-Oh, si-murmuró Cranston.

-Un detective estuvo aquí indagando acerca de ellos-informó el dependiente-. Deseaba saber quién más compraba estos cigarrillos. Contesté que nadie, aparte del señor Glenn. El señor Glenn compraba siempre ésta marca. No creo que pudiese encontrarlos en ninguna otra parte.

Cranston rechazó el paquete de "Istambul" y escogió otra marca. Poco después salió del club y entró en un automóvil que le esperaba.

Allí, en la oscuridad, Cranston rió suavemente, mientras el lujoso coche se dirigía rumbo al norte.

Era la misma risa que el supuesto Fritz emitiera en el cuarto guardarropas de la Jefatura.

La residencia de Luis Glenn estaba desierta. Estuvo cerrada desde la muerte de su dueño. Pero esta noche, menos de una hora después de haber salido La Sombra del club Merrimac, una luz apareció en el piso vacío.

Los rayos luminosos de una diminuta lámpara de bolsillo se proyectaron por las desiertas habitaciones. Detuviéronse acá y acullá, y en un lugar se enfocaron sobre una caja de pitillos, vacía.

Una mano enguantada de negro levantó la caja, Ostentaba la marca "Istambul". Era idéntica a la caja que llevara el nombre de "Navy Cut".

El negro pulgar se deslizaba bajo una serie de caracteres turcos.

Unos ojos en la oscuridad leían, tan sencillamente cual si hubiesen estado escritos en inglés. Traducidas, las palabras decían:

"Garantizado por el Gobierno'"

La misma garantía aparecía estampada en la caja que Lamont Cranston vio en el club Merrimac.

No obstante, era distinta de la caja que Cardona vio señalada con la palabra "Tuxedo". En aquella caja, los caracteres turcos decían:

"Estos cigarrillos están garantizados",

Sonó una risa suave. La luz se extinguió.

Unos minutos más tarde, el misterioso visitante salió del aposento que perteneciera a Luis Glenn.

No había nadie en la residencia de Sutton. El cerrojo de la entrada de la puerta principal se descorrió en un leve chirrido y la puerta se abrió lentamente.

La lucecita apareció y cruzando el vestíbulo se dirigió hacia la pieza donde Tomás Sutton encontró la muerte.

La luz permaneció allí mientras una mano invisible abría la puerta y los rayos luminosos permitieron a unos ojos invisibles escudriñar el interior del cuartito. La luz se apagó. Reapareció en la sala del piso superior. Unas manos inquisitivas encontraron el talonario de cheques, del muerto. Las matrices quedaron visibles a la luz. Todas fueron examinadas con atención.

Terminada la primera inspección, una mano revisó matriz por matriz deteniéndose en una que indicaba la cantidad de diez dólares con la siguiente anotación: "Med".

La luz desapareció. La risa suave de La Sombra sonó ominosa por el silencioso aposento.

Poco después, se oyó un leve sonido en una habitación pequeña. El rumor levísimo, fue seguido de la súbita aparición de una linterna sorda, encendida.

Los rayos luminosos de la lámpara de bolsillo se concentraron sobre una mesa. Dos manos blancas aparecieron.

Las dos manos parecían cosas vivientes, seres desprendidos que se movían por sí mismos. Ambas muñecas llevaban una manga negra como el azabache.

Las manos eran largas y finas, pero los dedos mostraban poseer gran fuerza.

En un dedo, el tercero de la mano izquierda, relucía una piedra grande y misteriosa. Sus colores cambiaban a la luz. Un instante brilló azul oscuro.

Luego la joya tomó un color azul carmesí. Parecía emitir flechas llameantes.

La piedra era un girasol, llamado ópalo de fuego, a causa de su resplandor.

No había otra piedra semejante en todo el mundo.

Mientas el girasol centelleaba, las manos sacaron papel y un lápiz. Los dedos puntiagudos escribieron tres nombres: Silas Harshaw, Luis Glenn y Tomás Sutton.

Debajo de los nombres quedó un espacio en blanco. La mano trazó una señal al lado del nombre de Tomás Sutton. Anotó las letras "Med". Después apareció a la vista un folleto. Abierto, presentaba una lista de los miembros del club Merrimac.

Una suave risa resonó cuando la mano señaló un nombre del folleto. Luego los dedos añadieron una señal al lado del nombre de Luis Glenn.

AL lado del nombre de Silas Harshaw; la mano escribió las siguientes palabras:

"Reanude investigación".

La mano hizo una pausa encima de la lista escrita. Al pie, escribió otro nombre, separado, abajo. El nombre fue el de Arturo Wilhelm.

Luego trazó un circulo en torno al nombre de Silas Harshaw. Describió otro circulo alrededor del nombre de Arturo Wilhelm y unió los dos con una línea.

A la derecha de la hoja, La Sombra escribió los nombres de Max Parker y Homero Briggs.

Evidentemente existía alguna relación entre el ladrón de cajas de caudales asesinado en el departamento de Silas Harshaw y el sirviente que desapareció después de abandonar el servicio del anciano inventor.

El disco de un teléfono emitió un rumor levísimo. La luz se extinguió.

-Escuche, Burbank –dijo-. Informe sobre H. B.

El receptor tictaqueó cuando una voz habló a través del alambre. El parte fue breve y concreto.

-Mañana por la noche -cuchicheó La Sombra.

La conferencia telefónica terminó. Todo quedó envuelto en el silencio de la pequeña habitación. Luego sonó una risa escalofriante que se esparció por todos los rincones y se extinguió en un eco fantasmal.

Era la risa de La Sombra, la risa ominosa, de mal augurio para las hordas del crimen.

CAPÍTULO X
EL HOMBRE PREOCUPADO

A la luz opaca de una habitación subterránea, hallábase un hombre sentado, encorvado sobre un banco de madera. Fumaba un cigarrillo y el suelo de piedra que le rodeaba estaba sembrado de las muchas colillas que había tirado.

El hombre estaba nervioso y parecía esperar con ansiedad la llegada de otra persona. La expresión de animal perseguido que reflejaba su rostro, tenia una causa.

Lo buscaba la policía. El hombre era Homero Briggs, el criado que Silas Harshaw despidió.

Sonaron unos golpes en la puerta. Los dedos nerviosos buscaron la culata de un revólver. Volvió a guardarse el arma al reconocer al hombre que entró en el cuarto.

El recién llegado era un individuo de mediana edad, de aspecto ladino.

-¿Qué hay, Farley? -preguntó.

-Han descubierto a Max Parker y han averiguado lo que hacia-respondió Farley, con una risa áspera-. ¿Qué te parece?

-¿Crees que seguirán el rastro hasta aquí?

Farley miró con desdén al hombre del banco. Era evidente que no compartía los temores de su compinche.

-¿Y qué, si vienen aquí? -repuso:- Me he burlado de la policía muchas veces y estoy dispuesto a volverlo a hacer. Pero, descuida, no vendrán. Son demasiado torpes. No pienso en ellos. Otras preocupaciones tengo.

-Me alegro -dijo Homero, con una expresión de alivio-. He estado preocupado desde que supe que me buscaban. Si me echan el guante, me cargarían la muerte del viejo.

-Escucha, Hornero -dijo Farley-. Te voy a decir algo que aumentará tus temores. Pero quiero que reacciones. ¿Comprendes? No me gusta un individuo cobarde. Vas a serenarte; de lo contrario, terminaré contigo.

-¡No digas eso, Farley! -suplicó Hornero-. ¡No digas eso! No soy cobarde. Pero este negocio es más fuerte que mis nervios. Hay que ver cómo todo nos ha ido en contra.

Hank Farley era un lobo solitario de los bajos fondos del crimen; un hombre que andaba libremente por donde quisiese, sin que nadie le molestase. Se befaba de la policía y no se mezclaba con los gangsters. Nadie conocía su ocupación, excepto cuando necesitaba alquilar a algunos pistoleros, lo cual era muy rara vez.

-De modo que piensas que darán contigo, ¿eh? -interrogó Farley-. Bien, cuando den con tu paradero, estarás muy lejos de aquí. Me refiero a la policía. Estaremos a cien leguas de ellos. Pero no voy a largarme todavía. Vamos a esperar que consigamos lo que buscamos. Y vamos a cazar a un tío muy vivo que tiene la culpa de todo.

-Perfectamente-asintió Homero, reacio-. Trabajaré contigo, Farley, cuando sepa de qué se trata. Pero hasta ahora sólo he estado escondiéndome... y los negocios han ido mal. Jugué limpio contigo, ¿no es cierto? Fui a buscarte hace un mes y te dije que el viejo tenía algo de lo cual deberíamos apoderarnos. Y te indiqué dónde lo guardaba. Pero contestaste que esperásemos, y hemos esperado demasiado.

-Tienes razón -declaró Farley-. A veces, se espera demasiado; otras veces, no se espera bastante. Nosotros hemos hecho las dos cosas. He estado rumiando mucho, Homero. Voy a explicarte la situación y, para que te enteres bien, empezaré desde el comienzo.

"Me dijiste -siguió-, que el viejo tenía un modelo de caja de caudales que había inventado y valía un millón. Quizá exageraste. Pero resultaba interesante. Y cuando me

indicaste dónde estaba esa alhaja decidí apoderarme de ella. Tú podrías haberlo hecho desde dentro de la casa, pero no tuviste valor. Bien, olvidáremos esto, porque no tienes experiencia y tratábamos con un tío zorro, el viejo Harshaw.

"Yo no quise hacerlo personalmente, porque prefiero andar con pies de plomo. En consecuencia, telegrafié a Max Parker, un artista de las cajas fuertes. Mi amigo vino a Nueva York y lo encontraste en el "Barco Negro".

"Quise que tú le explicases personalmente el negocio y la situación del terreno. Luego vino a verme. No hay ningún sabueso policiaco capaz de olfatear que Max estuvo aquí. Juego mis cartas con demasiada prudencia.

"Cuando Harshaw te despidió, decidí que seria preferible la operación aquella noche. Cuando se trata de un escalo, no hay nadie más hábil que Max. Ya sabes lo que sucedió.

"El compañero oyó un disparo cuando subía por la escalera de madera. Esperó un rato; luego continuó subiendo. Halló abierta la ventana. Es seguro que el viejo abrió para mirar fuera. Quizá oyó enganchar la escala. Pero cuando Max enfocó la linterna en el cuarto y vio al viejo tendido y muerto en el suelo, se escabulló.

-Se asustó -interrumpió Homero-. Él fue el cobarde, no yo.

-¿Se asustó? -resopló Farley-. Max perdió la serenidad. ¿Para qué iba a entrar allí? Diez contra uno que el pájaro que liquidó al viejo estaba aún allí. No, Max no era ningún conejo. Demostró tener pupila. Se quedó en la habitación del hotel, ¿no es eso? Eso es valor. Estuvo escondido, sin asomar las narices, hasta que hallaron el cadáver del viejo.

"Tuvo que esperar tres noches -continuó Farley-. Luego se figuró que los detectives se habían marchado. Estaban aun allí, acechando; pero Max era demasiado astuto para ellos. Volvió a entrar en aquella habitación. Y hubiera escapado con el modelo del viejo, si se hubiese enfrentado con policías solamente. Pero alguien lo dejó seco. Apuesto cinco de cien contra uno de cinco que fue el mismo pájaro que suprimió al viejo Harshaw.

-Esto no nos ayuda en nada -gimió su compinche:- Hay dos asesinados allí, y será más difícil entrar ahora. La policía no encontrará nunca la caja de caudales del viejo; pero esto no nos sirve de nada.

-Cierto es -asintió Farley-. Y no nos soluciona nada saber que hay otro pájaro rondando. Despachó a Harshaw. Eso fue una ayuda.

-No para mí -objetó Homero-. La policía me busca...

-Olvida eso. No te espantes -gruñó Farley-. Recuerda que el viejo no puede denunciarte ahora. Cuando nos apoderemos de su modelo, será nuestro. Pero hay un sujeto muy hábil que lo quiere, también; y que intentará conseguirlo, antes que nosotros. Hay demasiados policías por el hotel ahora. Cuando se larguen, yo mismo entraré. Pero no quiero apresurarme ni tampoco ir demasiado tarde.

-¿Cómo te las arreglarás? -inquirió Homero-. Si el otro tío vigila el lugar cuando la policía se marche, irás demasiado pronto. Si él se "cuela" y atrapa el modelo, antes que tú, llegarás demasiado tarde.

-Exacto -asintió Farley:- Por lo tanto, voy a ejecutar una operación especial, apartándome de mi costumbre. Voy a liquidar al tío ese que nos ha perjudicado tanto, Despacharé al sujeto que mató a Max.

-¿Sabes quién es?

-¡La Sombra!

La revelación de Farley sobrecogió a Homero. Maleante vulgar, Homero no se había topado nunca con el misterioso personaje. Mas para él, como para todos los ratas de su calaña, el nombre de La Sombra infundía un pánico mayor que el temor de la ley.

Era sabido que La Sombra luchaba incansablemente contra los gangsters más peligrosos. Muchos individuos del hampa temían ingresar en las bandas de pistoleros sólo por el temor al misterioso justiciero.

Homero Briggs era uno de ellos; y cuando oyó decir a Farley que daría caza a La Sombra, sólo el pensamiento le aterró.

-Tú... tú... –tartamudeó-. ¡Tú vas a liquidar a La... La... Sombra¡

-Seguramente -afirmó su compinche, tranquilamente-. Lo que es más, será cosa fácil. ¡Y tú me ayudarás, so cobarde!-Homero estaba demasiado aterrorizado de la audacia de Farley, para resentirse del insulto con que el ladino gangster terminó sus manifestaciones. El asustado bribonzuelo no podía pronunciar ni una palabra.

Sin hacer caso de la lastimosa expresión que se reflejaba en el rostro de su compañero, Farley explicó tranquilamente los detalles de su plan.

-Operaremos del siguiente modo-expuso el gangster-. Te conocen en el "Barco Negro"; saben que viste a Max Parker allí, pero no hay nadie que te delataría a la policía. Ese es un tugurio donde un "soplón" recibe su merecido en cuanto asoma la nariz. Esta noche entré en el "Barco Negro" y cuando salí, se extendió la noticia qué volverías mañana por la noche.

-¿Yo? -exclamó Homero-. ¿Quieres que yo vuelva allí? ¿Dónde entrevisté a Max?

-Seguramente. Y cuando estés allí, hablarás un poco. Les dirás que vuelves aquí...

-Pero si hay algún confidente...

-No habrá ninguno.

-Entonces ¿por qué?

-Escucha, Homero-dijo Farley, con frialdad-. ¿Crees que La Sombra duerme? No dormía cuando mandó al otro barrio a Max. Puedes estar seguro que sabe que alguien asaltará el piso de Harshaw otra vez. Pues bien... ¿Qué supones que él hace con su tiempo? ¿Crees que está tomando lecciones de chanquete? No, señor. Está buscándonos; eso es lo que hace. Buscándote, Homero. Porque yo no estoy metido en esto. ¿Entiendes? ¡Buscándote¡

-¡No, no! -protestó Homero, aterrado-. ¡No digas eso, Farley! Si La Sombra...

-Si La Sombra te busca -interrumpió Farley, despectivamente,-te encontrará. Pero no te echará el guante solo. Con una sola mirada, sabrá que eres un cobarde. La Sombra conoce todos los antros. Quizá tenga algunos soplones particulares. De ser así, las pandillas los desconocen. De esta manera, es cosa segura que esta noche La Sombra sabrá que mañana irás al "Barco Negro".

"Pero escucha, atento, Homero:- La Sombra no lo supo hasta después de haber salido yo; Porque escogí acertadamente a quieres debían hacer correr la noticia. No sabrá el lugar de esta casa hasta que tú empieces a revelar el secreto, mañana.

-Entonces ¿qué?

-Entonces La Sombra vendrá -rió Farley-, pero no entrará seguidamente. Tú llegarás primero. ¡Estarás aquí conmigo... y yo estaré esperando a La Sombra!

-¡Te liquidará, Farley! -exclamó Homero-. Te cazará como ha hecho con otros. ¡No lograrás engañarle!

-Escucha, Homero. Ya ha circulado la noticia. ¿Crees que soy el único que quiere suprimir a La Sombra? ¡De ninguna manera! Hay quinientos más que tienen el mismo deseo, es decir, que estarán cerca de aquí, mañana por la noche. Si entra en esta guarida, tendrá que abrirse paso a través de los mejores tiradores de Nueva York. ¿Sabes lo que haremos nosotros? Pues estaremos aquí, agazapados... esperando las noticias.

-Comprendo, Farley. Pero ¿y si se cuela? Entonces ¿qué?

-Hum. ¿Qué puede hacer La Sombra aquí? Mira esas paredes. No puede atravesarlas.

-¿Y la puerta?

-Que pruebe. Tengo un par de pistolones que dirán: "No". Cuando apriete el gatillo, lo despacharé. No entrará aquí.. Aunque lograse salir, sería también su sentencia de muerte. Quizá podría entrar, pero no lograría salir.

El antiguo criado estaba mudo de asombro, no sólo por la aprensión que se había apoderado de él, sino también por la admiración que sentía por el plan de su compinche.

El lobo solitario había movilizado las hordas del hampa. Era una trampa ideal para La Sombra, al salir de una ligera escaramuza, se toparía con una gigantesca emboscada.

Hank Farley dio una chupada a su pipa y sonrió. Estaba seguro de los resultados. No obstante, Homero, a pesar de la tranquilidad de su compinche, seguía temblando en un extremo del banco.

¡Temía la furia de La Sombra!

CAPÍTULO XI
UN AVISO TARDIO

Hank Farley tenia razón al declarar que La Sombra encontraría a Homero Briggs en el "Barco Negro". AL anochecer, un hombre pobremente vestido entró, pausadamente, en aquel famoso antro, y se sentó en una mesa en el rincón de la sala principal. Aunque el hombre era al parecer, uno de tantos maleantes que se reunían por las noches en aquel tugurio, en realidad era una persona de diferente clase.

Era Harry Vincent, uno de los fieles agentes de La Sombra, que alternaba en los bajos fondos, al servicio del misterioso personaje.

La misión de esa noche no era nueva para Vincent. Era él uno de los ojos conque La Sombra escudriñaba los secretos del hampa. Cuando se puso a sus órdenes, tropezó con muchas aventuras peligrosas. Pero ahora, veterano ya, había aprendido el arte de caracterizarse en el papel de un malhechor de poca monta.

Había muchos antros peligrosos donde Vincent no había estado nunca. En esos sitios, solamente La Sombra podía entrar. Mas en un lugar de reunión como el "Barco Negro", el joven había aparecido a menudo impunemente y había ayudado a su jefe.

El "Barco Negro" era un lugar peligroso para un confidente. Ninguno se atrevía a entrar allí, pues varios de ellos habían sido asesinados en el establecimiento.

Existían numerosos confidentes que habían logrado trabajar sin despertar sospechas en otros lugares, pero eran supersticiosos respecto del "Barco Negro" y rehusaban poner los pies allí.

Harry Vincent no tenia miedo. El hecho de que los confidentes no solían frecuentar dicho establecimiento, lo hacia más seguro. Además, era conocido de La Sombra y no de los detectives. El velo de misterio impenetrable que envolvía a la enigmática personalidad, ofrecía una poderosa protección a su agente, Harry Vincent.

La noche anterior, Víncent había estado en el "Barco Negro". Observó el cuchicheo entre los gangsters. Sentado con los ojos entornados, contemplando estúpidamente la pared que tenía delante, el joven prestó atención a lo que se decía a su alrededor.

Cuando circuló la noticia de que Homero Briggs se presentaría la noche siguiente, no mostró el menor interés. ¡Homero Briggs, el ex criado de Harshaw, al que la policía buscaba¡

No se habló de La Sombra. En esto demostró su astucia Hank Farley.

Por consiguiente, cuando Vincent informó sobre su labor nocturna, comunicó solamente que Homero Briggs estaría en el "Barco Negro" esta noche.

De Burbank, el agente de enlace de La Sombra, recibió instrucciones de mantener la vigilancia e informar sobre el curso de los acontecimientos.

Era temprano y resultaba imposible saber cuándo llegaría Briggs. Vincent supuso que tendría que esperar mucho. Permanecía sentado, inclinado sobre la mesa, fingiendo y la mirada vaga de un hombre que había tomado una dosis excesiva de algún estupefaciente.

La puerta del "Barco Negro" se abrió y entró un hombre. Una mirada bastó para poner a Vincent alerta, a pesar de su fingido desinterés. Estaba seguro de que el recién llegado era Homero Briggs. El individuo parecía estar asustado, pero hacia un esfuerzo para mostrar un rostro tranquilo.

Un par de gangsters le saludaron con la mano. Homero respondió con un movimiento de cabeza y se sentó en una mesa.

Un pistolero de cabellos grises se le acercó y los dos iniciaron una conversación en voz baja.

Era sabido entre los maleantes que Homero Briggs se entrevistó en el establecimiento con Mar Parker, el ladrón de cajas de caudales.

La muerte de Silas Harshaw fue tema de discusión entre la gente del hampa.

Muchos especularon sobre la muerte del pistolero. Ninguno tenía especial empeño en aprovechar la oportunidad, sea cual fuese la operación. La muerte de Max Parker reprimió todo entusiasmo por probar una empresa desconocida y rodeada de peligros.

La policía vigilaba, lo cual aumentaba el peligro. Mas sea lo que hubiese en el piso de Silas Harshaw, Homero Briggs era el único que podía decirlo. De aquí que lo interrogasen.

Otro forajido se acercó al ex criado. EL primero se levantó y fue a una mesa cercana a Vincent y cuchicheó unas palabras a los hombres que estaban sentados allí.

Vincent no percibió las palabras. Briggs había terminado su vaso y se levantaba nervioso. No era prudente seguirle inmediatamente, pues Homero había sido el centro del interés general.

Una observación casual que oyó le hizo aguzar los oídos, con la esperanza de obtener una información inesperada. Un momento después oyó la noticia que deseaba.

-Briggs es un tío valiente -decía una voz-. Viene aquí, cuando todos los detectives lo buscan. Está escondido y debería callarse la boca. Pero no lo hace.

-No ha estado diciendo dónde tiene el escondite ¿verdad?

-Eso es lo que ha estado haciendo -contestó la primera voz.- Briggs debe haber tomado cocaína o alguna otra droga, porque no es un gancho. ¿Tú conoces la antigua casa de empeños de Moose Glutz? Pues allí está.

-¿Dónde? ¿Arriba?

-No. En los sótanos. Moose los hacía servir de almacén. No tiene ventanas; no hay más que una puerta. Es un buen escondrijo, pero es tonto darlo a conocer de ese modo.

-Quizá tenga sus razones -comentó el otro malhechor.

Vincent conocía el lugar. La casa de empeños de Glutz estaba cerrada desde hacía varios meses. No había necesidad de seguirle los pasos.

Homero tomó otra copa; luego, agitó la mano despidiéndose de dos conocidos y salió presuroso del establecimiento. Era evidente que se dirigía a su escondite.

Vincent esperó. No tenia prisa. La información debía llegar a La Sombra lo antes posible, pero era necesario no despertar sospechas.

Levantándose inseguro, dirigióse poco a poco hacia la puerta, con paso vacilante hasta llegar a la calle.

Entró en una callejuela y poco a poco aceleró la marcha. Diez minutos más tarde, llegó a un estanco, sito a varias cuadras del "Barco Negro". Allí, en una cabina, telefónica, marcó un número.

-Burbank -fue la respuesta cuchicheada.

-Vincent -anunció Harry-. Informe sobre Homero Briggs. Tiene el escondrijo en los sótanos de la antigua casa de empeños de Moose Glutz.

-¿Estuvo usted allí?

-No. Vi a Briggs en el "Barco Negro". Confió a un compinche dónde tenía el escondite. La noticia se corrió.

-Bien. Vuelva a llamar dentro de diez minutos.

Cuando Vincent llamó por segunda vez, Burbank tenía ya instrucciones. Era evidente que se comunicó con La Sombra entretanto.

Indicó a Vincent que volviera al "Barco Negro". Su regreso al establecimiento aquietaría toda sospecha que pudiera originarse después.

También le permitiría observar si Homero volvía.

Vincent cumplió la orden recibida. Regresó al tugurio fingiendo de nuevo su paso vacilante al acercarse al antro. Se tambaleaba ligeramente al sentarse.

Transcurrió una hora. Había habido cierta agitación en el establecimiento durante la noche, e iba aumentando por grados.

Vincent comprendió que sucedía algo anormal. Usualmente el "Barco Negro" estaba concurrido a estas horas. En estos momentos estaba virtualmente vacío. ¿Qué sucedía?

Un bandido se sentó al otro lado de la mesa. Miró a Vincent y sonrió.

-Has tomado cocaína ¿eh? -le preguntó.

Vincent no respondió.

-Estoy medio atontado -fue el comentario del forajido.

-¿Eh? -gruñó el joven agente.

-No estás del todo dormido -dijo el gangster-. Sabes manejar una pistola, ¿no es verdad?

-A veces -respondió Vincent.

Miraba hacia delante, contestando la pregunta como si oyese las palabras a través de una niebla.

-Entonces deberías estar fuera -indicó el otro-. Va a ser una noche memorable.

-¿Una noche memorable?

-Seguramente -dijo el gangster, incorporándose-. Van a cazar un pez gordo. Yo voy allí también.

-¿Un pez gordo?

-Un pez gordo -repitió el malhechor, inclinándose sobre el hombro de Vincent-. Un pez muy gordo. ¡A La Sombra! ¿Has oído alguna vez hablar de La Sombra?

-¡La Sombra¡

El pistolero sonrió al observar el tono sobresaltado de Vincent. No interpretó la exclamación como cosa extraordinaria. El nombre del misterioso vengador era bastante importante para despertar a cualquier cocainómano de su estado de coma.

-Si, van a cazar a La Sombra -fueron las palabras-. Escogiste una mala noche para tomar cocaína. Las pistolas van a tronar esta noche. La Sombra persigue a un tipo llamado Homero Briggs; y éste vino aquí y, esparció la noticia de que tenia su escondite en los sótanos de la casa de empeños del viejo Glutz. La Sombra se topará con un ejército de pistolas; y la mía va a esperarle también.

El forajido se marchó. Vincent miró hacía delante con ojos de sobresalto.

Ahora lo comprendió todo.

Habían tendido una emboscada a La Sombra. El misterioso personaje seguía el rastro de Homero Briggs. La noticia se había esparcido por el mundo del crimen y las hordas habían atraído a La Sombra hacia el lugar.

¡Había que avisar al jefe¡ Vincent casi olvidó el papel que representaba.

Se levantó seguro y luego comprendió su error. Volvió a adoptar su paso vacilante. Dos individuos de cara de comadreja, carteristas, sonrieron al verle pasar por el lado de ellos.

-Va a ayudar a dar caza a La Sombra -comentó uno en voz ronca.

En la calle, Vincent avanzó tambaleándose unos pasos; luego, no viendo a nadie, se enderezó y aceleró la marcha. Torció una esquina y dirigióse presuroso hacia la calle próxima. Al llegar, fue con rapidez a un establecimiento donde podría telefonear. Al llegar a una callejuela, se topó con un hombre que se dirigía hacia la calle.

-¡Ey, tú¡-el individuo asió a Vincent por el hombro-. ¿Qué prisa tienes?

-Ninguna -murmuró el joven ayudante.

-¿No? -al formular la pregunta, aparecieron dos hombres-. Pues me parece muy extraño. Estamos buscando a los "chivatos" que puedan rondar por aquí. Quizá tú eres uno. A ver, enseña la cara.

Vincent pensó con rapidez: Estos hombres eran unos facinerosos. Había que evitar un retraso. Un encuentro sería desastroso.

Había llegado al límite de la zona del mundo del crimen. Una rápida huida podría conducirle a lugar seguro.

Sin esperar respuesta, asestó un fuerte y veloz golpe a la mandíbula del individuo. El bandido rodó por el pavimento. De haber corrido en aquel momento, Vincent se habría expuesto a que le tiroteasen. En consecuencia adoptó una determinación opuesta.

Se precipitó sobre el hombre más cercano y lanzó al sorprendido gangster sobre su aturdido compañero. El tercero se disponía a sacar una pistola.

Vincent le propinó un puñetazo en la cara. El segundo asaltante se incorporaba. Era imposible luchar contra tres pistoleros. Pero había tenido suerte. Huyó veloz por la callejuela.

Continuó huyendo, tambaleándose. De pronto cayó de bruces en la acera.

Aturdido por loa efectos de la caída, comprendió que su inmovilidad podría inducir a sus enemigos a creerle muerto.

Percibió el ruido de pisadas. Luego, un grito. Cesaron las pisadas. Se alejaron callejuela arriba.

Vincent comprendió que alguien venia en su auxilio; que los pistoleros se retiraron precipitadamente. El encuentro fue casual; habría sido un peligro para ellos el quedarse.

Un hombre se inclinaba sobre Vincent. Levantó el cuerpo inerte. El joven sintió que lo levantaban y metían en un automóvil. Luego, perdió el conocimiento.

Al volver en si, yacía en la cama de un hospital. Tenia el brazo vendado. El hombre que le auxilió estaba a su lado, de pie observándole.

El joven advirtió que tenia unas facciones muy marcadas.

-Gracias -murmuró, débilmente-. Aquellos bandidos me atacaron. Supongo que me confundieron con otro. Me parecieron peligrosos y huí. No los conozco.

-¿Cuántos eran? -preguntó el hombre que estaba a su lado.

-Tres.

-¿Qué aspecto tenían?

Vincent tuvo una súbita inspiración. ¡Eso podía ser una ocasión para salvar a La Sombra¡ Se pasó la mano por la frente, como si recordase algo.

-Me parece que sé por qué me atacaron -exclamó: - Estaban conversando cuando me los encontré. Les oí hablar de algún plan para asesinar a alguien esta noche

-¿Dónde? -fue la viva pregunta.

-Glutz... -murmuró Vincent-. Ahora lo recuerdo. La casa de empeños de Glutz. ¿Ha oído alguna vez hablar de ella?

-No -respondió el hombre,- pero quizá lo conozca la policía.

El hombre se dirigió al teléfono.

Vincent se desplomó. La cabeza le daba vueltas. El hombro le dolía intensamente No podía moverse, y le seria imposible comunicarse con Burbank. Había hecho cuanto podía. Si una escuadra de la policía se presentase en la casa de empeños, los gangsters se dispersarían. Abrió los ojos. Une leve sonrisa se dibujó en sus labios. La sonrisa desapareció de repente.

Un reloj de pared indicaba que hacia más de una hora que salió del "Barco Negro". Avisó demasiado tarde. ¡La policía, no llegaría a tiempo de salvar a La Sombra¡

CAPÍTULO XII
¡MUERA LA SOMBRA!

Las hordas del crimen se habían movilizado. Salieron sedientas de odio y venganza. Los viejos feudos se olvidaron momentáneamente. Un sólo objetivo impulsaba a las bandas de gangsters.

¡Muera La Sombra!

Era el grito de guerra cuchicheado de boca en boca. Se inició en el "Barco Negro", poco después de partir Homero Briggs. Se extendió como un reguero de pólvora.

¡Mientras Vincent telefoneaba a Burbank, para comunicarle el lugar del escondite de Homero Briggs, lenguas siniestras pronunciaron el mismo mensaje por todos los rincones de los bajos fondos¡

Los tugurios clandestinos, las madrigueras y los antros del crimen quedaron varios de facinerosos. Demonios de rostros endurecidos y siniestros movilizábanse al impulso de una sola consigna.

Esa noche, alguien conquistaría la mayor fama que los bajos fondos podían ofrecer.

¡El hombre que matase a La Sombra, terror de las hordas, podía exigir la recompensa que quisiera!

El azote del crimen estaba sentenciado. La trampa quedaba tendida. De algún modo, todos los pistoleros lo sabían, habrían avisado al misterioso personaje vestido de negro, cuyos ojos y oídos estaban era todas partes. La emboscada fue calculada para un tiempo determinado. No se transmitió la consigna hasta el momento oportuno.

La Sombra, era sabido, iba derecho a su objetivo tan pronto como lo localizara. La noticia de que le casa de empeños de Glutz era el lugar donde podía encontrar a Homero Briggs, era algo que La Sombra no podía pasar por alto. Aunque procediese con la natural cautela, era admitido que rondaría por las cercanías poco después de regresar el ex criado a su escondrijo. El plan fue trazado por Hank Farley, uno de los gangsters más astutos, hombre cuyas operaciones eran de tal importancia, que sus actividades eran escasas y esparcidas. Homero Briggs, maleante de poca monta, no esperaba solo.

¡Hank Farley estaría con él¡ Aunque La Sombra alcanzase su objetivo, Farley presentaría batalla. Un ejército de facinerosos se congregaba, como si estuviesen unidos, apostándose, a corta distancia unos de otros. Si no cazaban a La Sombra cuando entraba, lo cazarían a la salida!

Por todas las callejuelas había pistoleros acechando. Todos los portales oscuros ocultaban un arma mortífera.

El área alrededor de la abandonada casa de empeños semejaba una enorme red. Muchos dedos esperaban sobre el acero de los gatillos. ¡Si apareciese alguien a quien tomasen por La Sombra, lo matarían!

La entrada a los sótanos de la casa estaba situada en el extremo de un callejón sin salida, de unos veinte metros de profundidad. No había nadie en el lugar. Todos tenían la prudencia de no apartarse de allí, pues, con toda probabilidad, aquel seria el lugar de la muerte de La Sombra. La única abertura en aquel callejón sin salida era una puerta que estaba cerrada con llave.

Dentro de la puerta quedaba la habitación donde Farley esperaba con Homero Briggs.

No menos de veinte revólveres y pistolas automáticas apuntaban sobre aquel negro lugar. La Sombra podría entrar allí solamente por la calle. Entonces las armas escupirían fuego.

Si lograse abrir la puerta y penetrar en el interior, no sólo encontraría al formidable Farley, sino que no tendría otro medio de escape que la puerta por donde había entrado. ¡Pues ese escondite era un recinto amurallado de cemento, sin ventanas ni otra salida que la puerta¡

No había nadie demasiado cerca del callejón. Los bandidos querían que La Sombra entrase en él. Los gangsters empuñaban potentes linternas eléctricas, que cubrían el espacio vital. Las lámparas revelarían la escena cuando empezase el tiroteo.

Había un farol a corta distancia de la entrada del callejón sin salida.

Revelaba claramente las paredes de ladrillo de edificio, donde daban a la calle. Sí La Sombra entrase en esa luz, seria visible. Aun como sombra, no estaría inmune, pues las pistolas escupirían fuego a la primera señal. Muchos pistoleros acechaban muy cerca. Los primeros llegados escogieron los lugares más estratégicos. Los otros se desparramaron por los alrededores.

¿A qué esperar que La Sombra llegase a su destino? ¡Podían dejarle seco tan pronto como entrase dentro del cordón exterior¡

Existía una débil esperanza para el hombre vestido de negro. Si presentía peligro, podría abandonar su empresa.

No obstante, todos los gangsters veteranos tenían la seguridad de que su enemigo entraría en la zona peligrosa. La Sombra no era un adversario vulgar.

La presencia de unos cuantos gangsters, en lugar de retroceder, le espolearía en su empresa.

Era imposible que conociese el volumen de la tremenda emboscada que le esperaba. Había superado las esperanzas de sus autores.

Hombre audaz, La Sombra osaría la peligrosa empresa. Pero le aguardaba una sorpresa. ¡Jamás, en la historia del mundo del crimen, se había reunido una banda semejante. Hombres que eran enemigos jurados, miembros de bandas rivales, fraternizaban y cambiaban saludos cuchicheados.

¡Muera La Sombra¡

La frase tenía un doble significado. Los bandidos podrían haber agregado: ¡Viva el crimen! Pues La Sombra era el peor enemigo del crimen. Era su más temido adversario. La tremenda movilización lo testimoniaba más gráficamente que las palabras o las consignas. ¡Muera La Sombra!

La parte principal de la antigua casa de empeños se hallaba situada en un rincón. El callejón estaba a unos veinte pasos de la esquina de la próxima calle. Todos los puntos del cruce se veían dominados por las hordas del crimen. El cordón exterior ocupaba cuatro manzanas.

Más allá, había también numerosos gangsters dispersos, aunque no apostados en lugares fijos. En la manzana más distante del esperado escenario de la batalla, un par de ellos esperaban en un estrecho pasaje en el lado extremo de la calleja. Estaban envueltos en la oscuridad, hablando en cuchicheos.

-Quizá baje por aquí-murmuró uno.

-Hay uno vigilando en la otra punta-fue la respuesta.

-Podría burlarle.

-O. K. Tú vigila por este lado. Yo no perderé de vista la calle.

Los facinerosos reanudaron la conversación,

-Si consigue llegar, la casa de Glutz será su fin-comentó uno.

-Seguramente. Si estuviese en aquel agujero, lejos del rincón, estaría a salvo. ¡Pero que intente entra¡

-¡ Y que intente salir¡

Las voces cuchicheadas de los facinerosos, aunque eran cautelosas, sonaban fuertes en la calleja. Su ruido era suficiente para ahogar los sonidos cercanos.

En consecuencia, no oyeron el rumor de algo que se deslizaba por el centro de la calleja y se detuvo entre ellos.

Aunque hubiesen estado silenciosos,-como ahora quedaron-no podrían haber distinguido la presencia de una figura. Pues el hombre que se deslizaba por la oscuridad estaba agazapado. Ni siquiera su respiración era perceptible.

La entrada del callejón quedaba sumamente obscura, porque la luz de la calle próxima estaba en el otro lado de la esquina.

Al otro lado de la calle había una casa desalquilada.

La figura que se detuvo junto a los forajidos empezó a moverse de nuevo, avanzando en línea recta. Buscaba el amparo de la oscuridad. De haberse desviado de ella, habría sido blanco de invisibles pistoleros al acecho. Libre de observación, llegó a la vieja casa. Se detuvo junto a unos peldaños de piedra.

Una mano se alargó y empujó la puerta de la casa. La mano era tan invisible como el hombre. La cubría un guante fino y negro.

¡Era la mano de La Sombra¡

La figura insertó un instrumento de acero en la cerradura de la vieja puerta.

El leve chirrido de la aguda herramienta no llegó a los oídos de nadie. Hasta la llave maestra de fino acero estaba pintada de negro. La cerradura respondió. La mano buscó el pomo y lo giró muy poco a poco. La puerta se abrió lentamente, hacia el interior.

El espacio se ensanchó unos treinta centímetros. Si hubiese habido algún resplandor en el interior de la casa, podría haberle divisado alguien, al abrirse la puerta. Mas ésta se abrió a una oscuridad impenetrable. Y negrura fue lo que entró cuando La Sombra se deslizó en el interior de una manera zigzagueante, ladeando el cuerpo.

La puerta se cerró gradualmente tras él.

Hasta la diminuta lámpara de bolsillo permaneció apagada mientras La Sombra avanzaba a tientas hacia la escalera del viejo caserón. Ascendió silenciosamente al segundo piso; luego, subió al tercero. Por intuición descubrió una trampa que conducía a la azotea.

La Sombra escogió hábilmente esta casa. Dado su emplazamiento distante del escenario de acción, no se había apostado ningún pistolero en sus portales.

La Sombra, surgiendo en la azotea, se agazapó en la oscuridad. Sus ojos penetrantes centelleaban bajo su sombrero de fieltro cuando avanzaba por las azoteas.

Los malhechores se habrían quedado atónitos si les hubiesen dicho que el centro de la zona peligrosa fue dejado sin guardar Sin embargo era un hecho.

Las azoteas estaban libres de forajidos. La explicación era sencilla. La entrada a los sótanos de la casa de Glutz estaba en la planta baja, al nivel de la calle.

Era imposible entrar por otro lado. La Sombra no se aventuraba. Si había pistoleros apostados en las azoteas, estaba preparado para recibirlos. Pero no encontró a ninguno. Creían que su enemigo entraría en una trampa que le era desconocida. Era cierto cuando se aproximó a esa área. Logró cruzar el cordón, mediante su método de acercarse a un lugar sin ser observado.

Escogió la calleja por la cual pasó. AL divisar a un gangster en una punta, pasó pegado a la pared del edificio. Alerta desde entonces, pudo escuchar la conversación.

Adivinando el significado de sus palabras, escogió las azoteas como método de aproximarse. La antigua casa de empeños estaba sita en la zona de las bandas del crimen y La Sombra se dirigía hacia terreno familiar. Conocía a fondo los recovecos del indeseable distrito.

Continuando su marcha, llegó a la azotea del edificio contiguo a la vieja casa de empeños. Allí, su cuerpo formó un puente humano al aproximarse al estrecho boquete, que formaba la calleja. Avanzando a tientas con pasmosa destreza, La Sombra escudriñó desde la azotea las negruras del callejón sin salida.

La oscuridad era una verdadera masa sólida. Para muchos, habría sido una visión terrible y repulsiva. Para La Sombra, era atrayente. Nueve metros de ladrillo no ofrecían ni un punto de apoyo para el pie; no había asidero ni para una mosca humana.

Quien intentase el descenso, caería inevitablemente. ¡Pero no La Sombra! El hombre que en la oscuridad se movía en su elemento, empezó a actuar. De su capa sacaba ciertos objetos que se ajustó a las manos y pies. Deslizóse por el borde de la azotea. Invisible en la oscuridad, se adhirió al costado del edificio.

Cuando una mano se apartó, sonó un leve chasquido. Cuando la mano tornó a oprimir la pared, el sonido fue algo diferente. Con las manos y los pies provistos de unas ventosas especiales, La Sombra descendía al interior de la negrura de la calleja.

¡Penetraba en el corazón de la emboscada, invisible!

Palmo a palmo, realizó el precario descenso. Llegó al fondo. Tornó a agazaparse al quitarse las ventosas que tan bien le auxiliaron. Desaparecieron bajo los pliegues de la capa, discos negros y redondos que encajaban en un porta discos especial.

Maniobrando con cuidado especial, La Sombra examinó la cerradura. Era un obstáculo formidable; no obstante, sus esfuerzos no produjeron ruido. Su cuerpo apenas se movía. Y aunque se hubiese movido en aquella oscuridad, no le habrían visto los malhechores que acechaban.

La Sombra no se aventuraba inútilmente. Aunque era audaz, se arriesgaba solamente lo necesario.

La cerradura cedió, pero La Sombra abrió con cautela la puerta.

Un solo rayo de luz, procedente del interior de aquella barrera, le habría delatado. No había luz más allá de la entrada. La Sombra avanzó en la oscuridad y dejó que la puerta se cerrase silenciosamente detrás de él.

Estaba de pie sobre unos escalones de piedra que conducían hacia el sótano, pero sus pies no hicieron ningún ruido.

Llegó a una puerta que estaba cerrada. Era la única abertura que allí había.

Tras aquella puerta, había un hombre escondido: Homero Briggs.

Se suponía que se encontraba solo. Y La Sombra tenía un asunto que tratar con él. Pero el hombre de misterio adivinó la naturaleza del perseguido criminal. Sabia que Hornero no le tendió él solo aquella emboscada.

La puerta no estaba cerrada con llave. Cedió unos centímetros al empujarla La Sombra. Era una señal segura de que Homero no se hallaba solo.

Para encontrarse con su objetivo, el terror del hampa debía desembarazarse primero de un adversario más formidable.

Las manos cubiertas de guantes negros se movieron. Trabajaron detrás de la capa. Surgieron de las mangas de la prenda, pero la capa quedó ajustada al sombrero.

Las manos tenían una varilla de acero, no mayor que un lápiz. La alargaron poco más de un metro. El delgado eje de acero fue estirado y metido dentro del sombrero, que se inclinó hacia delante hasta el cuello de la capa. Un cuerpo se agachó bajo la capa.

Una mano sujetaba la varilla: la otra, empuñaba una pistola automática, mientras el hombre permanecía agazapado. El cañón de la pistola tocó la puerta. Luego ésta osciló hacia dentro.

La respuesta fue un tiro de revólver; luego otro. En rápida sucesión, Hank Farley disparó desde el lado opuesto del cuarto, tirando en el instante que la puerta oscilara.

Los tiros fueron disparados sobre la figura que el forajido vio. Silbaron a través de los pliegues de la capa negra. Luego retumbó un tiro en respuesta.

El brazo derecho de Farley descendió, tocado. Una segunda bala le atravesó el hombro derecho. El gangster soltó sus pistolas.

Se desplomó rodando por el suelo.

Homero Briggs, pistola en mano, estaba de pie en un extremo del cuarto.

Vio salir del borde interior de la capa negra las lenguas de fuego.

Apuntó en esa dirección, pero antes de que pudiese disparar, una bala le hirió la mano. La pistola que empuñaba cayó al suelo.

La figura negra osciló en la puerta; luego, adquirió consistencia cuando La Sombra se enderezó detrás de ella. El temible hombre vestido de negro atravesó la puerta, sus dos pistolas encañonando a los sorprendidos gangsters.

Se volvió hacia la figura temblorosa y gimiente de Homero Briggs. Antes de que La Sombra pudiese dar otro paso, se oyó un ruido alarmante procedente del exterior. El ahogado tiroteo había llegado a los oídos de los facinerosos que acechaban en la calle.

Ignoraban que su enemigo había llegado. Y se daban cuenta de que sucedía alguna cosa anormal dentro de la guarida del pétreo muro. Asaltaban la pesada puerta que La Sombra cerrara tras si. Pronto cedería a los fuertes y redoblados golpes.

La Sombra giró sobre sus talones. No había tiempo de interrogar a Homero.

El estampido de las detonaciones había sido oído. Estaba cogido en una trampa y sentenciado a muerte. Quedaba virtualmente a merced del enemigo que atacaba. Al cabo de unos minutos, estaría librando una batalla desesperada por su vida.

Avanzó con sigilo hacia la puerta que se derrumbaba, donde le esperaba una causa perdida.

Sin embargo, de debajo del negro sombrero surgió una carcajada prolongada y burlona. El reto de La Sombra a los gangsters que buscaban su muerte.

El fantástico sonido repercutió en ecos entre los muros de piedra, como si mil diablillos hubiesen recogido el grito.

CAPÍTULO XIII
HOMERO BRIGGS HABLA

La gruesa puerta cedía cuando La Sombra se aproximó.

La elevada figura se movió con rapidez. Rió suavemente al apretar su cuerpo contra la puerta y colocar la mano encima del pomo. Este giró lentamente bajo sus dedos. La puerta cedió hacia el interior.

Una masa de hombres descendió como una avalancha los escalones. Dos de ellos cayeron de bruces, al resplandor de las linternas sordas. Otros cayeron encima. Las luces fueron proyectadas sobre la puerta interior, en el extremo de la corta y ancha entrada.

La puerta estaba cerrada. Pistola en mano, los gangsters se precipitaron sobre ella. AL abrirse la puerta, sonó un tiro, procedente no del escondrijo sino de la entrada de la calleja.

Un gangster se desplomó delante de la puerta del cuarto interior. Otro se encolerizó y su luz se proyectó sobre los rostros de los que aun se encontraban en lo alto de los escalones.

Hubo un estruendo. Una bala destrozó el cristal de la lámpara de bolsillo.

Siguió otro tiro. Surgieron gritos de rabia de los hombres que se lanzaron al cuarto interior. Todos vieron que los disparos procedían de lo alto de los peldaños.

¿Habían caído en la trampa de otros gangsters? ¿Era esto un ardid ideado por traidores de los bajos fondos?

De idéntica afinidad, no esperaron a preguntar. Fuertes detonaciones respondieron y los forajidos que se hallaban en lo alto de los escalones se dispersaron, huyendo de la zona peligrosa.

Los que se dispersaron primero, devolvieron el fuego. No se dieron cuenta de que los primeros tiros procedían de detrás de la puerta, no del abierto umbral.

La Sombra se dirigió allí, al iniciarse el ataque. Oculto en el hueco de la pared, había descargado el golpe inicial. Ahora sus pistolas acribillaban á los malditos forajidos que estaban en el cuarto interior.

De detrás de la puerta venían unos disparos rápidos y sibilantes. Cada bala encontraba un blanco viviente. Fuera, los gangsters heridos eran asistidos por sus compañeros. Otros aguardaban, alejados del portal de la muerte.

Ignoraban lo que sucedía dentro; esperaban que saliese alguien. De diez hombres que entraron en aquel antro mortal, sólo dos salieron, tambaleándose.

La trampa que tendieron a La Sombra resultó fatídica para los que entraron.

Alguien fue derribado por los disparos de los excitados pistoleros en el umbral exterior, pero La Sombra misma había dado cuenta de una media docena.

Las probabilidades en contra de La Sombra resultaron en su favor. Ni una sola bala fue disparada hacia su lugar de seguridad. El número de hombres que encontrara fueron dos o tres. Había sembrado el pánico en medio de sus enemigos; y por ese medio llegó el desastre.

En la trampa mortal no brillaba ni una sola luz, pues nadie se atrevía a acercarse. Los amigos podían confundirse por enemigos. Solamente ahora, apagado el último eco del disparo final, dos pistoleros de rostro siniestro, se acercaban cautelosos para escudriñar el interior.

La Sombra actuó con mayor rapidez que ellos. Desde su sitio detrás de la puerta, avanzó de un salto y se detuvo al lado del cadáver de un gangster que yacía tendido al pie de los escalones.

Su capa cayó de sus hombros. Su sombrero, de su cabeza. Sus pistolas estaban vacías; cayeron al suelo. Sus dedos enguantados asieron el revólver cargado que cayó de las manos inertes de un muerto. Antes de que los gangsters, que se acercaban con paso lento, hubiesen enfocado sus luces, se oyó una llamada procedente de la entrada de la madriguera.

La llamada espoleó a los hombres que avanzaban, pues indicaba que no existía ningún peligro, que no había ninguna figura invisible dispuesta a disparar desde la oscuridad.

-¡Entrad! ¡Entrad! ¡Lo hemos atrapado!

Fue el grito que atrajo a un ansioso grupo.

Las linternas eléctricas alumbraron la escena. Los muertos y los heridos yacían por todas partes. En la puerta lejana, había un hombre arrodillado, cogiéndose un brazo herido. Pero, en primer término, boca abajo, yacía un cuerpo cubierto por una capa negra.

En la cabeza tenía un sombrero de fieltro, negro. Agachado junto a la víctima, había un hombre vestido con un fino y oscuro suéter. Este hombre no llevaba gorra; en la mano empuñaba un reluciente revólver.

Cinco pistoleros se aproximaron corriendo, gritando al unísono.

¡La Sombra había caído en la refriega!

El hombre del suéter negro, al subir los escalones, se apartó para dejar paso a los grupos curiosos y excitados. Las linternas de los que se agacharon en torno a la figura vestida de negro, iluminaron la escena.

EL cuerpo fue vuelto de lado. Los rayos luminosos revelaron el rostro. Uno de los gangsters profirió un grito de rabia.

¡El muerto no era La Sombra¡ Era un gangster conocido por el nombre de Jigger Davis. Fue uno de los primeros en lanzarse a la entrada cuando la puerta cedió.

-¡La Sombra¡ !Atrapadlo! ¡Está fuera! ¡No le dejéis escapar¡

Fueron los gritos lanzados por los que estaban al lado del cuerpo sin vida de Jigger Davis.

Un gangster recordó al hombre del suéter, que subió los escalones y fue confundido por un compañero.

-¡Cogedlo¡ - chilló-. ¡Cogedlo¡ ¡El del suéter oscuro!

La descripción correspondería a más de uno de la canalla. A medida que aparecían luces por todas partes, se produjeron ataques rápidos; pero uno de los gangsters divisó al fugitivo.

¡En el bordillo de la acera, saltando al arroyo, había un hombre alto, dirigiéndose hacia la oscuridad de una calleja, situada poco más allá!

EL forajido que descubrió a la figura del suéter disparó. Erró el tiro. Otros observaron la dirección de su disparo. Más detonaciones retumbaron cuando el fugitivo llegaba a la callejuela.

Unos cuantos malhechores emprendieron la persecución. ¡Habían encontrado a La Sombra! ¡Huía! ¡No llegaría vivo al otro extremo de la callejuela¡ Cuando el primer perseguidor llegó al lugar donde La Sombra desapareciera, sonó un disparo procedente del ángulo del edificio. El gangster cayó de bruces. Un segundo tiro abatió a otro bandido.

Dos saltaron juntos hacia delante. Uno se desplomó cuando una bala le fulminó a bocajarro. El otro huyó buscando el amparo de la pared, a lo largo de la calle.

Los perseguidores se detuvieron en seco. Saltando de un lugar seguro a otro, cubrieron la entrada de la callejuela. Otros formaron un cordón en torno a la manzana, para cortar la retirada de La Sombra.

Cuando transcurrieron unos minutos de tensión, y no se oyeron más disparos, tres forajidos se incorporaron y avanzaron, corriendo juntos.

Uno proyectó la luz de una lámpara de bolsillo. Reveló momentáneamente a una figura escalando la azotea de un pórtico contiguo a una casa de la misma callejuela.

Sonaron unos cuantos disparos. La figura desapareció. Breves instantes después, reapareció, saltando hacia la azotea del edificio de dos pisos. Una bala se aplastó contra la pared, al lado de la figura trepadora. Pareció rozar al hombre cuando se encaramó a lo alto de la casa.

Un perseguidor subió a la azotea del pórtico. Sonó un tiro, disparado desde el extremo del lugar. El forajido se desplomó.

Luego La Sombra desapareció; había pasado a las azoteas de otra manzana, y los gangsters se desparramaban frenéticamente con la esperanza de impedir la huida.

Procedente de arriba, de lejos, oyeron los ecos salvajes de una carcajada burlona. El hombre fantasma estaba dispuesto ahora a burlar a sus perseguidores.

Los gangsters frenéticos, se diseminaban llamando a sus compañeros. Aún existía la probabilidad de cazar al hombre odiado; y estaban determinados a intentarlo.

La última posibilidad terminó de una manera súbita. Sonó una sirena de policía. Llegó una camioneta y unos hombres uniformados saltaron a tierra.

El salvador de Harry Vincent avisó que en los alrededores de la antigua casa de empeños se congregaban unas bandas para realizar un golpe. Un destacamento de policía fue mandado en el acto al lugar. Los agentes abrieron fuego sobre los dispersos gangsters.

Los pistoleros huían del lugar. Desorganizados y desmoralizados, intentaron escapar de este nuevo peligro. Y olvidaron a La Sombra.

El ataque principal fue dirigido hacia el callejón sin salida, junto a la antigua casa de empeños Algunos de los facinerosos que allí había huyeron antes del nutrido tiroteo. Unos cuantos, acorralados, iniciaron un enérgico ataque contra la policía. Fueron dominados rápidamente.

Unos agentes entraron velozmente por la puerta abierta. Tropezaron con los gangsters muertos y heridos.

Dispararon unos tiros desde el interior del escondrijo Un policía se tambaleó. Otra agente se aproximó a la puerta y descargó el vaciador de su pistola sobre un hombre que había en el suelo junto a la pared.

Era Hank Farley, resistiendo hasta el final. Disparó sus últimos cartuchos con la mano izquierda. Los balazos del policía terminaron su carrera de crimen.

Lejos del teatro de la batalla, unos gangsters comunicaron la carnicería ocurrida a la llegada de la policía.

Pocos se atrevían a iniciar otra pelea, pero había algunos gangsters que, habituados a proceder con cautela, no temían continuar la búsqueda del hombre que les había burlado.

La Sombra, decían, probablemente se alejó de la zona de peligro. Unos cuantos gangsters huroneaban por los edificios abandonados. Abrigaban la esperanza de divisar al misterioso hombre vestido de negro. El número les inspiraba seguridad. Sabían que si uno de ellos disparaba un tiro de aviso, los otros acudirían en su auxilio.

Los que quedaron estaban dispuestos a arriesgarse a enfrentarse con la policía, puesto que La Sombra era el objetivo de la desesperada empresa.

Mas no contaban con su enemigo. Este no había huido; simplemente se había retirado frente al número.

A una manzana de la casa de empeños, había un edificio en ruina, que tenía un patio en la parte posterior, al cual se llegaba por un pasillo estrecho que discurría entre dos muros.

Allí, dos pistoleros veteranos, buscaron un momento de respiro. Ocultos debajo del edificio, discutían la situación.

Uno de ellos apuntó hacia la azotea. Había ventanas en las paredes. Un hombre podía llegar a la azotea por aquella ruta.

-Sal a la calle-dijo uno-. Mira si no hay novedad. Luego vuelve. Vamos a subir.

Mientras el primero aguardaba, el otro escudriñó la calle. El gangster del patio escrutaba el pasillo, y su forma era visible a la luz que se filtraba de la calle.

Una cabeza oteó desde la habitación superior. Una figura felina se deslizó con suavidad por el saliente que se proyectaba bastante. Unos pies seguros encontraron el borde de una ventana.

La Sombra se pegó a las paredes del segundo piso. Doblando el cuerpo, se dispuso a continuar el descenso. Sus ojos invisibles observaban al gangster del patio.

Algo impulsó al forajido a mirar hacia arriba. Sus ojos sobresaltados divisaron la figura agazapada junto a la ventana. Antes de que de los labios del malhechor se escapase una exclamación, la figura fantasmal que se pegaba como un murciélago a la pared, dejó su asidero y saltó desde una altura de tres metros, cayendo encima del estupefacto pistolero. El gangster no pudo evitar el rápido ataque.

Fue el bandido quien sufrió el peso del salto de La Sombra. Quedó aplastado bajo el cuerpo que se le echó encima. Se desmayó cuando su cabeza chocó contra el cemento del patio.

Un rayo de luz mostró a La Sombra en su mugriento suéter, inclinado sobre el desvanecido malhechor. El ruido sordo del impacto fue el único sonido perceptible. Pero fue oído por el hombre que volvía por el pasillo. Al llegar al patio, el segundo malhechor habló a la vaga figura que vio allí.

-O. K.- Fueron sus palabras-. Vamos andando. Atraparemos...

En ese instante, los pies del gangster toparon con el cuerpo de su desvanecido compinche. Miró, instintivamente, hacia abajo-. ¿Qué es...?

De pronto comprendió. Antes de que pudiese esgrimir un arma, la pistola de La Sombra relució al rayo de luz. La culata de la pistola descargó sobre la cabeza del gangster. El malhechor se desplomó inerte al lado de su compañero.

Suavemente, La Sombra salió a la calle. Se detuvo al acercarse a la acera y aguardó. Oíanse los ecos de unas pisadas vacilantes junto al bordillo.

Un hombre, bamboleándose, intentaba huir. Las fuerzas le flaqueaban. A tres metros de la entrada del pasillo, el hombre cayó de bruces. Su cuerpo yacía en un parche de oscuridad. Solamente su cabeza, boca abajo, quedaba cerca del rayo de luz.

Era sin duda algún malhechor; un gangster herido, que huía de los agentes de la autoridad.

Silenciosamente, La Sombra deslizóse a lo largo de la pared. Un instante después estaba inclinado sobre el herido.

Unas manos descubrieron un revólver. La Sombra lo necesitaba. Lo sacó del bolsillo del herido. Luego un brazo penetró en la orilla de la luz. Una mano cubierta con un guante negro levantó la cabeza del hombre postrado.

¡La fluctuante luz reveló las ensangrentadas facciones de Homero Briggs¡

EL cobarde malhechor salió de su escondrijo cuando oyó el grito de alarma.

Era uno de los que aun quedaban dentro de la trampa, cuando la policía atacó. Fue uno de los primeros en huir. Le hirió una bala perdida cuando llegaba a la calle próxima. Tambaleándose y jadeante, cayó varias veces al suelo, buscando huir a un lugar seguro. La última de sus espasmódicas carreras le llevó a aquel lugar.

Las manos de La Sombra colocaron la cara de Homero Briggs en aquel parche de oscuridad.

Una voz baja cuchicheaba en un oído que no oía. Los ojos de Homero se entreabrieron. Sus labios intentaron formular una respuesta a la pregunta que oyera. Las palabras fueron repetidas. Homero percibió vagamente el nombre de Harshaw. Alguien le preguntaba por el anciano.

Automáticamente, inspirado más por una acción refleja que por el miedo, la voz de Homero emitió unos sonidos entrecortados. Sus palabras eran incoherentes al responder a la pregunta de La Sombra.

Luego hubo otra pregunta. Los labios de Homero temblaron. Ignoraba por qué le interrogaban. Sólo sabía que no podía mover el cuerpo.

Agonizando, intentó pronunciar un nombre. Este tembló en sus labios.

Articulado, terminó con una boqueada.

El cuerpo de Homero Briggs se deslizó a la acera. El traidor ex criado estaba muerto.

La figura del suéter se incorporó. Aun sin la capa y el sombrero, La Sombra era un hombre de la oscuridad. Su elevada figura cruzó la calle, rápidamente, como un fantasma.

Un policía se acercó corriendo, y, al observar el cadáver de Homero, proyectó una linterna eléctrica. Pero el agente no vio la rápida y delgada figura que se marchara. El policía examinó el cuerpo del malhechor.

Había sangre donde el cadáver yacía. Una diminuta gota de sangre a unos treinta centímetros del bordillo; otra, un poco más allá.

Esto no significaba nada para el agente pues pensó que procedía de las heridas del muerto.

Pero aquellas gotas de sangre eran el comienzo de una pista. Un rastro que los gangsters habrían seguido llenos de exaltación, de haber conocido su significado.

¡La Sombra fue herido! ¡Deslizándose a través de la oscuridad, iba dejando un rastro!

Pero nadie conocía aquel rastro. Indiferente a las heridas inferidas por las balas de los gangsters. La Sombra se dirigía a su nuevo destino.

Homero Briggs había hablado. ¡Lo que el malhechor conocía, La Sombra lo sabía también!

CAPÍTULO XIV
LA SOMBRA BUSCA

Los acontecimientos se habían desarrollado rápidamente aquella noche.

No eran aun las diez. Homero Briggs visitó el "Barco Negro" poco después de obscurecer. La movilización de los gangsters se inició temprano.

Lejos del escenario del tiroteo, otros agentes de la autoridad estaban de servicio. Vigilaban los pisos del hotel Redan. Sólo uno estaba de servicio en el departamento de Harshaw. Este era el sargento Mathew. El resto se había quedado en los pisos inferiores. Había un hombre detrás del hotel. Este hombre se detuvo al llegar al entresuelo.

Era La Sombra, cubierto otra vez por la capa y el sombrero negros. La única diferencia en su habitual sigilo era un ligero vacilar en su paso deslizante.

Solo su brazo derecho trabajaba cuando tanteaba el camino a lo largo de la escalera que estaba a obscuras. Había sido herido en el brazo y el muslo; sus heridas no interesaban el hueso y, aunque le impedían actuar con su habitual rapidez, no le incapacitaron por completo.

El ascensor estaba a seis metros de la escalera. Allí se agazapó La Sombra.

Las luces del aparato que descendía pasaron por su lado cuando paró en la planta baja.

Rápidamente, La Sombra se puso a trabajar. Su mano derecha soportó el peso del esfuerzo al introducir un trozo de acero entre las puertas corredizas y las abrió.

Deslizóse por la abertura y luego subió a la parte superior del aparato. Unas manos cubiertas de guantes negros cerraron las puertas del entresuelo.

El detective llegaba al entresuelo. Su silueta era visible al llegar al espacio alumbrado enfrente de la escalera. Fue visto por el hombre que se ocultaba en la parte superior del ascensor. Pero aquella figura que se agazapaba en la oscuridad del árbol del ascensor era totalmente invisible.

El aparato empezó a ascender. Subió piso tras piso hasta llegar al noveno.

Paró allí, obedeciendo al mando; luego descendió.

La negra figura ya no estaba allí. La Sombra había abandonado la parte superior del aparato y se agarraba a las puertas del décimo piso. Su trabajo era difícil. Se apoyó en su brazo derecho, mientras que su izquierdo trabajaba penosamente para abrir las puertas.

En aquellas circunstancias no pudo evitar un ruido; pero la apertura de las puertas no ocasionó más que un sonido sordo. La Sombra surgió del eje del ascensor.

Cerró las puertas cuidadosamente y avanzó poco a poco hacia la puerta del departamento de Harshaw. Mediante su ingenioso ardid, había llegado al décimo piso sin correr el riesgo de que le viesen. El único obstáculo ahora podría ser alguien que estuviese apostado en el departamento, lo cual era improbable.

La Sombra estaba dotado de gran intuición. El descenso de Mathew era una señal de que el décimo piso quedaba desierto, pero que el acceso estaba interceptado. No obstante, el hombre misterioso procedió con cautela al abrir la puerta del departamento.

Se deslizó en el interior. Había una sola luz que Mathew dejó encendida. La Sombra cruzó la pieza exterior y abrió la puerta del estudio. La puerta se cerró tras él. Como en otra noche, el hombre misterioso estaba envuelto en una profunda negrura.

Empezó a examinar de nuevo el cuarto. Fue breve y escudriñó detalles que fueron interrumpidos la otra noche. Poco después de haber comenzado, llegó a la puerta.

Pasó por alto la ventana. La luz de su linterna brilló sobre el calorífero.

Había examinado ese lugar en la anterior ocasión.

Su mano descansaba ahora sobre la llave que regulaba la corriente del calor.

A través del fino guante, observó que el calorífero estaba frío.

Rió suavemente. Su examen fue interrumpido aquí y aplazado. Había adivinado el secreto del lugar. Esta noche lo supo de los labios agonizantes de Homero Briggs. Pero la respuesta del malhechor a la pregunta de La Sombra confirmó simplemente lo que el terror del hampa conocía ya.

No obstante, La Sombra adivinó algo más, un hecho importantísimo que el ex criado no había conocido.

La fantasmal figura se encaramó. Su cuerpo descansó en el antepecho de la ventana. Sus pies estaban contra la ventana. Los brazos cubiertos de negro, pendieron hacia el suelo, y se movieron en la oscuridad, separándose gradualmente cuando apareció un resplandor opaco. Poco a poco, el extraño y reluciente objeto se detuvo en su marcha ascendente.

La ahogada detonación de un tiro de pistola resonó a través del cuarto. El movimiento de La Sombra cesó y su risa cuchicheado se unió a los ecos del disparo.

La Sombra se deslizó de cabeza al suelo. Esperó allí, escuchando y dispuesto a actuar si alguien hubiese oído el tiro.

Esta noche, como en la noche en que Silas Harshaw fue asesinado, no había nadie bastante cerca para oír el estampido.

La lámpara de bolsillo de La Sombra brilló débilmente. Siguió a su mano derecha, que se movía hacia él, un montón de papeles: algunos eran cartas, dentro de sobres sin sellar.

La Sombra extrajo las misivas una por una y leyó la escritura, temblorosa.

Luego la luz se extinguió.

Allí esperó un momento; luego tanteó por la pared, midiendo. Después se detuvo y su luz brilló en el suelo, inspeccionando el terreno.

La Sombra trabajaba sin que Homero Briggs le hubiese proporcionado una pista. Necesitaba una pista que resultaba evasiva, pero al fin la encontró.

Junto al zócalo había un trozo de suelo que exigía una detenida inspección.

Una herramienta pequeña y negra, de acero, se movía bajo el resplandor de la luz.

Las manos de La Sombra forzaron hacia abajo un trozo de madera del zócalo. Unos dedos ágiles presionaron el espacio, empujando hacia arriba. El zócalo osciló hacia fuera, en una bisagra invisible.

Allí, en un escondrijo de menos de treinta centímetros cuadrados, había una caja metálica. El oído de La Sombra percibió el ligero tíc-tac de un mecanismo automático. Debajo de la caja se proyectaba un sobre. Su extremo quedaba encima de una estrecha ranura que doblaba en ángulo hacia la pared.

La luz de la linterna de La Sombra caía de llano sobre el blanco sobre.

Aquellos ojos en la oscuridad leyeron el nombre y las señas. El sobre iba dirigido a la Jefatura de Policía.

Luego la lámpara se enfocó poco a poco en torno al sobre, y vio dos iniciales escritas a máquina, dos señales significativas.

Esas letras eran J. T.

Significaban mucho para La Sombra. Entre aquellas cartas, que anteriormente examinó, había una que llevaba garabateado el nombre de Jaime Thorckmorton.

¡La Sombra conocía el nombre y las señas de la siguiente víctima¡

La mano del implacable perseguidor se alargó para coger la carta, pero demasiado tarde. El mecanismo automático zumbó.

Sonó un chirrido agudo y la carta cayó en la ranura. ¡Se dirigía, desde su procedencia invisible, por un estrecho orificio que por el tubo de la correspondencia conducía al buzón del hotel!

Mientras el sobre se dirigía a su destino, otra misiva descendía para substituirlo. Como al primero, dos abrazaderas lo sujetaban al extremo superior. ¡Eran el artificio que marcó diminutas señales que el detective Cardona no observara¡

La Sombra no se preocupó de esta carta. Una acababa de salir siguiendo un itinerario, cuarenta y ocho horas después de la misiva que anunció la muerte de Tomás Sutton. La próxima esperaría dos días. No era urgente ahora.

El zócalo descendió y el trozo de suelo elevóse. El oculto escondrijo estaba cerrado. Ya no fulguró la linterna sorda de La Sombra.

La muerte acechaba esta noche. Otra víctima quedaba señalada para su exterminio. Solamente La Sombra conocía su identidad. El hombre de misterio salió del departamento. Abrió las puertas del ascensor. Debía esperar que el aparato subiera. Ello significaba un retraso; pero descender las escaleras podría acarrear serias consecuencias.

El ascensor subía al fin. Llegó al noveno piso y luego descendió. Al llegar a la planta baja, La Sombra salió por el entresuelo.

Allí, en los escalones, esperó un instante. Había excitación en el vestíbulo del hotel. Habían abierto el buzón y encontraron la carta dirigida a la policía.

-¡J. T.¡-gritaba Mathew-. ¿Qué es J. T.? !Deme ese teléfono... pronto! Vaya corriendo arriba. Averigüe quién ha estado cerca del tubo de la correspondencia.

La Sombra se ocultó cuando un agente vestido de paisano pasó corriendo. El ascensor subía también. Libre el camino, el misterioso personaje se deslizó con rapidez a la planta baja. No era más que una delgada y negra silueta, un fantasma indistinguible cuando salió del hotel.

Se había entretenido demasiado. Había descubierto el enigma de aquellos mensajes de muerte. Debía aprovechar lo que había descubierto. Pues la muerte se cernía sobre un hombre indefenso... ¡y La Sombra, sólo el hombre de misterio, podía impedirlo!

¿Cómo había de ejecutarse esa muerte? Ese era el misterio. Sólo La Sombra, personalmente, podía frustrar el proyectado crimen.

El factor tiempo era incierto. Era imposible saber lo proyectado hasta llegar al teatro de la tragedia.

Un automóvil salió disparando hacia el oeste, desde una calle situada detrás del hotel. Se detuvo cinco manzanas más allá.

Del vehículo surgió un hombre vestido de negro, que desapareció rápidamente en la oscuridad circundante, hacia una vieja casa de cuatro pisos.

¡La Sombra entablaba una carrera con la muerte¡

CAPÍTULO XV
LA CUARTA VICTIMA

En la habitación superior de su apartada casa, Jaime Thorckmorton hallábase sentado a una mesa que le servia de escritorio. Thorckmorton era un hombre de mediana edad. Era un estudiante de muchas ciencias.

Esta noche se encontraba solo, absorto por completo en el objeto de su inmediato interés. Corregía las primeras pruebas de un libro que había escrito sobre ornitología. Para el sabio, era una labor que exigía el mayor cuidado.

Las pruebas llegaron de la casa editora aquella tarde, de acuerdo con una promesa de entrega.

El estudio de los pájaros había constituido una alegría durante toda su vida.

Sus comentarios sobre ciertas aves eran cuestiones a las que había consagrado una atención entusiasta.

Tan absorto estaba Thorckmorton que no prestó atención al paso del tiempo.

Esta pequeña habitación, situada en la parte superior de la casa, era el lugar predilecto para su trabajo.

Thorckmorton se había encerrado en esta pieza poco después de las ocho.

Armado de su pipa favorita, empezó a corregir las galeras. El humo del tabaco nublaba la atmósfera; pero el hombre no se daba cuenta.

Además de su afición a fumar en pipa, le agradaba el alumbrado de gas.

Cierto es que había una instalación de luz eléctrica en la casa, pero cuando se trataba de trabajar en serio, creía que las lámparas de gas no podían superarse.

Una de estas lámparas descansaba en la mesa, conectada por un enchufe en el suelo. Con esta iluminación, podía leer horas seguidas sin cansarse.

Más de una vez, se había dado cuenta del tiempo transcurrido, cuando los primeros rayos matutinos penetraban por la claraboya que formaba la única ventana para esta habitación.

Mientras, Thorckmorton hacia notas marginales en las galeradas, sacudía la cabeza y contemplaba su pipa. Observó la nebulosidad del cuarto. El tabaco era la causa. Depositó la pipa encima de la mesa. Comprendió que había estado fumando demasiado.

Enfocó, una vez más, su atención en su trabajo; mas poco a poco le fue invadiendo el cansancio.

La atmósfera del estudio parecía sofocante. Quizá seria conveniente abrir la claraboya unos minutos.

Subiendo a la silla tocó el cierre de la claraboya. Sintió un mareo.

Respirando hondo, percibió el olor de gas entre el aroma más pesado y más fuerte del tabaco. Olisqueó de nuevo, luego osciló y asió la manija de la claraboya, que rehusó moverse.

Los esfuerzos debilitaron a Thorckmorton. La silla parecía balancearse. Con un grito entrecortado e intentando agarrarse a algo, cayó de la silla y rodó por el suelo. Debilitado ya, no pudo hacer más que un débil esfuerzo para incorporarse. Finalmente intentó arrastrarse hacia la puerta.

No lo consiguió. Se oyó el rumor de unas pisadas subiendo las escaleras, procedentes del piso inferior. El sirviente oyó el golpe de la caída del cuerpo y de la silla. Acudía a averiguar la causa. Sonaron unos golpes en la puerta.

La voz excitada del criado gritaba.

Thorckmorton no respondió. Ya no podía hablar.

Su cuerpo, medio vuelto hacia la puerta, no podía efectuar el menor movimiento. Fue vencido por las emanaciones de gas que llenaron silenciosamente la habitación mientras él trabajaba.

La puerta estaba cerrada con llave y el ornitólogo tenia la única llave. Era una antigua costumbre suya; una medida que tranquilizaba su espíritu, pues estaba seguro de que nadie le molestaría.

Los golpes del criado fueron inútiles. No podía despertar a su dueño ni servían contra aquella pesada barrera. Las pisadas resonaron bajando la escalera. El sirviente corría a pedir auxilio.

Solamente la rápida acción de unos hombres robustos podían facilitar el acceso al cuarto donde el ornitólogo yacía impotente. La tarea era superior a las fuerzas de un hombre solo.

Cuando el criado salió corriendo por la puerta principal de la casa, miró en ambas direcciones. Era un barrio desierto. El criado se apresuró en aquella dirección. Corriendo, no observó al hombre que venía precipitadamente en dirección opuesta. No era sorprendente que el criado no viese a este desconocido, pues el recién llegado vestía enteramente de negro y apenas era discernible en la oscuridad.

La puerta de la casa estaba abierta. El hombre vestido de negro no perdió tiempo en entrar. Divisó la escalera y echó a correr hacia arriba. Llegó al segundo piso y continuó ascendiendo. En el tercero hizo una pausa. Luego, al distinguir una luz en lo alto de la escalera, se dirigió hacia el cuarto piso.

El sirviente había encendido la luz en el pasillo, en la parte exterior del estudio de Thorckmorton. La luz orientó a La Sombra.

Se detuvo delante de la puerta del estudio. La mayoría de las personas habrían intentado derribar la puerta, en lugar de perder tiempo con la cerradura. Pero no existía cerradura que fuese un obstáculo para La Sombra.

Se quitó los guantes; el ópalo de fuego chispeó cuando los hábiles dedos insertaron un alambre diminuto semejante a una llave.

La cerradura chirrió. La puerta se abrió de par en par. La Sombra, alto y fantasmal, permaneció contemplando el postrado cuerpo de Jaime Thorckmorton.

Semejaba una figura de la muerte, pero el objetivo del hombre del misterio consistía en frustrarla. Subió a la silla que usó el ornitólogo. Sus manos firmes tocaron el cierre de la claraboya. El oxidado metal cedió a la fuerza de las manos. El armazón de hierro descendió. EL aire fresco penetró en el estudio.

La Sombra apagó la lámpara. Sus dedos examinaron con rapidez el tubo de caucho y encontró otra llave en el suelo. La cerró; luego se aproximó a Thorckmorton y se agachó a su lado.

Sus esfuerzos fueron infructuosos. Trató de reanimar al hombre desvanecido, pero el gas había ejecutado su obra mortífera. Un ligero escape en el tubo fue la causa. Embebido en su trabajo, el ornitólogo se dio cuenta del peligro demasiado tarde.

Se oyó un ruido abajo, en el fondo de la casa. El sirviente había llegado con el auxilio que buscara. Sonaron unas pisadas distantes; luego, más próximas.

Sin embargo. La Sombra no abandonaba las esperanzas, aunque su tarea parecía por completo desesperada.

Muchos hombres habían sido reanimados, cuando parecía que la muerte había recogido el fruto de su labor. La habitación quedó despejada de gas; el aire fresco inundaba el estudio, formando remolinos por todas partes.

La Sombra, oyendo pisadas en el fondo del rellano final, saltó a la puerta y la cerró.

Unos puños golpearon con fuerza la puerta. Un objeto pesado chocó contra la barrera. La fuerte madera no cedía.

Entre tanto, en el estudio a oscuras, La Sombra trataba aún de auxiliar al hombre que parecía muerto

!Paf! Un agujero apareció en el centro de la puerta. Luego, tras otro golpe, saltaron astillas.

La Sombra se incorporó. Una mano se introdujo por la puerta rota y abrió.

La luz del pasillo inundó el estudio. La Sombra estaba subido a la silla. Su mano izquierda agarró el borde de la claraboya.

Fue entonces cuando el brazo herido falló. ¡La Sombra cayó al suelo, en el instante en que los tres hombres que acudían en auxilio entraban en el estudio!

Uno era un policía. El segundo un transeúnte. El tercero, el criado de Thorckmorton. Se dirigieron hacia el cuerpo que yacía dentro del radio de luz. No vieron a La Sombra, apartado de la puerta.

Agachado junto a la silla, el hombre vestido de negro se recobró de su inesperada caída. Aprovechando que todas las miradas se concentraban en el cuerpo exánime del ornitólogo, tornó a saltar hacia la claraboya. Su brazo derecho asió el borde. La claraboya hizo ruido.

El policía miró a tiempo de ver a la fantasmal figura disponiéndose a saltar hacia arriba. Corrió a detener a la figura que escapaba.

Con el brazo derecho asiendo firme el borde de la abierta claraboya, La Sombra lanzó su cuerpo hacia delante, como una catapulta.. Sus pies pegaron con fuerza en el pecho del policía.

La figura del fugitivo retrocedió por los efectos del golpe que había asestado, Luego se escurrió por la claraboya. El bamboleante policía llegó demasiado tarde para impedir a huida de La Sombra.

Sacando un revólver, disparó por la abertura; luego subió a la silla: y logró elevar la cabeza y hombros al nivel de la azotea. Disparó dos veces, en dirección al lugar donde se imaginó divisar una forma fugaz.

La única respuesta fue una risa suave y burlona, alejándose.

EL agente apenas había divisado a su asaltante. Pero por el golpe recibido habría jurado que la vaga figura no era más que una forma fantasmal. La burlona risa tenia un sonido increíble y fantástico.

Descendiendo a la habitación, el policía observó que los dos hombres trataban de reanimar a Thorckmorton. La presencia de un hombre que escapó, daba un cariz serio a la tragedia. El agente descendió presuroso la escalera y llamó a Jefatura.

Un cuarto de hora más tarde, el mensaje fue retransmitido a José Cardona, al hotel Redan, donde el famoso detective fue llamado con urgencia por el sargento Mathew.

EL aviso de esta nueva tragedia puso serio a Cardona. ¡El nombre de Jaime Thorckmorton correspondía a las iniciales del cuarto mensaje: J. T. no podía ser otro¡

Después de dar unas órdenes a Mathew, el detective partió al instante. Su subordinado telefoneó varías veces de acuerdo con las instrucciones recibidas.

Cuando Cardona llegó a la residencia de Thorckmorton, encontró al grupo de tres hombres de pie junto al cuerpo de la asfixiada victima. No cabía duda de que el ornitólogo estaba muerto; tampoco había duda sobre la manera de su muerte. Aun se percibía unos vestigios del olor a gas.

Cardona escuchó las declaraciones de los tres hombres. Se aproximó a la lámpara de gas e intentó encenderla. Encontró que la corriente estaba cortada en el suelo. Girando con cuidado la llave, inició la corriente de gas y luego encendió la lámpara. Agachándose, olisqueó el hilillo que rezumaba de la base de la lámpara.

Esto indicaba la manera como murió el sabio, a menos que los simulase el hombre que escapó del cuarto.

¿Qué papel desempeñaba aquel desconocido? ¿Entró por la claraboya?

¿Cuánto tiempo estuvo con Thorckmorton?

Era imposible contestar estas preguntas.

Cardona examinaba todos los ángulos del crimen, y cuanto más reflexionaba, menos comprendía la presencia del desconocido.

Un compañero de Thorckmorton no habría intentado huir. Un enemigo, si fue allí para matarle, habría seguramente adoptado un medio más rápido y más eficaz.

Hechos concretos, pero sin conexión.

Un caso que habría sido considerado como una muerte por accidente, de no ser por la aparición de un intruso desconocido y el eslabón del anuncio de la cuarta muerte.

El famoso detective se sentía desconcertado. Mientras trataba en vano de raciocinar, llegaron más personas a la casa. Se aproximaron unas pisadas. El comisario de policía Weston apareció con el profesor Biscayne.

Cardona habla ordenado a Mathew que les notificara el caso.

Con rostro severo y turbado, el detective extendió la cuarta nota hacia el comisario y el profesor. Decía:

EN MEMORIA DE J. T. QUE MURIO ANOCHE. FUE EL CUARTO.

Cardona señaló ceñudo el cadáver.

-Jaime Thorckmorton -dijo pausadamente-. Él es J. T. Fue el cuarto. Llegamos demasiado tarde. No podía salvarle nadie.

El detective tenia razón. El salvador, a quien señaló, llegó demasiado tarde.

Otro llegó antes... La Sombra.

Él, también, llegó tarde en su carrera contra la muerte.

CAPÍTULO XVI
LA LABOR DE LA SOMBRA

La noche siguiente, temprano, un caballero vestido de smoking leía un periódico en la sepulcral biblioteca del club Cobalto.

Los escasos miembros que pasaron casualmente por allí, reconocieron las facciones serenas y graves de Lamont Cranston, el multimillonario.

Cuando estaba en Nueva York, lo cual era ocasional, Lamont Cranston pasaba mucho tiempo en el club Cobalto. También frecuentaba el Merrimac; que era un club menos selecto y poseía menos miembros que el Cobalto.

Aun quienes veían con mayor frecuencia a Cranston, conocían muy poco de su vida. Era un gran viajero. Una vuelta al mundo era, un simple paseo para él; y solía partir para un largo viaje con unos minutos de preparativos.

Poseía una lujosa mansión en Nueva Jersey, donde solía dar fiestas en raras ocasiones. Entraba y salía a su capricho. Cuando se encontraba ausente, ni siquiera la servidumbre de su ostentosa residencia, conocía su paradero.

En consecuencia, Lamont Cranston era un personaje misterioso y así lo consideraban la mayoría de sus amistades. Pero nadie consiguió descubrir el asombroso secreto que encubría su identidad. Sobrepasaba a toda creencia; era tan increíble que ni siquiera sus mismos sirvientes lo sospechaban.

Había dos Lamont Cranston: uno, el verdadero; el otro, un impostor que aparecía audazmente simulando ser un multimillonario, cuando lo necesitaba.

El verdadero Cranston era un viajero formidable. Actualmente, se encontraba en la India. El falso Cranston era un desconocido...

¡La Sombra¡

En el club Cobalto disfrazado de Cranston, La Sombra pasaba horas enteras, funcionando su poderoso cerebro, y oculta su verdadera identidad. Esa noche, leía los detalles de un caso que le interesaba; y, como de costumbre, no se había descubierto el verdadero objetivo en dicho caso.

José Cardona, de acuerdo con sus normas, había comunicado los hechos del caso.

Jaime Thorckmorton murió axfixiado. El escape de gas fue descubierto.

Pudo ser causado por un accidente. No existían pruebas que demostrasen que el tubo fue agujereado por la mano de un asesino. Pero el misterio se cernía sobre aquel estudio de un cuarto piso. Alguien fue visto en el estudio de Thorckmorton. La siniestra figura escapó por la claraboya; era probable que entró por el mismo sitio.

La policía indagaba. Era la historia de siempre. Investigaron en otros casos anteriores, y fracasaron rotundamente.

Se reconocía el eslabón entre esta tragedia y otros tres muertos. Había motivos para esperar otro asesinato para la noche siguiente... ¡quizá más de uno, después de éste¡

El único factor que salvó al detective Cardona de las acres censuras de la prensa, fue que facilitó gustoso la información a los periodistas. Los periódicos, a su vez, moderaron sus comentarios sobre su capacidad. Un diario habló en términos condenatorios, pero los demás se abstuvieron de atacarle.

No había en la carrera de Jaime Thorckmorton nada que le clasificase como hombre destacado. Era un hombre acomodado, pero la mayor parte de su fortuna la había gastado en sus aficiones. Era una persona inofensiva, cuya principal debilidad la constituía la ciencia de la ornitología. En diversas ocasiones los miembros de la sociedad Halcón habían visitado su casa.

Estos hombres estaban interesados en el estudio de los pájaros. Se mencionaba, en las actas de la asociación, que Thorckmorton había terminado un libro sobre ornitología. Enseñó el manuscrito a los miembros, en aquella ocasión. Ni siquiera el más curioso reportero llegó a interesarse por las minutas de aquella reunión. Los pájaros y el asesinato no parecían estar íntimamente relacionados.

Pero, para La Sombra, aquellas minutas eran de mucha importancia.

Serian publicadas, con toda probabilidad, en la Revista Avifauna, una publicación de circulación limitada, leída por entusiastas estudiantes de la vida de los pájaros.

Dejando el periódico a un lado, el hombre que aparecía ser Lamont Cranston se dirigió pausadamente a un rincón de la nutrida biblioteca.

El club Cobalto estaba suscrito a toda clase de publicaciones raras.

Colgados de un apartado rincón, descubrió algunos números atrasados de la Revista Avifauna. No tardó mucho en que un dedo fino se posase sobre la reseña de la reunión celebrada en la residencia de Thorckmorton, unos meses antes.

Las actas de la Asociación Halcón eran áridas y aburridas. Pero incluían una lista de los asistentes, miembros y amigos.

El dedo apuntó un hombre incluido en el último grupo. Poco después, el automóvil de Lamont Cranston partía del club Cobalto, en dirección Norte. El hombre que iba sentado en el asiento trasero era invisible. Tan sólo el brillo de un cigarrillo delataba su presencia.

Se apeó del coche cerca de la residencia de Jaime Thorckmorton y ordenó al chofer que volviese al club.

La Sombra entró precipitadamente, como hacía veinticuatro horas, en la casa del ornitólogo. Penetró en silencio y con sigilo. Ascendió la escalera y llegó al estudio de la puerta rota. Había algo en aquel cuarto que La Sombra observó, pues ningún dato de importancia se le escapaba a su ojo penetrante.

Se fijó en la puerta entornada de un armario lleno de montones de cuadernos de hojas sueltas. Fue en el armario donde el fingido Cranston olisqueó. Sacó los volúmenes, uno tras otro; unos grandes y otros pequeños.

La mayoría eran documentos relativos a las aficiones de Jaime Thorckmorton. Entre ellos, descubrió unos cuantos volúmenes polvorientos que resultaron ser diarios. Fueron los libros que La Sombra depositó encima del escritorio.

A la luz de la misma lámpara de gas, el hombre de misterio comenzó su investigación. Su dedo pulgar enguantado no dejó ninguna señal al recorrer página tras página con sorprendente rapidez.

Los ojos que observaban no se detuvieron a leer. Buscaban un nombre escrito.

Jaime Thorckmorton tenia la costumbre de hacer anotaciones copiosas. Si ese nombre figuraba en su vida, debería estar allí.

El moviente pulgar se detuvo. En una página, fechada hacia casi dos años, estaba escrito lo siguiente:

"Discutí invento con Salas Harshaw, en su casa. Le comuniqué que mi decisión era definitiva. Imprudente invertir dinero en empresa tan dudosa.

“Harshaw pareció picarse. Manifestó que yo era como los otros. Ya lo veríamos algún día. Habló de gentes que querían robarle sus inventos. AL parecer, me consideraba sospechoso. Es un viejo muy extraño..."

El pulgar enguantado marcó las páginas. Los volúmenes fueron depositados de nuevo en el armario. Pero los Diarios quedaron ahora encima, en lugar de abajo de los otros libros. Este volumen estaba más al alcance de la mano. En verdad, se inclinaba en la parte superior cuando La Sombra cerró la puerta.

El cuarto de la tragedia quedó, una vez más, desierto. La Sombra habíase marchado; no por la claraboya. Dirigióse a la escalera, descendiendo silenciosamente a través de la oscuridad.

*****

El sargento Mathew estaba aun de servicio en el hotel Redan. Esa noche la vigilancia parecía ser inútil. Los agentes vestidos de paisanos habían sido retirados.

Era un ardid, pues volverían la noche siguiente, cuando debía despacharse una cuarta nota. Ahora se admitía el intervalo de cuarenta y ocho horas.

La Sombra sonreía cuando ascendía la escalera del hotel. Conocía que los agentes de Cardona se habían marchado. Sabía que el detective tenia razón al suponer que no recibirían ninguna nota esta noche. Pues el hombre misterioso conocía el origen de aquellas misteriosas misivas; y también cuando se despacharía la siguiente.

La fantasmal figura llegó al departamento de Harshaw y entró con su acostumbrada tranquilidad. La lámpara de bolsillo alumbró mientras La Sombra trabajaba.

No deseaba esa noche, visitar el lugar de la muerte, junto a la ventana.

Inspeccionó el escondrijo donde tictaqueaba ahogadamente el aparato de relojería.

Sacó cuidadosamente la carta de las abrazaderas que la sujetaban. Extrajo, de debajo de su capa, un frasco conteniendo un liquido. Con un pincelito, mojó con el líquido debajo del cierre del sobre. El sobre se abrió. El mensaje fue extraído por una mano enguantada.

Escribió, con una pluma, cuatro palabras cruzando las líneas escritas a máquina, Dobló de nuevo el mensaje y lo volvió a meter en el sobre, que a su vez fue depositado de nuevo entre las abrazaderas.

El fingido millonario reía suavemente mientras examinaba el cuarto. Llegó a un sitio enfrente mismo de la ventana. Se detuvo y su linterna sorda escudriñó la pared.

El resplandor reveló el punto donde una bala se enterró en la madera. En el rincón del muerto, la luz de la linterna eléctrica mostró una banqueta. El hombre invisible fue al rincón del anciano Harshaw. De nuevo sonó aquella risa suave. La luz se extinguió. Algo fue levantado suavemente de la mesa.

La Sombra había salido del estudio. Estaba ahora en la pieza que sirvió a Harshaw de laboratorio y taller.

El hombre invisible realizó una minuciosa investigación. Descubrió un cajón que ostentaba la letra "E". Era el cajón que buscaba. Lo abrió y descubrió varios papeles, en su mayoría diagramas toscos que en sí no significaban nada. Podrían haber pertenecido a algún dispositivo o aparato, pero sin el mecanismo o aparato, eran inútiles.

La Sombra prestó escasa atención a estos bosquejos. Volvió a colocarlos en su sitio; luego, de un bolsillo, extrajo un sobre sellado, que en su faz ostentaba las palabras siguientes.

DETECTIVE CARDONA - IMPORTANTE

Los caracteres estaban garabateados en una letra temblorosa. Fueron trazados por la mano de La Sombra. Eran idénticos a la escritura del sobre recibido por Tomás Sutton, conteniendo la anotación concerniente al bastón de puño de oro.

El atontado Fritz vio ese sobre en el despacho de Cardona. ¡Cosa extraña, su letra coincidía con la de otros sobres que La Sombra encontró en el departamento de Harshaw!

Estos sobres estaban en el escondrijo, junto a la ventana, donde la figura fantasmal los descubrió y tornó a colocar en su sitio.

¿Qué finalidad llevaba La Sombra? Sólo el tiempo podía aclararlo, pero la suave y siniestra risa que repercutía en ecos por la habitación, era precursora de algún plan ingenioso.

La labor de La Sombra había concluido ahora. Fue a la puerta exterior y salió a la escalera.

La Sombra ya no fue vista más aquella noche.

¡Pero su voz fue oída por uno que no esperaba oír el sonido de aquellos tonos cuchicheados y fantásticos!

*****

En Jefatura, José Cardona examinaba los hechos pertinentes a la muerte de Thorckmorton, tratando en vano relacionarlos con otros asesinatos.

¡Dentro de veinticuatro horas, otra carta anunciaría una muerte más¡

El timbre del teléfono sonó. Distraído, Cardona contestó. El detective contuvo el aliento al reconocer la voz del otro extremo del alambre. Era una voz conocida, una voz que ya había oído anteriormente. Una voz en la que tenia confianza, a pesar de las dudas del comisario.

¡Era la voz de La Sombra!

-¿Cardona? -fue el fantástico cuchicheo.

-Sí -repuso el detective.

-¡Cinco muertes! -fueron las siniestras palabras.

-¿Cinco?

-Una: Silas Harshaw. Dos: Luis Glenn. Tres: Tomás Sutton. Cuatro; Jaime Thorckmorton. Cinco...

La voz se interrumpió.

-¡Rápido¡ -gritó Cardona, ¡Nombre el quinto¡

-Conocerá usted el nombre mañana por la noche -contestó la voz en tono grave-. No es necesario ahora. ¡La muerte ...no . . ocurrirá¡

Cardona arrimó más el receptor al oído y escuchó ansiosamente. ¿Le comunicaría algo más? ¡Si¡ ¡La voz tornaba a hablar!

-Piense en las muertes ocurridas -dijo la voz de La Sombra-. No piense en la muerte que frustraré. Piense en los que murieron. ¡Escuche! -la voz era sibilante ahora-. Yo volveré. Thorckmorton llevaba un Diario. Sutton extendía cheques. Glenn fumaba cigarrillos. ¿Comprende?

-Si -exclamó el detective, con ansiedad-. Comprendo. El Diario de Thorckmorton... no lo he buscado. El talonario de cheques de Sutton... lo pasé por alto. Los cigarrillos de Glenn... aquí los tengo. Pero qué -Cardona hizo una pausa jadeante,- ¿qué me dice de Harshaw?

Una risa suave tintineó en el oído del detective.

-¿Harshaw? -preguntó la voz fantasmal-. ¿Qué le digo de Harshaw? El misterio de su muerte sigue en sus habitaciones. Lo encontrará usted, si busca. Pero tenga cuidado. No olvide esta advertencia. La muerte ocurrida a Harshaw estaba destinada a otro. Descargará

otra vez sobre los que no usen cautela. Vuelva, Cardona, a su primera pista. Busque la solución de la muerte en el lugar de la tragedia. Allí encontrará la pista.

El receptor chirrió en el otro extremo del alambre.

José Cardona se desplomó en su butaca. El rostro del detective estaba blanco y tenso. Las palabras que la misteriosa voz había pronunciado repercutían en ecos en su cerebro.

¡Existían pistas de todas las muertes¡ ¡El peligro acechaba aún en el departamento donde Silas Harshaw fue asesinado! Estas manifestaciones tenían mucha importancia para Cardona. Pero más importante era la rotunda afirmación relativa a la noche siguiente.

¡Esas palabras fueron pronunciadas por La Sombra... el hombre misterioso que no fracasaba nunca!

-¡La muerte... no... ocurrirá!

CAPÍTULO XVII
LAS TRES PISTAS

Fue la tarde siguiente cuando el profesor Roger Biscayne entró en la oficina del comisario Weston. Acompañaba al psicólogo de gafas un hombre de unos cincuenta años de edad.

Este hombre era calvo, a excepción de unos cabellos grises que asomaban por encima de sus ojos. Vestía traje marrón claro, de corte juvenil que no le sentaba muy bien a su edad.

-¡Bien, bien! -exclamó el comisario, cordialmente-. Ha traído usted al señor Wilhelm como prometió ¿eh?.

-Si -respondió Biscayne-. Mi primo estaba ansioso por reunirse con nosotros aquí. Está muy preocupado por la muerte de Silas Harshaw.

-Ha sido una tragedia terrible, señor Weston-dijo Wilhelm, estrechando las manos-. Terrible... ¡Imagínese, asesinado! Desde luego, Roger le habrá dicho que yo financiaba su trabajo. Era un genio aquel hombre, pero algo excéntrico. Es una lástima que haya muerto. Es una lástima. No pudiste hallar nada respecto a su invento, ¿verdad, Roger?

Era evidente que Arturo Wilhelm lamentaba la pérdida del aparato de regulación a distancia, así como la muerte de Silas Harshaw. Los varios miles que el millonario fabricante de jabones invirtió era una suma insignificante para él, pero había abrigado la esperanza de que le produciría varias veces el valor de la cantidad invertida.

-No hay ninguna noticia, Arturo -declaró Biscayne-. Pero cuando llegue el detective Cardona, quizá nos diga algo. ¿Dice usted que ha obtenido resultados, Weston?

-Eso ha dicho -repuso el comisario-. Ha estado investigando todo el día y no tardará en llegar.

-Un detective, ¿eh? -inquirió Wilhelm, reclinándose en su butaca-. No hay nadie que pueda compararse con Roger, comisario. Es a lo que debiera haberse dedicado: a la carrera de detective, en lugar de perder el tiempo con una pandilla de intelectuales. ¿Qué te parece, Roger?

-Quizá tengas razón, Arturo -sonrió Biscayne-. He estado trabajando un poco de detective últimamente, aunque no puedo afirmar que he tenido mucho éxito.

-Necesitas más práctica, Roger -bromeó Wilhelm-. Cuando quieras abrir una agencia, te daré unos cuantos miles para empezar.

-Tengo entendido que estaba usted fuera de Nueva York, señor Wilhelm -dijo el comisario.

-Sí -repuso el hombre calvo-. Hice un viaje a California. Tuve que regresar esta mañana, para asistir a una reunión del consejo de administración. Bien, Nueva York es el

lugar ideal. Especialmente, acompañado de Roger. Somos buenos amigos. Los mejores amigos del mundo, aunque se ha vuelto un intelectual -rió.

Un secretario anunció la visita del doctor Fredericks. El corpulento médico entró y estrechó las manos de Weston y Biscayne. Fue presentado a Wilhelm.

-¿Hay algo nuevo referente a Silas Harshaw? Fue su pregunta.

-Creemos que si -declaró Weston-. El detective Cardona comunica haber conseguido resultados. Quiere volver al principio, examinar de nuevo todos los detalles primitivos. Me pidió que le mandase buscar a usted.

-Bien -dijo el doctor-. Espero poder ayudarle en algo.

Cardona fue anunciado y un minuto más tarde el detective se reunía con el grupo. Su rostro mostraba una expresión de impaciencia al sentarse enfrente del comisario. Miró inquisitivamente a Arturo Wilhelm y expresó placer al conocer su identidad.

-Magnífico-exclamó-. Tendremos que volver al asesinato de Harshaw. Cualquiera que haya conocido a Harshaw nos será útil. He estado investigando los otros casos y poseo una pista de cada uno de ellos. No espere demasiado, señor Weston... estamos en el comienzo. Pero creo que, con la colaboración del profesor Biscayne, vamos a obtener resultados.

Cardona recogió una cartera que había traído consigo. Extrajo un paquete de notas e hizo referencia a diversas páginas.

-Volveré al principio -dijo.

Sin darse cuenta, Cardona repetía las palabras de La Sombra.

-Thorckmorton llevaba un diario. No uno... muchos. Encontré algunos de ellos esta mañana. En el primero que cogí, encontré una pista.

-¿Dónde encontró el Diario? - inquirió Biscayne.

-En el armario de su habitación de trabajo-respondió el detective-. Aquí está el Diario-lo sacó de la cartera-, y la pista. ¡Thorckmorton conocía a Harshaw!

-¡Cómo!-exclamó Biscayne. Escrutó la página escrita-. ¡Mire esto, comisario! Thorckmorton visitó a Harshaw hace dos años y rehusó facilitarle dinero. Usted recordará que dije que Harshaw hablaba vagamente de enemigos. Quizá Thorckmorton era uno de ellos. Quizá sabia demasiado de las ideas del anciano inventor. Cardona ¿ha encontrado usted alguna conexión entre Harshaw y los otros?

-No-respondió el detective.

-Bien-comentó Biscayne-. ¡Ellos no llevaban Diarios! Ahora recuerdo algo que me dijo Ricardo Sutton. Según él, a su padre le molestaban continuamente los especuladores, gente de ideas estrambóticas. Ahí tiene usted un eslabón, sin ningún género de dudas, entre Harshaw y Tomás Sutton.

-Tiene usted razón-asintió Cardona, solemnemente-. No lo hallamos antes, porque el hijo lo desconocía. Voy a anotar ese punto-hizo una anotación-, y veré si se confirma después. Porque tengo otra pista sobre Sutton.

-¿Qué es eso?

-Su talonario de cheques; las matrices están aquí. Las examiné hoy con su hijo. Verificamos todos los cheques, excepto uno. Una pequeña cantidad... diez dólares. ¡Mire!

-“Med"-leyó Biscayne, en tono perplejo.

-¿Qué significa esto?

-Lo ignoro-declaró Cardona,- pero sé lo que es esto. Aquí están todos los cheques cancelados de Sutton, que, encontramos en otro cajón. !Ese cheque no fue cobrado¡

-Eso es significativo-comentó Biscayne-. Aunque es pequeño, indica una transacción sin terminar. Me gustaría ver el cheque cancelado, para conocer el nombre inscripto en él.

-A mí también-declaró Cardona.

-M-e-d-murmuró Biscayne, mirando la matriz-. Es una abreviación; no son iniciales. Podría significar "medio", "medalla", "medicina"... probablemente es esto... Esto no nos

aclara gran cosa, Cardona. Probablemente Sutton encargó alguna medicina de una farmacia y entregó el cheque.

-Entonces ¿por qué no se ha cobrado el cheque?-preguntó el detective-. Esto es lo que le da importancia.

-Quizá el farmacéutico pueda contestar a eso-dijo Biscayne, con sequedad-. Quizá se extravió el cheque. Sutton pudo haber olvidado entregarlo. Pueden pasar muchas cosas a un cheque. Si usted opina que es una pista viva, Cardona, el interrogatorio es el único método viable. ¿Qué me dice del farmacéutico o del médico de Sutton?

-Pregunté a su hijo respecto del médico-respondió el detective-. Y me contestó que su padre se preocupaba mucho por su salud. Probaba médico tras médico. No estaba nunca satisfecho. Tenía la costumbre de pagar al contado por todo; extendía cheques solamente cuando no llevaba dinero encima.

-Quizá usted ha tratado al señor Sutton, doctor-comentó Biscayne, con una sonrisa.

-No lo recuerdo como paciente-respondió Fredericks, seriamente-. Y por lo que ha dicho el detective Cardona, no lo siento. Los pacientes que cambian continuamente de médico son una pesadilla.

Cardona puso el talonario de cheques a un lado. Pensó que había cometido un grave error; que estaba colocándose en una situación ridícula. No obstante, tenía el convencimiento de que la pista estaba allí.

La Sombra había enroscado las puntas de las hojas del Diario. También la matriz, con la anotación "Med". Ambas pistas provenían de La Sombra.

Cardona estaba seguro de que la una debía ser tan significativa como la otra.

Observó que de los ojos del comisario desaparecía la expresión de interés.

Ansioso por recobrar su confianza, dijo:

-Respecto de Luis Glenn, he encontrado esta pista. Las pruebas han estado en mis manos todo este tiempo; pero usted y yo las pasamos por alto, sin darnos cuenta. Mire estas cajas de cigarrillos.

Biscayne las cogió y observó las etiquetas: una, con la palabra "Tuxedo"; la otra, marcada, "Navy Cut".

-¿Qué deduce de esto?-inquirió Biscayne.

-Hoy-continuó Cardona-, hablé al ayuda de cámara de Glenn. Averigüé que era muy descuidado y solía dejarse olvidadas las cosas en los bolsillos. Nunca sacaba un articulo de un traje cuando se quitaba éste. No se cuidaba de sus ropas. El cuidar de que estuviesen en un colgador, era trabajo del ayuda de cámara. Hablé con dos hombres que estuvieron con él, en el club Merrimac, antes de la comida. Me dijeron que entró con ellos, cambió de traje en su habitación y fue directamente al comedor. Uno recuerda que, bajando la escalera, se metió la mano en el bolsillo para sacar un pitillo.

“Esto significa que este paquete de cigarrillos-el que está marcado "Tuxedo”-estaba en el bolsillo de la víctima cuando se puso el traje. Glenn fue envenenado con un tóxico potente y de acción rápida. Supongamos que alguien introdujo ese paquete en su traje. Un solo cigarrillo, uno solo, envenenado, y Glenn, tengo entendido, no fumaba más de diez pitillos por noche. El chofer parece recordar que su pasajero encendió uno en el coche. Quizá encendió más de uno. Sea lo que fuere, cogió el que estaba envenenado. Lo fumó; tiró la colilla; y luego el veneno obró.. Estaba muerto antes de llegar a su residencia.

El profesor Biscayne se puso en pie.

-¡Por Júpiter¡-exclamó-. ¡Creo que ha acertado usted, Cardona! Eso es reconstruir la escena. ¡Buscamos el veneno en aquellos cigarrillos y no lo encontramos¡ ¡Una colilla, tirada en una calle de Nueva York! ¿Quién seria capaz de descubrirla? ¡Excelente, Cardona, excelente¡

Luego el profesor refrenó su entusiasmo.

-¡Será imposible encontrarlo, Cardona!

-Profesor-dijo el detective-, nos enfrentamos con un criminal dotado de un cerebro extraordinario, con un súper criminal. He encontrado tres pistas que, a mi juicio, son buenas. Ha aprobado usted dos de ellas. Pero no tienen gran importancia. Le diré a usted dónde encontraré las verdaderas pruebas.

-¿Dónde?

-Donde se inició esta serie de crímenes. En el departamento de Silas Harshaw. Allí está la clave del misterio. Allí está la solución. La encontraremos-Cardona repetía las palabras de La Sombra-la encontraremos, si buscamos. Buscaré la pista en las habitaciones del inventor. Por esto deseaba hablarle a usted hoy. Tenemos que registrar minuciosamente aquellas habitaciones, palmo a palmo.

-Eso creo--asintió Biscayne-. Empiezo a ver su lógica. El sirviente de Harshaw ha desaparecido. Un ladrón de caja de caudales fue muerto en el lugar. Al parecer, el robo fue el motivo. Pero ¿estamos completamente seguros?

-No-replicó Cardona, con énfasis-. Quizá Homero Briggs estaba complicado. Quizá quedó allí alguna prueba comprometedora. Un hombre escapó del lugar pero no pudo llevarse nada consigo. Voy a registrar todos los rincones de ese departamento; y deseo que usted me acompañe.

-Excelente-dijo el profesor-. A propósito, Cardona, ¿cómo marcha la búsqueda de Homero Briggs?

-Hubo una gran batalla de gangsters hace un par de noches-respondió el detective-. Intervinieron varias bandas. Algunos malhechores resultaron muertos. Hay un pájaro en el Depósito judicial que he visto hoy. Se parece a Homero Briggs, según la descripción de los botones del hotel Redan. Están seguros al respecto, lo cual resulta peor para nosotros. Si Briggs está muerto, no puede hablar. En cuanto a ese pájaro de San Luis, Max Parker, el ladrón de cajas de caudales, era desconocido en Nueva York, y, al parecer, no podemos averiguar nada sobre él.

-Volviendo a Harshaw-dijo el profesor-, ¿cuándo se propone empezar ese registro?

-Esta noche-replicó Cardona, prontamente:-Quiero ir allí con la idea de encontrar algo. Examinaré el estudio primero. Sí no encontramos nada, registraremos todo el piso. Tiene que acompañarme, profesor. Usted me ayudó la primera vez. Me gustaría que nos acompañase usted también, doctor Fredericks, Es posible que descubramos algo que nos oriente sobre el viejo inventor. Usted le conocía tan bien como cualquiera.

-Probablemente-respondió Fredericks-, sabía que estaba muy enfermo. Tuve que decírselo, para hacerle comprender que debla cuidarse mucho. Me alegraré de estar presente.

-Ciertamente-añadió Biscayne, con entusiasmo-. Acompáñenos, doctor. Ha excitado usted mi interés, Cardona. Comprendo que hemos estado descuidando la verdadera oportunidad.

-¿A qué hora se propone empezar?-inquirió el comisario Weston, dirigiéndose a Cardona.

-Antes de las diez--contestó el detective-. Estaremos allí todos si depositan otra nota en el tubo de la correspondencia. ¡Recuerde, es esta noche!

-Recuerdo lo que usted me dijo ayer-observó el comisario, malhumorado-. Declaró usted que frustraría otro asesinato, si lo intentasen.

-Las cosas serán diferentes esta noche-afirmó Cardona-. !La muerte no ocurrirá!

-Espero que no-dijo el comisario.

-¿A las diez, entonces?-preguntó Biscayne.

-Procure llegar más temprano-dijo Cardona-. Yo estaré en el hotel a las ocho. Estoy impaciente por empezar. Le esperaré un rato, pero no hay tiempo que perder.

-El profesor y yo llegaremos inmediatamente después de cenar-declaró el comisario.

Biscayne se volvió hacia su primo Wilhelm.

-Siento que no nos acompañes, Arturo-dijo-. Podría interesarte ver el departamento de Harshaw. Tú lo financiaste un poco; aunque el viejo pedía siempre más dinero.

-Tengo que estar en casa -dijo Wilhelm-. Pero telefonéame, si descubren alguna cosa. Esto me parece interesante.

-Esta noche, pues-anunció Cardona, levantándose-. Vamos a volver al principio, donde se inició esta racha de crímenes. Tengo el presentimiento de que toparemos con algo de importancia. ¡Un poco de suerte y... triunfaremos!

-Harshaw tenia sus secretos y se los guardaba-murmuró Biscayne, pensativo-. Recuerdo su extraña referencia a enemigos. Estoy de acuerdo con usted, Cardona, en que su hallazgo feliz despejará las incógnitas. Los enemigos de Harshaw y sus planes-continuó Biscayne, en voz baja,-los guardaba en la cabeza. Me parece oír en este momento sus palabras. ¿Le habló a usted alguna vez de esa manera, Fredericks?

-No a menudo-repuso el doctor-. Nuestras conversaciones solían limitarse a su estado físico. Vendré esta noche, profesor.

-Si-dijo Biscayne-, esta noche es muy importante. Haremos todo lo posible para terminar esta serie de crímenes.

CAPÍTULO XVIII
LA MANO DE LA SOMBRA

Arturo Wilhelm residía en Long Island. Su morada era una mansión pretenciosa no lejos de Flushing. Había una calzada en la parte posterior de la Finca. Esta entrada de vehículos estaba en una calle lateral.

Al anochecer, un hombre subió por la calzada en una camioneta. Llevó un paquete a la puerta de entrada trasera. Un sirviente firmó el recibo de entrega.

El paquete iba dirigido a Arturo Wilhelm.

El criado reconoció el paquete. Ostentaba la etiqueta de una importante compañía de tabacos. Era una remesa de puros para el millonario. Estas cajas llegaban todas las semanas. Esta remesa fue entregada un día antes del habitual.

Wilhelm tenia encargado un pedido fijo y los géneros llegaban por recadero.

No tenía importancia la entrega anticipada del paquete, pero éste, en sí, era importante. Nadie, de toda la servidumbre, podía tocar esos paquetes. El millonario pagaba un elevado precio por sus puros de importación.

Consideraba que era su marca especial. Le gustaba ver los paquetes con su envoltorio. En consecuencia, el sirviente entró en el cuarto particular de Wilhelm y dejó el paquete encima del escritorio, de acuerdo con las instrucciones.

Era sabido que Arturo Wilhelm había despedido a un criado que dejó una caja olvidada dos días en el vestíbulo, en lugar de depositarla en la habitación particular.

Cuando el criado se hubo marchado, un hombre alto y delgado penetró en la pieza, un hombre vestido de negro. Sólo un hombre tenía aquella misteriosa apariencia y porte.

¡Era La Sombra!

Aunque había luz, ningún observador desde el exterior habría podido ver entrar a la figura. La caja cuadrada estaba en el escritorio de caoba de Wilhelm.

La Sombra la levantó y examinó con el mayor cuidado.

Luego unas manos hábiles empezaron a trabajar. El envoltorio del paquete fue quitado delicada y cuidadosamente. Apareció a la vista una caja de puros.

Entre el costado y la parte superior de la caja, La Sombra insertó un trozo fino de acero y sondeó el interior. Interrumpió su trabajo y colocó la caja a un lado mientras se quitaba cuidadosamente sus guantes negros.

Sus dedos sensitivos, blancos a la oscuridad, parecieron sentir y comprender el movimiento del acero plano dentro de la caja cuando el sondeo fue reanudado.

Podría haberse dicho que el acero era una proyección de la mano que lo manejaba, una cosa viviente, con nervios propios.

Pues, mientras La Sombra trabajaba, hacía una pausa e indagaba alternativamente. Fue un trabajo largo y penoso. En las otras habitaciones de la casa, se encendieron las luces. No obstante, La Sombra trabajaba con calma.

El delicado trabajo se realizó al fin. Torciendo lentamente el acero, la mano de La Sombra lo introdujo en una ranura que había descubierto.

Sujetó el acero cuidadosamente, mientras la otra mano, empleando otra herramienta, abrió la tapa de la caja. Al levantarse ésta, sonó un chirrido. La parte superior de la caja se abrió mostrando un trozo de metal semejante a un cerrojo que fue impulsado por un muelle resorte.

Este muelle regulaba un pequeño martillo, que había caído. Pero el martillo no llegó a su destino.

Debajo de él estaba el trozo de acero que La Sombra había insertado. Esto, solo, detuvo el descendente martillo.

Con la mano derecha, firme, La Sombra extendió la izquierda y tocó el pequeño martillo. El trozo de acero fue retirado.

Los dedos que sujetaban, firmes como el mismo acero, dejaron que el martillo descendiese poco a poco. El movimiento fue imperceptible.

El martillo, cuando terminó su descenso, carecía de fuerza.

La mano se apartó, pero permaneció inmóvil por encima de la caja.

Aun en la densa oscuridad, el ópalo de fuego brilló misteriosamente.

Sus rayos rojos obscuros semejaban el reflejo del sol, que se había puesto.

La tapa de la caja descendió. La Sombra volvió a ponerse los guantes. Sus dedos de negro envolvieron la caja de puros en su papel primitivo, de manera tan perfecta que no cambió de aspecto. Quedó sobre la mesa exactamente como estaba antes.

Una sola luz brillaba en la estancia cuando La Sombra se deslizó por la puerta de la habitación particular.

El hombre vestido de negro se detuvo en seco y pegó el cuerpo a la pared,

Junto a un gran hogar, se convirtió en una cosa sin movimiento, en otra de las largas e inciertas sombras que yacían sobre el suelo, las paredes y el techo de aquella obscura habitación.

Arturo Wilhelm telefoneaba. Acababa de llegar de Nueva York. Estaba de espaldas al lugar donde se encontraba La Sombra. Hablaba al profesor Roger Biscayne.

-Perfectamente, Roger-dijo Wilhelm-. Buscaré esos contratos que firmó Harshaw. Es extraño que no pensáramos en ellos cuando estaba en el despacho del comisario... Seguramente, sé dónde están... No es ninguna molestia. Están en mi escritorio. ¿Los necesitarás esta noche? Ah, comprendo. Te llamaré al hotel Redan, a las diez.

Hubo una pausa; luego Wilhelm continuó en respuesta a alguna pregunta:

-Te refieres al juego de ajedrez que me regaló Harshaw, entusiasmado porque le dije que le financiaría... ¿El tablero, con las piezas de ajedrez? No sé lo qué se hizo de... No, no sé nada de ese juego. Tuve que aceptarlo para contentar al viejo. Si, perfectamente. . . Tienes razón... Ahora recuerdo...

“Lo metí en el armario de mi cuarto... ¿Crees que puede ser importante? Lo miraré ahora mismo. Si está allí, lo encontraré en seguida. Muy bien, aguarda un momento.

Wilhelm dejó el teléfono a un lado. Llamó y apareció un sirviente.

-Estate al lado de este teléfono-le ordenó-, hasta que me oigas hablar arriba. Entonces, cuélgalo.

Wilhelm ascendió al segundo piso. El criado aguardó unos minutos y luego colgó el receptor. Evidentemente Wilhelm había encontrado el objeto que buscaba.

El sirviente se había marchado. Tan pronto como la habitación quedó vacía, La Sombra se deslizó hacia una ancha ventana. Levantó el bastidor y salió a la oscuridad. Se convirtió en una forma fantasmal, entre las largas sombras negras que se extendían por el jardín. Había ejecutado su trabajo. Se dirigía rumbo a otra misión.

Arturo Wilhelm cenaba solo aquella noche. Le gustaba cenar solo, en solitaria pompa. Comía despacio y pensativo. Pensaba en la extraña muerte de Harshaw.

Wilhelm había visto al anciano inventor unas cuantas veces solamente. En dos ocasiones, Silas Harshaw había venido a su casa. Roger Biscayne había llevado la mayor parte de las negociaciones pertinentes a los inventos de Harshaw.

Biscayne sabia manejar al excéntrico y anciano inventor.

"Un buen chico, el primo Roger",- pensaba Wilhelm.

Eran pasadas las ocho cuando Arturo Wilhelm se levantó de la silla y entró pausadamente en el salón. Había cenado copiosamente. Se sentó en el oscuro aposento y descansó. De noche, se ponía soñoliento y letárgico.

Luego se acordó de los documentos que Roger Biscayne deseaba.

Fue a la pequeña habitación particular y encendió la luz. Se sentó al escritorio y abrió un cajón inferior. Buscó durante varias minutos y descubrió, al fin, lo que buscaba: una carpeta que contenía los contratos firmados con Silas Harshaw.

Lenta y torpemente, leyó los papeles. No veía cómo podían ser útiles, pues no especificaban nada, en lo concerniente a un invento concreto. Se referían a todos los trabajos de Silas Harshaw. Eran virtualmente una opción que expiró con la muerte de Harshaw.

Arturo Wilhelm colocó el pequeño juego de ajedrez encima del escritorio, con los documentos. El paquete con la remesa de puros estaba a la vista.

Los ojos de Wilhelm brillaron de júbilo. Habían llegado nuevos puros. Uno seria magnífico ahora. Levantó el paquete y lo desenvolvió. Tenia la caja de puros destapada entre las manos, admirándola con el ojo de un fumador inteligente.

Poniendo la caja encima de la mesa, Wilhelm, como es su costumbre, extrajo un cortaplumas de un bolsillo de su chaleco. Abriendo la hoja, levantó cuidadosamente la tapa de la caja de puros.

Ambas manos levantaron la tapa. El millonario contemplaba la caja, con una sonrisa en el rostro. La sonrisa desapareció. Una expresión de espanto la substituyó.

En lugar de los cigarros que esperaba, la caja contenía un objeto metálico de forma redonda.

Su finalidad fue comprendida por Arturo Wilhelm. ¡El objeto era una bomba! El aparato que se veía en la parte superior era un detonador. La caja fue enviada para asesinarle.

De alguna manera, por algún motivo-casi milagrosamente-el martillo no había caído.

Al levantar la tapa se hubiera producido la explosión. ¡No explotó porque el resorte no había funcionado¡

Se había planeado una muerte para esta noche. Arturo Wilhelm debería haber sido la víctima. En esta ocasión, la muerte no pudo fulminar su rayo.

¡La mano de La Sombra había intervenido!

CAPÍTULO XIX

LA PALABRA DE LA SOMBRA

Las nueve y media de la noche en el departamento de Silas Harshaw.

José Cardona paseaba de un extremo a otro del estudio, dando chupadas nerviosas a un pitillo. Weston y Biscayne no habían llegado. El doctor Fredericks leía un periódico en la pieza exterior. Cardona estaba ansioso e impaciente por iniciar las operaciones, pero pensó que sería preferible esperar la llegada de los otros.

El detective Mathew entró. Cardona sabia lo que el sargento deseaba. El pensamiento preocupaba al famoso detective.

Mathew llegaba para informar que los agentes estaban en sus puestos en el hotel, vigilando el tubo de la correspondencia. ¡Debían despachar otra carta esta noche¡

La misiva traería un anuncio de muerte. La llegada seria una prueba ruda para José Cardona. El famoso detective había declarado que los crímenes habían terminado. No había aportado pruebas en apoyo de su rotunda afirmación.

La prueba era tal que Cardona no se atrevía a revelarla. Su prueba era... ¡la palabra de La Sombra¡

¿Por qué confiaba Cardona en aquella extraña y misteriosa voz que le hablaba por teléfono desde un lugar desconocido, de ninguna parte?

La única respuesta del detective era que había oído aquella voz en el pasado; y que sus palabras siempre resultaron verdad.

Bajo al vestíbulo de la entrada del hotel-dijo Mathew-. No se nos va a pasar nada esta noche. Ese tubo de la correspondencia tiene un cristal delante. Cada vez que caiga una carta, avisarán. Antes, yo tenía a los muchachos vigilando a la gente. Esta noche vigilan las cartas, también. Hay un cartero, dispuesto a abrir el buzón.

-Bien-dijo Cardona-. Bajaré con usted. Quiero ver al comisario cuando llame.

El doctor Fredericks se juntó a los dos detectives cuando se dirigían al ascensor. Los tres descendieron a la planta baja.

Unos minutos más tarde, el comisario Weston y el profesor Biscayne, entraron en el hotel.

Los dos hombres se reunieron con Cardona. El detective explicó por qué estaba esperando. Se acercaban las diez, la hora de recogida de la correspondencia.

Cardona vigilaba el buzón mientras hablaba con Roger Biscayne. El profesor manifestó que esperaba ciertos documentos que podrían arrojar luz sobre la muerte de Silas Harshaw. No obstante, coincidió con Cardona en que el registro del departamento era lo más importante.

-Subamos-sugirió el detective, con un gesto de impaciencia.

Se volvió hacia el ascensor. En aquel momento, el dependiente de la oficina anunció una llamada telefónica para el profesor Biscayne.

-¿Quién es?-inquirió Biscayne.

-El nombre me sonaba algo así como Arturo-respondió el dependiente.

El profesor descolgó el receptor. Su voz, habitualmente calma, sonó excitada.

-¡Arturo!-exclamó-. ¡Cómo! ¡En tu escritorio! No puede...

Su voz se interrumpió. Su rostro se tornó pálido. Se volvió hacia Cardona e hizo un gesto señalando al teléfono.

Antes de que pudiese hablar al detective, el profesor se puso a escuchar atento y reanudó ansiosamente la conversación.

-Perfectamente... La policía del distrito... Sí, sí... Ven aquí... Haz que te traigan... Todo... Los envoltorios y todo... ¿Qué dices? ¿Una caja de puros? No tardes... ¡Ven al instante!

El receptor cayó de las manos de Biscayne

El sobresaltado profesor asió a Cardona por los hombros.

-¡Una bomba!-gritó-. ¡Una bomba en el escritorio de Arturo Wilhelm! ¡Dispuesta para matarle! Envuelta en una caja de puros. Abrió la tapa... el detonador debió fallar. ¡Wilhelm! ¡No puedo creerlo... Iba a morir esta noche!

Cardona estaba desconcertado. Trataba de aclarar el enigma. Parecía increíble que Arturo Wilhelm fuese el quinto hombre... Wilhelm, con quien habían conversado en el despacho del comisario. Sin embargo, en medio de su perplejidad le asaltó un recuerdo.

¡La palabra de La Sombra! ¡La muerte no ocurriría esta noche!

Se oyó una llamada procedente de la escalera. Fue contestada por otro grito. Mathew descendió del entresuelo, corriendo. Señaló excitado hacia el buzón.

-¡Una carta!-exclamó-. La vieron descender, pero nadie la vio depositar en el tubo. Avisaron desde todos los pisos, a partir del noveno. Deben haberla tirado en el décimo. He ordenado que suban a investigar. El cartero abrirá el buzón.

Cardona hacía un esfuerzo para recobrar la serenidad. Oyó a Biscayne hablar excitado a Weston y a Fredericks.

Les contaba el atentado preparado contra la vida de Arturo Wilhelm.

Entretanto, los tres hombres no habían pensado en la carta.

Pero Cardona pensaba en ella. Acompañado de Mathew, se aproximaba al buzón. El cartero extrajo una carta. Iba dirigida al mismo destino que las anteriores misivas. Las señas estaban escritas a máquina, en letras mayúsculas.

Cardona cogió el sobre. Lo abrió y extrajo el papel. Desdobló la hoja con manos trémulas. Contenía un aviso escrito a máquina, pero los ojos del detective no se fijaban en las palabras escritas a máquina. En el centro de la hoja, en caracteres de tinta azul, había estas palabras:

"Anulado. Por La Sombra"

-¡Hay algo escrito! -exclamó Mathew, escudriñando la carta por encima del codo de Cardona-. ¿Qué dice?

Vivamente, Cardona apartó a un lado al sargento. Se aproximó, corriendo, al comisario Weston y le metió el papel en las manos.

-¡Mire esto!-exclamó el detective-. ¡Mire lo que dice¡

Weston estaba leyendo, y Biscayne y Fredericks se acercaban. Leyó en voz alta: "En memoria de...

-¡No me refiero a lo escrito a máquina!-exclamó Cardona-. Me refiero a lo escrito a mano.

-¿Lo escrito a mano?-replicó Weston, llenó de perplejidad.

-Encima del mensaje-Cardona cogió el papel-, en el centro mismo...

Las palabras se le helaron en los labios al detective. Su voz se convirtió en un tartamudeo inarticulado.

¡No había nada en el papel, excepto lo escrito a máquina! ¡Las palabras escritas a mano se habían desvanecido!

Una tinta que desaparecía; era la única explicación. Algún agente químico que se desvanecía en cuanto entraba en contacto con el aire.

Mas, para José Cardona, parecía milagroso. Era como si La Sombra le hubiese hablado, a él solo; luego una mano invisible borró las palabras, para que pudiese verlo.

El rostro de Cardona tenia un aire de preocupación. Creyó que debería explicar sus palabras, lo cual le pondría en ridículo, particularmente ante los ojos del comisario Weston.

Mas, ¿cómo podía explicarlo? Decir que había visto el nombre de La Sombra escrito allí, sería incurrir en el enojo del comisario. Seria demostrar, sin ningún género de duda, que su cerebro flaqueaba.

Mathew, sólo, había visto la escritura a mano, pero no la había leído.

Por fortuna, Biscayne, sin saberlo, le sacó del aprieto.

El profesor señalaba las líneas escritas a máquina. Su dedo se posó sobre las inevitables iniciales.

El mensaje decía:

EN MEMORIA DE A. W. QUE MURIÓ ANOCHE EL QUINTO Y ÚLTIMO.

-A. W. - murmuró Biscayne-, significa Arturo Wilhelm. Estaba destinado a ser la última víctima. Fue salvado-salvado de una muerte horrible-por pura suerte, solamente.

El comisario Weston asintió con la cabeza. El reino del terror había terminado. Este sería el último crimen. Diferente a los otros, había fracasado.

José Cardona no despegó los labios. Su afirmación del día anterior quedaba vindicada. La mano de la muerte no llegó a fulminar su rayo por la noche.

Suerte o no suerte, acertó. Pero conocía que no fue la suerte lo que salvó a Arturo Wilhelm. Alguien frustró el plan del ejecutor de estos asesinatos.

Este alguien era La Sombra: el desconocido y misterioso personaje de la noche que cumplió su palabra.

Entornando los ojos, absorto en sus pensamientos, Cardona vislumbró un espacio en blanco. En ese espacio estaban inscritas las palabras desaparecidas, que se desvanecieron para siempre. Palabras que Cardona no olvidaría jamás.

"Anulado. Por La Sombra"

¡La Sombra había demostrado ser más poderoso que la mano de la muerte invisible¡

CAPÍTULO XX
EL DISPARO DELATOR

La situación había cambiado. En el breve espacio de unos minutos intensos y emocionantes, José Cardona y sus compañeros llegaron a tierra firme.

La noticia recibida de la casa de Arturo Wilhelm decía que la muerte había fracasado. La nota interceptada anunciaba que el asesinato frustrado sería el último. La carta fue tirada en el tubo en el décimo piso del hotel.

Cardona conocía que La Sombra tenía razón. La pista conducía de nuevo al departamento de Harshaw. Pero apuntaba de más de una manera.

Wilhelm describió el paquete mortífero y su entrega. Cuando el millonario llegó, pálido y excitado, al hotel Redan, la policía había averiguado la procedencia del paquete.

¡La bomba estuvo en las oficinas de los recaderos cerca de dos semanas¡

Fue recogida, con una nota en la que se daban instrucciones de no entregar el paquete hasta hoy. La bomba, una vez descargada, fue llevada al hotel Redan. La nota estaba allí también; era una hoja de papel escrita a máquina con letras mayúsculas.

¡Según las investigaciones realizadas, el paquete procedía de este mismo hotel!

El dependiente recordaba que Homero Briggs bajó un paquete del departamento de Silas Harshaw, y lo dejó en el mostrador. El anciano inventor mencionó el paquete después. A menos que se hubiese efectuado una substitución, el origen de la misteriosa bomba era el mismo Silas Harshaw.

En el departamento del anciano inventor, el detective Cardona resumía el caso. Estaban con él, el comisario Weston, el profesor Biscayne, el doctor Fredericks y Arturo Wilhelm. El sargento Mathew montaba guardia en la parte exterior del departamento.

-Me parece demasiado taimado-gruñó Cardona-. Briggs estaba complicado en esto; pero es tan necio que me parece demasiado zorruno. Todas las muertes anteriores fueron ejecutadas de una manera ingeniosa, fueron invisibles. Este atentado... se descubre fácilmente el origen.

-No olvide-declaró Biscayne-, que si la bomba hubiese explotado, no se habría descubierto tan fácilmente su origen. De haber ocurrido una explosión misteriosa en la residencia de Arturo, la prueba principal-la bomba misma-habría quedado destruida, habría desaparecido.

-La pista habría conducido a este lugar, de una manera u otra-persistió Cardona-. Lo primero que se habría averiguado, habría sido la procedencia de los paquetes. Esa bomba estaba lo suficientemente cargada para volar no sólo una habitación, sino la casa entera.

Hubo una pausa prolongada. Roger Biscayne estaba pensativo. Sus ojos empezaron a brillar. Su mano se movía. Disponiéndose a hablar. Pero Cardona se le anticipó.

-Tenemos que investigar aquí-dijo el famoso detective-. Este lugar es la clave. Esa carta que fue despachada aquí esta noche.

-¡Espere! - interrumpió Biscayne-. ¡Aclara mis dudas! ¡La muerte final esta noche! ¿Por qué el asesino habría de preocuparse de disimularlo? Su obra terminó, según propia confesión. ¡La quinta muerte y la última!

-Esto no nos impide capturarlo-repuso Cardona-. Un criminal inteligente no dejaría ninguna pista.

-Estas muertes fueron planeadas con anticipación-declaró Biscayne-. Esta fue ideada hace dos semanas. Las otras, por lo que podemos comprobar, fueron dispuestas con anterioridad. El asesino ha tenido tiempo de huir lejos.

-No bastante lejos-replicó Cardona, ceñudo:- Vamos a echarle el guante a ese pájaro, esté donde esté. No se escapará de nosotros. ¡No, a menos que esté muerto!

La casual observación despertó un nuevo pensamiento en la mente de Biscayne.

-¡Muerto! –repitió-. ¡Muerto! ¡Supongamos que el asesino esté muerto! ¡Cardona, usted ha acertado!

-¿Con la solución?

-¡Sí!-Biscayne hablaba con énfasis ahora-. Piense en esos crímenes como una cadena continua. Planeados cuidadosamente, ejecutados hábilmente... pero inconsistentes en un punto importante.

-Las notas-observó el detective.

-Exacto-continuó Biscayne-. Esos anuncios de muerte, aunque misteriosos, carecían de consistencia. Podían delatar al remitente, a menos que no temiese tal cosa...

-¡Le comprendo!-exclamó Cardona-. Si Homero Briggs pensó que lo matarían.

-Pero no estoy pensando en Homero Briggs-interrumpió Biscayne:- Pienso en Silas Harshaw.

Todas las miradas se clavaron en el profesor Biscayne. Su sorprendente anuncio era la idea más extraordinaria introducida hasta ahora en el caso.

-Opino ahora-declaró Biscayne, en tono solemne-, que Harshaw seguramente conocía que iba a morir. Él fue el primero en caer. Si alguno de los cinco hombres marcados hubiesen conocido la verdad, Harshaw ciertamente habría sido ése.

-Harshaw estaba próximo a la muerte -declaró el doctor Fredericks-. Así se lo dije, cuando me consultó. Manifestó que no le importaba. Había vivido mucho. Habló de sus inventos y declaró que su gran obra había terminado. Recuerdo las palabras; pero el anciano siempre hablaba en términos vagos...

-¡Próximo a la muerte!-observó Biscayne:- Siempre aterra a un hombre activo, por viejo que sea. Estoy sondeando los pensamientos de Harshaw. Quizá eligió una muerte más rápida y segura. Puede haber estado próximo a la muerte aquella noche, en este departamento. Se enfrentó con ella... sabiendo que su obra estaba terminada...

-Se enfrentó con la ventana-interpeló Cardona, en tono natural-. Se puso frente a un tiro surgido de ese enrejado.

-¿Está seguro? -interrogó Biscayne-. Vamos, veamos ese lugar. Reconstruyamos la muerte de Harshaw.

El profesor abrió la marcha hacia el estudio, él y Cardona permanecieron junto a la ventana. El detective, volviendo a su hipótesis de una muerte desde el exterior, se agazapó delante del antepecho de la ventana.

Alargó el brazo y asió el calorífero. Luego se enderezó. Biscayne ocupó el lugar de Cardona cuando éste se apartó. Pero cuando el profesor repitió la acción del detective, se detuvo de repente y palpó el calorífero.

-Este calorífero está frío-observó-. Es extraño. El de la otra habitación sisea.

Giró la llave del calorífero y aguardó unos momentos. No se percibió el sonido del vapor.

Cardona se agachó y observó la tubería.

-No está conectado-dijo:- Debe haber estado descompuesto desde hace mucho tiempo. Ahí lo tiene-señaló al otro extremo de la pieza-allí está el calentador a gas que Harshaw usaba. Por eso tenía un calorífero inservible en este cuarto.

-Harshaw tenía el cuarto caliente siempre-dijo Biscayne-. ¿Por qué razón habría de tener un calorífero inútil aquí? Seguramente que el hotel se lo habría reparado. No le desagradaba la calefacción a vapor. La usaba en las otras habitaciones...

Biscayne se interrumpió para observar a Cardona. El detective daba golpecitos al calorífero, examinándolo con su habitual minuciosidad. Había llegado al centro. Allí, entre dos secciones, realizaba una detenida investigación.

-Parece una grieta-murmuró-. Pero es demasiado recta para ser una grieta. Mire esta línea fina, profesor. ¿Significa alguna cosa?

Biscayne vio lo que Cardona indicaba. El detective proyectaba su potente linterna sobre el centro del calorífero.

El resplandor puso al descubierto una señal delgada, no mayor que una línea trazada a lápiz.

-Aquí hay algo misterioso-gruñó Cardona, intentando mover las secciones del calorífero-. Es una separación, pero hay algo que lo sujeta. Déjenme pensar.

Biscayne miró la manivela del calorífero. Lo giró en una dirección, luego en otra. Tiró hacia arriba, pero la llave no se movió. Luego torció y tiró hacia arriba al mismo tiempo. La llave chirrió ligeramente, y ascendió unos ocho centímetros.

-¡El calorífero se abre¡-exclamó Cardona-. ¡Se está separando!'

Las dos secciones del calorífero se estaban abriendo hacia el detective, como la parte delantera de un armario. Pero antes de que Cardona hubiese separado unos centímetros más las secciones, Biscayne dio un salto y lo apartó.

Cardona, agachado, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Las secciones del calorífero volvieron a cerrarse.

El detective dirigió al profesor una mirada furiosa.

Biscayne, extendió una mano para ayudar a Cardona a incorporarse.

Los otros, atónitos, esperaban la explicación de la acción.

-Lo siento-dijo el profesor-. Se me ocurrió que corría usted un grave peligro. Harshaw se encontraba junto a este calorífero; y quizá estaba abriéndolo de la forma que usted lo hacía. Y Harshaw fue muerto...

Cardona comprendió.

-Gracias-exclamó;- Harshaw no fue el único, profesor. Aquel otro sujeto-el ladrón de cajas de caudales - Max Parker fue...

Asintiendo con un movimiento de cabeza, Biscayne instaba a los otros a alejarse del radiador. Señaló a Cardona y apuntó hacia un lado del calorífero.

-Tome usted esa mitad-sugirió-. Yo tomaré la otra. Tire... ¡,y apártese de la parte de delante¡

Cardona meneó la cabeza en señal afirmativa. Juntos, él y el profesor, tiraron hacia arriba, uno de cada lado. Poco a poco separaron las secciones.

El rostro de Cardona estaba tenso. En la frente de Biscayne había un aire de expectación. Lentamente; el calorífero se separó en dos partes, sobre bisagras en ambos extremos.

Simultáneamente, Cardona, escrutando la pared, divisó una puertecilla secreta subiendo. Este dispositivo corredizo había estado oculto detrás del calorífero.

-Cuidado-instó Biscayne-. No deje que esas secciones vuelvan a unirse.

La puertecilla o tabla llegó a la parte superior de la abertura, cuando las porciones del calorífero formaron un ángulo medio abierto. La corredera emitió un chasquido.

Sonó la fuerte detonación de una pistola. Una columna de humo surgió de detrás de la levantada puertecilla o tabla.

El estampido fue sobresaltante. Cardona asió su mitad del calorífero.

Biscayne hizo lo mismo.

Los otros hombres miraron estupefactos. Pero cuando el humo se despejó un poco, todos volvieron instintivamente la mirada hacia el otro extremo del cuarto. Pues sus oídos habían percibido un sonido en respuesta: un fuerte crujido que siguió a la detonación de la pistola. Sonó simultánea con el disparo, más agudo aún que la explosión de detrás del calorífero.

¡El busto de arcilla de Silas Harshaw había sido hecho añicos por la bala del arma invisible. Sus trozos estaban encima de la banqueta y del suelo.

Entre los trozos de arcilla endurecida había dos rollos de papel.

Biscayne llamó a Wilhelm para que sujetase un lado del calorífero.

Cruzando de un salto el cuarto, el profesor cogió los rollos de papel.

Rápidamente desenrolló uno y lo depositó en las manos del comisario Weston

-Parecen planos-comentó el comisario-. Diagramas, trazados sobre papel fino...

Biscayne desenrolló el otro. Sus ojos escrutaron ávidamente. Lo enseñó a Weston. El papel contenía unas manifestaciones encabezadas por una lista de nombres.

-Los enemigos de Harshaw-declaró Biscayne, lacónico-. Los planos... los enemigos que tenia... los tenía en su cabeza. Eso fue lo que dijo.

Dramáticamente, Biscayne señaló hacia los trozos rotos de arcilla que componían la cabeza modelada de Silas Harshaw. El profesor repitió sus anteriores palabras:

-¡En su cabeza, en la cabeza de Silas Harshaw¡

CAPÍTULO XXI
LA TRAMPA INVISIBLE

El profesor Roger Biscayne leía la lista de nombres de la hoja de papel que había descubierto.

-Todos escuchaban los nombres-leyó Biscayne:-Luis Glenn, Tomás Sutton, Jaime Thorckmorton, Arturo Wilhelm. Escuchen este escrito, que está debajo:

"Yo, Silas Harshaw, sano de juicio, declaro y publico estos hombres como mis enemigos.

"Luis Glenn me instó a invertir mis pequeños ahorros en acciones sin valor.

"Tomás Sutton se negó a escucharme cuando le hablé de mi gran invento.

"Jaime Thorckmorton me interrogó receloso y me exigió que le revelase mis planes.

"Arturo Wilhelm me proporcionó fondos pero a regañadientes, refunfuñando, esperando grandes beneficios de poco dinero.

"Creo que cualquiera de estos hombres me hurtaría el cerebro si pudiese.

"Por consiguiente si alguno de ellos cayese en la trampa que les he tendido, su muerte será culpa de él.

“Que tengan cuidado¡ !Vivo o muerto, puedo frustrar sus planes de robo!"

-!Ese hombre estaba loco¡-exclamó Wilhelm-. Le habría facilitado todo el dinero que le hubiese hecho falta, sí hubiese demostrado algunos resultados positivos. Pero yo no iba a tirar mi dinero. ¡Intentó asesinarme!

José Cardona llamaba desde el lado del calorífero.

Biscayne dejó el papel en manos del comisario y acudió presuroso al otro extremo del cuarto. Los otros le siguieron.

Mirando en el espacio abierto, vieron el cañón de un revólver. El arma había sido montada en la parte posterior del espacio, entre unas abrazaderas. Estaba conectada a la puerta corrediza por un dispositivo dispuesto para oprimir el gatillo cada vez que la corredera ascendía. Cardona desmontó el arma y la sacó. AL apartarse, aflojó la presión en ambos lados del calorífero y las secciones tornaron a su posición primitiva. Un agudo chirrido indicó que las dos porciones se habían unido automáticamente.

-Cinco cámaras-observó Cardona-. ¿De dónde sacaría el viejo esta pistola? Calibre 32. Hum. Cuatro cartuchos usados. Uno para Harshaw. Uno para Max Parker. Uno ahora. ¿Cuándo se dispararía el otro?

-Eso carece de importancia-dijo Biscayne-. Volvamos a mirar el compartimiento.

Tiró de la manivela del calorífero.

Esta vez Cardona abrió con impunidad las secciones metálicas, pues el peligro se había quitado. Descubrió un montón de cartas y algunos papeles.

También otro objeto, que el detective cogió con una aguda exclamación. Era una caja de pitillos, que llevaba el nombre de "Istambul"

-¡La marca que Glenn fumaba!-proclamó Cardona.

Biscayne miraba los sobres. Había tres solamente.

Uno estaba dirigido a Luis Glenn; El segundo a Jaime Thorckmorton; el tercero a Arturo Wilhelm. La escritura era una serie de rasgos caprichosos e irregulares; unos garabatos que Cardona reconoció que eran idénticos a los del sobre encontrado en el cesto de papeles de Tomás Sutton.

Aquel sobre contenía las instrucciones para buscar el bastón de puño de oro en el fatal cuartito debajo de la escalera.

Los sobres no estaban sellados. Biscayne leyó la carta dirigida a Luis Glenn.

Estaba llena de observaciones vagas. Biscayne la leyó en parte:

"No nos hemos visto desde hace años... Usted me ha olvidado... Me hizo perder mi dinero, ¡pero ahora seré rico! Mi cerebro traerá millones..."

Dejando la carta a un lado, Biscayne cogió la dirigida a Jaime Thorckmorton. Leyó lo siguiente:

"Usted quería saber algo de mis inventos... Están terminados ahora... Aquel me producirá millones... Entonces sabrá de qué se trata..."

La carta a Wilhelm estaba redactada en otro tono. Decía:

"¡Mi obra ha terminado... Mi modelo está acabado, y en lugar seguro... En mi casa..."

-Aquí hay otra carta - indicó Cardona, examinando los papeles encontrados-. Dirigida a Tomás Sutton pero no tiene sobre. Escuchen. Dice que Sutton no tenia fe; Que oirá grandes cosas del hombre a quien no hizo caso.

Biscayne meneó afirmativamente la cabeza al recibir la carta y citó en voz alta:

"Mis visitas a usted han sido en vano. Usted me falló. Todos han estado en contra de mí... He vencido... Perdió usted una gran ocasión..."

Cardona reflexionaba y de pronto dijo:

-Estas cartas iban a ser remitidas. Harshaw debió cambiar de idea. Mandó a Tomás Sutton una carta escrita a máquina, pero utilizó el sobre que había preparado para ésta. Todas esas notas anunciando una muerte deben haber venido de Harshaw, hasta ésta respecto de él mismo. Pero ¿quién las remitió?

-Harshaw las mandó-afirmó Biscayne, de repente-. Las remitió desde este departamento. Debió tener el propósito de enviar esas cartas, también; probablemente durante su ausencia. ¿Cuándo le aconsejó que hiciese un viaje, doctor Fredericks?

-Con frecuencia-respondió el médico-. No quería irse nunca. Manifestaba tener miedo de marcharse. Cuando le insté, respondió que tomaría sus disposiciones para partir. Cuando finalmente le dije que debía marcharse en seguida, convino en salir inmediatamente.

-¡Eso es!-exclamó Biscayne-. Tenía estas cartas preparadas. Quería que llegasen a su destino durante su ausencia, para que sus enemigos creyesen que estaba en casa. Luego, viéndose la muerte cercana, urdió otra maquinación, más solapada y criminal que la de las amenazas necias. Tramó los asesinatos... ¡y mandó las notas!

-Pero ¿cómo?-fue la pregunta de Cardona.

-Una salió de este departamento esta noche-dijo Biscayne, pensativo-. No había nadie aquí para despacharla. Mire ese lado de la pared. El tubo de la correspondencia debe estar en el otro lado...

Cardona golpeaba ligeramente la pared. Los otros le imitaron. Aunque aquellos hombres eran sagaces, el secreto les burló.

-¡Romperemos el tubo de la correspondencia!-exclamó Cardona, ceñudo-. Esperen que venga Mathew. Lo averiguaremos en el otro lado...

-¡Aquí¡-Biscayne profirió el grito. Examinaba el zócalo de la pared-. ¡Este puede ser¡

Cardona se acercó al profesor. Juntos escudriñaron y al cabo de un rato una porción del suelo cedió. El zócalo se abrió.

El pequeño escondrijo quedó descubierto. El aparato de relojería tictaqueaba aún, pero no se proyectaba ninguna carta de las abrazaderas.

Cardona levantó la tapa de la caja mecánica. El interior contenía un juego de más de una docena de secciones, algo mayores que un sobre.

-Una cada cuarenta y ocho horas-dijo el detective a Biscayne-. De esta.

-No-objetó Biscayne-. Debe haber sido regulado para cada veinticuatro horas. Por eso la carta de Sutton llegó entre las notas de la muerte. Dejando espacios libres, las expediciones de las notas, podían interrumpirse los días que no eran necesarias.

-Exacto-asintió Cardona.

Biscayne empezó a pasear de un lado a otro del cuarto. Reflexionaba.

-Si yo hubiese conocido bien a Harshaw-dijo-, tal vez habría adivinado algo de esto. Tres hombres han muerto víctimas de sus infernales maquinaciones.

Podemos dar gracias de que el cuarto se salvó: mi primo Arturo. Silas Harshaw era, sin duda, excéntrico. Se imaginaba enemistades y veía conspiraciones donde no había ninguna. Quería proteger ese escondrijo detrás del calorífero; eso es evidente. En consecuencia, no sólo hizo que fuese difícil encontrarlo: sino que colocó el aparato ahí, para frustrar a cualquiera que viniese.

-Y Max Parker?-inquirió Cardona.

-Una traición o una casualidad-repuso Biscayne-. Max Parker y Homero pueden haber estado confederados. Parece evidente que Parker cayó accidentalmente en la trampa tendida para otros.

-Si era un enemigo-comentó Cardona-, Harshaw lo habría mencionado. ¿Cómo se imagina que Harshaw cometió los crímenes? Debió suicidarse.

-Indudablemente - asintió Biscayne-. Sabiendo que le quedaba poco tiempo de vida, utilizó su propia trampa para suicidarse. Pero debió querer que los otros muriesen también. Tomás Glenn, por ejemplo. Harshaw era químico. Esos cigarrillos que...

-Yo tenía razón-interrumpió el detective-. Harshaw debió adquirir un par de paquetes; encontramos uno en la caja de caudales. Luego debió meterlo en el paquete de "Tuxedo" de Glenn. Un pitillo envenenado en el paquete. Eso es lo que hizo. Acerté. Pero ¿cómo lo puso Harshaw, en el paquete de "Tuxedo"?

-Tal vez no lo averigüemos nunca-replicó Biscayne-. Tenemos el motivo. Tenemos las pruebas. Es suficiente por ahora. Examinemos el caso de Tomás Sutton. Harshaw fue a su casa, según la carta. Debió oír a Sutton hablar del bastón de puño de oro. Debió observar la puerta de aquel cuartito. Silas Harshaw era un hombre muy sagaz.

-Hemos establecido su culpabilidad en ese caso-asintió Cardona-. También la hemos precisado respecto de Thorckmorton.

-¿Cree usted que él averió el tubo del gas?

-Con toda probabilidad-respondió Biscayne-. Desde luego, se sorprendió a un hombre en la casa de Thorckmorton. Hay detalles que desconciertan aún. El atentado contra la vida de mi primo esta noche, decide el caso contra Harshaw. Aquella bomba fue fabricada de una manera tosca. Quizá fue fabricada en el taller de Harshaw, aquí mismo.

-Lo miraremos -exclamó Cardona.

-Todavía no-objetó Biscayne-. Tenemos otro trabajo primero. Quizá encontremos alguna otra cosa.

-¿El modelo de la caja de caudales?

-Si.

Cardona giró la vista en torno del cuarto. Miró el cerrado calorífero y se volvió rápidamente hacia el profesor.

-¡Ese disparador detrás del calorífero!-exclamó-. No fue colocado para impedir que se encontrasen unos cuantos papeles y sobres. Apuesto a que el modelo está ahí.

El detective tiró vivamente de la llave del calorífero y abrió las secciones.

Volvió a comprender la eficiencia de esta trampa. Un hombre herido por una bala se desplomaría hacia atrás; al caer, saltaría la llave y el calorífero se cerraría.

Así sucedió a Silas Harshaw. Igualmente a Max Parker, pero no podía ocurrir ahora porque se había sacado el revólver.

Escudriñando a la luz de su linterna, Cardona observó el fondo plano del agujero en la pared. Introdujo los dedos y recibió una recompensa. El fondo de la caja de caudales se abrió hacia arriba. El resplandor de la lámpara de bolsillo reveló una caja de madera, cuadrada.

Bajando la luz, el detective sacó la caja y la depositó en medio del suelo.

Luego levantó la tapa. Dentro había un dispositivo metálico. Parecía extrañamente ligero cuando Cardona lo sacó de la caja.

Tenía esferas y tiradores, con pequeños postes para la instalación de alambres.

¡Era el modelo del aparato de regulación a distancia, el invento que constituyó la obra de toda la vida de Silas Harshaw!

CAPÍTULO XXII
LA SOMBRA INTERVIENE

El profesor Roger Biscayne asumió la dirección inmediatamente. El descubrimiento del aparato de regulación a distancia era de mayor importancia en estos momentos.

Los detalles de los crímenes podían discutirse y establecerse después.

Pues muerto Silas Harshaw, ya no constituía una amenaza. Su obra estaba terminada; sus diabólicas maquinaciones habían sido descubiertas y eran inofensivas.

El pequeño modelo, con su complicado mecanismo, era un asunto que llenaba de perplejidad.

Biscayne tenía el papel que explicaba el plan, pero al comparar los diagramas con la caja metálica, observó ciertas discrepancias. No obstante, su conocimiento de los métodos mecánicos del anciano inventor podrían servirle. Roger Biscayne era la única persona que podía resolver las complicaciones del mecanismo del aparato.

Después de varios minutos de estudio del mecanismo y los planos, oprimió varios tiradores infructuosamente. El aparato estaba enganchado; pero el profesor parecía esperar alguna acción. No funcionó por el momento.

El profesor terminó sus experimentos. Pidió ver los papeles encontrados dentro del escondrijo de la pared.

Cardona se los entregó.

Una hoja llevaba una breve referencia que decía: "Modelo". Debajo había estas palabras:

"Claves de los dispositivos están en el cajón E".

-Cajón E.-murmuró Biscayne, pensativo:- ¿Dónde está eso? ¡Ah! ¡Ya recuerdo! Hay algunos cajones en el taller, clasificados por letras. ¿Quiere hacer el favor de verlo, Cardona?

-Seguramente-respondió el detective.

Dirigíase hacia la puerta cuando Biscayne le llamó.

-Aguarde - le dijo-. Le acompañaré. Puede haber algo de importancia allí. Puede usted seguir investigando después que yo vuelva a continuar mi experimento.

AL llegar a la puerta, Biscayne se volvió, pensativo, y señaló el aparato que estaba en el suelo.

-Esta clavija está evidentemente dispuesta para una conexión eléctrica-observó-. Si la conecta en el enchufe junto a la mesa, ganaremos tiempo.

El comisario Weston levantó el modelo y lo llevó cuidadosamente hacia la pared.

Biscayne salió del cuarto, acompañado de Cardona. La puerta se cerró detrás de ellos.

Weston sacó la clavija del cordón de la lámpara de la mesa del enchufe del zócalo. Fredericks estaba preparado con la clavija que se extendía, en el extremo de un cordón, desde el modelo metálico. Wilhelm era un espectador.

Los hombres no observaron lo que sucedía detrás de ellos.

Apenas hubieron salido Biscayne y Cardona, cuando la puerta del dormitorio de Silas Harshaw se abrió. Por el cuarto se deslizó un hombre vestido de negro.

¡La Sombra!

Mientras Fredericks terminaba de enchufar la clavija en el zócalo, los tres hombres observaban al aparato con interés. Al parecer no ocurrió nada. De pronto se oyó un chasquido en el otro lado de la habitación.

Las luces se extinguieron. Los rayos luminosos de una lámpara de bolsillo revelaron a los tres hombres junto a la pared

Mirando en la brillante iluminación, distinguieron una mano delante, una mano que empuñaba una pistola automática.

La luz cruzó el cuarto. Los sobresaltados hombres estaban paralizados de temor. El resplandor les deslumbraba. La pistola, amenazadora, les obligaba a retroceder.

-Atrás-ordenó una voz baja y siniestra-. Atrás, sin pararse.

Con las manos en alto, los tres hombres retrocedieron hasta la puerta del dormitorio. Ignoraban quién podía ser este misterioso intruso que les amenazaba.

Solamente la mano de La Sombra era visible a la luz.

Los tres hombres fueron obligados a entrar en el dormitorio. La luz se apagó; la puerta fue cerrada por una mano invisible. La llave giró en la cerradura.

Una risa suave repercutió en ecos en el estudio, donde La Sombra estaba solo.

Las luces de la pieza se encendieron. Junto a la puerta, La Sombra observaba la caja metálica que estaba en el suelo junto a la pared.

Deliberadamente, abrió la puerta que daba a la habitación exterior y permaneció allí, esperando. No provenía ningún ruido del dormitorio.

Weston y sus compañeros no se atrevían a dar la alarma.

La Sombra esperaba algo. El objeto, de aspecto inofensivo que había en el suelo, no parecía augurar ningún mal; sin embargo, tenia clavada la vista en él.

De no ser por su llegada y subsiguiente acción, tres hombres estarían observándolo ahora, mientras aguardaban el regreso de Biscayne y Cardona.

La caja chirrió. Su tapa se separó. De su interior surgió una forma verdosa que se extendió en todas las direcciones.

Retorciéndose, una vasta nube de gases mortíferos se extendió por la habitación.

La Sombra lo esperaba. Se deslizó en el cuarto exterior, cerrando la puerta tras sí.

Nadie podría haber sobrevivido a aquellos gases mortíferos. Tres hombres habían sido sentenciados por la última de las insidiosas trampas tendidas por el asesino.

!Fueron salvados gracias a la intervención de La Sombra!

La ventana junto al enrejado estaba abierta. Los gases se enrarecieron; se dirigieron remolineando hacia la abertura. Succionados por el aire fresco del exterior, los gases letales fueron extraídos poco a poco de la habitación.

Quedaba un olor sofocante, pero la amenaza mortal había pasado.

El comisario Weston y sus compañeros golpeaban frenéticamente la puerta del dormitorio. Percibieron el punzante olor que se filtraba del estudio al dormitorio. Adivinaron la causa y abrieron las ventanas de par en par para protegerse. Luego trataron de derribar la barrera que los tenia encerrados.

Nadie hizo caso de sus gritos.

El detective Cardona y el profesor Biscayne se hallaban en la parte más lejana del departamento. Con dos gruesas puertas por medio, no podían oír los gritos. No los oía ni siquiera La Sombra, que se encontraba en el cuarto exterior. También se hallaba lejos.

Estaba de pie junto a la abierta puerta del laboratorio. Escrutando desde la oscuridad, sus ojos penetrantes vigilaban a los hombres que investigaban allí.

Los ojos de La Sombra centelleaban ¡Pues el cerebro que había detrás de ellos conocía lo que buscaban!

CAPÍTULO XXIII
CRIMEN ACLARADO

José Cardona había encontrado el cajón marcado E. Estaba sacando de él unos papeles que al parecer eran los que el profesor Biscayne deseaba. En el momento en que Cardona iba a llamar a Biscayne, observó un sobre entre los papeles que tenía en la mano.

En los ojos del detective se reflejó una expresión de sorpresa al ver la siguiente anotación: ,

"Detective Cardona. - Importante.

¿De dónde procedía aquello? La habitación había sido registrada minuciosamente, sin sacar nada de ella. Hasta ahora los papeles del cajón "E" no parecían tener importancia. Habían sido considerados simplemente como borradores, diagramas inacabados. Pero no vieron este sobre. ¡Debió ser colocado allí después de la muerte de Silas Harshaw¡

Cardona, abrió el sobre. Contenía una hoja de papel doblada. Abriéndola, vio una serie de palabras conteniendo manifestaciones sorprendentes.

Esto es lo que vio Cardona:

Pregunte al profesor Roger Biscayne que diga:

(1) Por qué no ha manifestado nunca que conocía todo cuanto hacía Silas Harshaw.

(2) Por qué no ha dicho que él es miembro del club Merrimac y tenía una llave del cuarto de Luis Glenn.

(3) Por qué escribió la carta que indicó a Tomás Sutton que mirase en el cuartito debajo de la escalera.

(4) Por qué decidió que la asfixia era una muerte segura para Jaime Thorckmorton.

(5) Por qué no ha mencionado que él es el único heredero en el testamento de Arturo Wilhelm.

Debajo había otra serie de notas:

Ruegue al doctor Fredericks que explique:

(1) Por qué pretende haber avisado a Harshaw que tenía una grave enfermedad que no existía.

(2) Por qué no ha dicho nada de que conoce los venenos mortíferos que mataron a Luis Glenn.

(3) Qué hizo con el cheque que recibió de Tomás Sutton, en pago de dos visitas profesionales.

(4) Qué hizo la noche que estuvo invitado en la Sociedad Halcón, en la casa de Jaime Thorckmorton.

(5) Cuánto esperaba recibir de Roger Biscayne en pago de ciertos servicios.

Los ojos de Cardona no perdieron ni una sola palabra. Su mente comprendía ahora los detalles vitales de una trama vil, las maquinaciones de dos hombres que cargaron sus crímenes al primer hombre a quien asesinaron.

Cardona miró a Biscayne, que investigaba en el rincón lejano de la habitación. Volvió a mirar la lista.

Ante sus ojos, la lista iba desapareciendo. ¡Un instante después, el papel quedaba en blanco. ¡Pero aquellas manifestaciones quedaron grabadas en la mente de Cardona!

El detective introdujo una mano en un bolsillo de su americana y asió la culata de su revólver.

En aquel momento Biscayne tiraba del costado de un banco que abría un cajón secreto. Extrajo un objeto pequeño y redondo, que parecía ser una bomba en miniatura.

-¡Miré esto!-exclamó volviéndose hacia Cardona-. Lo descubrí por casualidad. Es una pequeña edición de la bomba mandada a Arturo Wilhelm. A propósito, ¿encontró algunos papeles en el cajón que estaba mirando?

-¡No se mueva! -ordenó Cardona, con frialdad.

El detective conocía ahora que trataba con un asesino. Quería hacerle preguntas en seguida; Confundirle antes de reunirse con su confederado Fredericks, en el otro cuarto.

-¿Qué sucede?-inquirió Biscayne, en tono de sorpresa.

-Hay algunas cosas que deseo conocer-manifestó Cardona, con extraño y pausado énfasis-. Hasta qué punto conocía a Harshaw . . .

-Tan solo como a un conocido...

-¡Cese la ficción! Le tengo, Biscayne. Le he pillado con las manos en la masa. Usted estaba detrás de todo esto. De todo. Voy a hacerle cantar, so rata. Usted mató a Harshaw. Usted mató a Glenn. Usted...

Teniendo aún la bomba en la mano, Biscayne sonrió y se encogió de hombros. Sus ojos chispearon inofensivamente.

Cardona hizo una pausa, observando que el hombre iba a hablar,

-Creo que me ha acorralado, Cardona-declaró-. Pero ¿por qué hablar de ello? Hay bastante para usted en esto. Es una jugada muy grande, Cardona... y ahora está terminada.

Biscayne siguió, con voz calma. Parecía estar seguro de que no tenía nada que temer.

-Silas Harshaw estaba virtualmente loco –continuó-. Su invento era inútil. Yo lo sabia. Pero yo quería obtener dinero de mi primo Arturo Wilhelm.

Cardona, alerta, hizo una jugada inteligente. El detective tenia una asombrosa intuición a veces, y desplegó esa facultad ahora. Mostraba la apariencia de ponerse de parte de Roger Biscayne, si se ofrecían buenas condiciones.

-Mientras yo operaba-prosiguió Biscayne-, la situación tomó un giro favorable para mis planes. Weston fue nombrado comisario de policía y deseaba que yo colaborase en casos especiales. Silas Harshaw, que me confió todos sus secretos, me habló de sus enemigos. He venido a este departamento con mayor frecuencia de lo que he manifestado. Ayudé a Harshaw a instalar el mecanismo de la pistola. Pero no la cargamos nunca; porque después se me ocurrió algo mejor.

Tras una breve pausa, siguió:

-A sugerencias mías, preparó el aparato de relojería para tirar las cartas por el tubo de la correspondencia. Le ayudé a esculpir su busto. Era un niño en mis manos, Cardona.

Harshaw pensaba que tenia cuatro enemigos. Él escribió todos los detalles y preparó las cartas que no se remitieron. Todas eran genuinas. Él creía que Wilhelm era un enemigo, porque se mostraba reacio a invertir grandes sumas. Yo quería la muerte de Wilhelm; quería su dinero. Para matar a uno, necesitaba matar a cinco: a los enemigos de Harshaw y al mismo viejo. Necesitaba colaboración. La encontré en Fredericks.

Hizo otra pausa y prosiguió:.

-Yo estaba aquí solo, el día antes de que Harshaw debía salir de viaje, siguiendo el falso consejo de Fredericks. Lo preparé todo. Cargué el aparato de relojería con cartas anunciando las muertes. Puse balas en la pistola que había detrás del calorífero, el arma que Harshaw decidió no usar. Fue una idea genial, la de ese calorífero. Yo la sugerí y Harshaw la preparó, trabajando para él, según pensó. En realidad, trabajaba para mí. Conocía que Harshaw, al marcharse de viaje, colocaría sus cartas en el tubo. Esto significaba que tenía que abrir el calorífero. Así lo hizo, cuando me marché. Murió.

Biscayne hizo una pausa. Cardona parecía escuchar atento. El profesor continuó, como si hablase en una clase:

-Conocía lo suficiente acerca de Luis Glenn para introducir aquellos pitillos en su bolsillo. Compré dos paquetes de la misma marca hace unos meses. Uno para el bolsillo de Glenn; el otro, para la caja de caudales de Harshaw. Fredericks envenenó los cigarrillos. Glenn murió, Fredericks me fue muy útil en el caso de Tomás Sutton. Conociendo que el anciano cambiaba con frecuencia de médico, se presentó en su casa como si fuese por equivocación. El ardid tuvo éxito. Fredericks oyó a Sutton hablar del bastón de puño de oro. La segunda vez que estuvo en su casa, observó el cuartito, cuando salía solo. Abrió la puerta y al instante observó su peculiaridad. Era una trampa perfecta. Se trazaron los planes para encerrar a Sutton allí. Yo cooperé con la carta especial. Sutton murió.

Los ojos de Biscayne brillaban de maligno júbilo. Por algún motivo desconocido, no le importaba el tiempo; no tenía prisa. Cardona recordaba todo cuanto oía y deseaba conocer más detalles.

-Fredericks y yo trabajamos juntos-continuó Biscayne-. Fredericks se portó magníficamente en el caso de Thorckmorton. Fue a la reunión que la sociedad Halcón celebró en casa de Thorckmorton. Este les enseñó su estudio y la lámpara de gas. Le dijo que no volvería a trabajar allí, hasta que le entregasen las pruebas de su libro. Fredericks fue el último en marcharse e hizo un trabajo perfecto con el tubo de gas. Thorckmorton murió. Ahora llegamos al último, el más sencillo de todos. Dejé la caja conteniendo la bomba en el estudio de Harshaw, con la nota escrita a máquina. Indiqué a Harshaw que se cuidase de que Arturo Wilhelm la recibiese. Así lo hizo. Arturo debería haber muerto. Era el único que debería haber muerto. Fue el único que no murió.

Biscayne hablaba con un tono de seguridad, que intrigó a Cardona.

-La pista condujo hacia este departamento, Cardona-continuó Biscayne-, porque yo quería que apuntase en esta dirección, cuando terminasen las muertes. Tuve algunos contratiempos. Aquel intruso Max Parker fue muerto por la trampa. Cómo y por qué vino, lo ignoro, a menos que Homero Briggs lo documentase. Homero vio una vez a Harshaw trabajando en el calorífero. Pensé que eso me seria útil más adelante. ¡No comprendí que Homero podría estar maquinando algo, también! La gran desgracia fue que Arturo Wilhelm escapó de la muerte. En consecuencia, he rectificado esta noche el error. He hecho funcionar mi arma más eficaz-el modelo de Silas Harshaw. Ese modelo es una ficción, Cardona. Harshaw y yo lo colocamos allí para engañar a sus enemigos. La presencia del modelo hacia innecesario cargar la pistola que había encima de él. Ese modelo ha fulminado a Arturo Wilhelm, cuya muerte era necesaria; a Jorge Fredericks, cuya muerte era deseable.

Miró con fijeza a Cardona y dijo:

-Poseo varios millones, Cardona. Le ofrezco la misma parte que ofrecí a Fredericks. Quinientos mil dólares.

Cardona siguió escuchando, simulando interés.

-Le traje a usted aquí para que no muriese-declaró Biscayne-. Necesitaba un testigo que explicase todo lo concerniente a Silas Harshaw, en el sentido falso que nos habíamos formado de él. Usted era el mejor testigo, pensé, porque creía que usted lo ignoraba todo. Mas al descubrir, ahora, que usted sospechaba, lo mejor era decírselo todo. Trabaje conmigo. Si lo hace, medio millón es suyo. Iremos a la otra habitación. Encontraremos a los tres hombres muertos de los efectos de los gases asfixiantes. Las víctimas-así lo declararemos-de la última maquinación diabólica de Silas Harshaw. Le ofrezco a usted una fortuna. ¿Quiere aceptarla?

Una súbita furia se apoderó de José Cardona. Se contuvo momentáneamente y miró con cautela a Biscayne.

El profesor observó el cambio. Alzó lentamente la mano, la mano que tenía la bomba.

-Una fortuna sí acepta-declaró Biscayne, con firmeza-. ¡Pero si rehúsa, la muerte!

La respuesta de Cardona fue súbita. Su mano empezó a salir de su bolsillo.

Su pistola estaba a punto de salir dispuesta a fulminar a este demonio que merecía la muerte. Pero el detective se retardó.

Roger Biscayne tenia un arma más eficaz: la bomba que tenia en la mano.

La pistola de Cardona entró en acción. El brazo de Biscayne avanzó. La bomba hendía el aire, para destruir el extremo lejano de la habitación donde Cardona estaba acorralado.

Pero aunque Cardona no actuó a tiempo, aunque su fin parecía próximo, otra persona actuó. Cuando el brazo de Biscayne se adelantó, un tiro de pistola escupió desde el umbral.

La Sombra había disparado.

De haber apuntado a Biscayne, no podría haber salvado a Cardona, pues el brazo del asesino ya había arrojado la bomba.

Pero la certeza puntería de La Sombra fue dirigida al proyectil.

Cuando la bomba salió despedida de la mano de Biscayne, la bala de La Sombra la destrozó.

Resonó un terrible estruendo en el taller. Las mesas, bancos y otros objetos fueron derribados. Los frascos y otros artículos de cristal fueron hechos añicos. El lugar estaba destrozado.

José Cardona, tendido en el suelo, quedó medio aturdido por la terrible explosión. Pero en el extremo donde se encontraba, los efectos de la explosión no fueron tan grandes.

La bomba explotó a un metro del sitio donde Biscayne estaba de pie. El enemigo de Cardona quedó enterrado bajo los destrozos. Muerto, quizá; herido, seguramente. Cardona se incorporó tambaleante. Apartó las ruinas.

Encontró una figura inmóvil. Sacó a rastras a Biscayne de la habitación llena de humo.

La puerta se abrió con violencia. Entraron, corriendo, el comisario Weston, seguido de Arturo Wilhelm y del doctor Fredericks.

Cardona levantó la cabeza y vio el rostro de Fredericks, ¡el hombre que Biscayne habla declarado que era su cómplice!

CAPÍTULO XXIV
LA ÚLTIMA MUERTE

Para el doctor Fredericks, la expresión del rostro de Cardona tenia gran significado. Había visto al detective inclinado sobre el cuerpo de Roger Biscayne. ¿Había confesado el moribundo?

El doctor se inclinó sobre el inmóvil cuerpo.

Weston y Wilhelm permanecían apartados, suponiendo que iba a auxiliarlo.

Pero Fredericks tenia otro propósito. Conocía demasiado bien la naturaleza de Roger Biscayne.

-¡Maldito seas!-cuchicheó-. Has intentado traicionarme. Has querido matarme, ¿eh? ¿Qué has dicho? ¡Contesta¡ ¿Qué has dicho?

Nadie más que el agonizante oyó sus palabras. Produjeron una satisfacción maligna a Roger Biscayne. Su mente no acertaba a comprender los extraños acontecimientos que frustraron sus esfuerzos para matar por medio de los gases y de la bomba. Pero sus ojos vidriosos miraron con rabia al comprender el dilema que afrontaba su cómplice.

-Dije... todo...

Fueron las últimas palabras que salieron entrecortadamente de los labios del moribundo.

Fredericks asió la garganta de Roger Biscayne. Moribundo o no, estaba enfurecido contra el hombre que le había traicionado y delatado.

Weston y Wilhelm pensaron que el médico se había vuelto loco. Cardona, solamente, comprendía lo que sucedía.

Asió a Fredericks por los hombros y lo apartó con violencia de la impotente víctima.

Fredericks se tambaleó y cayó contra la pared. Parecía incapaz de contraatacar. Pero en esto, Cardona se equivocaba.

Levantándose poco a poco, Fredericks avanzó de repente la mano. Un achatado revólver relució en su mano. Encañonó a Cardona. Weston y Wilhelm estaban también en línea como blanco.

-Me atrapó, ¿eh?-interrogó Fredericks-. ¿Cree que me ha atrapado?

Ceñuda la frente, se dirigió hacia la puerta. Su rápida recuperación sorprendió desarmado a Cardona. El detective tenia su arma en el bolsillo y no podía sacarla ahora.

Fredericks estaba en la puerta que daba al pasillo. La abrió ligeramente con la mano izquierda.

-De modo que Biscayne me traicionó ¿eh?-gruñó-. Me traicionó. Quería que yo muriese con Wilhelm. Cantó ¿eh? Ustedes tres saben demasiado, ahora. En consecuencia, éste es el fin de ustedes.

Fredericks tenia el dedo en el gatillo. Sonó un tiro. En torno a la pistola del doctor apareció humo. Pero no era de su revólver.

La mano de La Sombra disparó aquel tiro. Por la abertura de la puerta, el hombre vestido de negro disparó la bala que frustró el intentado crimen.

Fredericks se tambaleó hacia adelante. Su revólver cayó de sus dedos impotentes.

José Cardona disparaba ahora, para asegurarse, vaciando el cargador en el cuerpo del hombre que amenazaba tres vidas.

Fredericks se desplomó muerto sobre el suelo.

La Sombra había desaparecido. Nadie de aquella habitación vislumbró, ni siquiera momentáneamente, a la figura que se desvaneció como por arte de magia.

Se oyeron pisadas ascendiendo las escaleras. Mathew, desde el vestíbulo del hotel, había oído la explosión. No esperó al ascensor.

Subió precipitadamente. Pero los acontecimientos se desarrollaron vertiginosamente en el departamento de la muerte

Desde el momento de la explosión, la acción se desarrolló en breves segundos.

Cardona explicaba la trama del caso al comisario Weston y a Arturo Wilhelm, quienes le escucharon conteniendo el aliento. Roger Biscayne, súper criminal, un verdadero demonio, estaba muerto. Igualmente lo estaba su cómplice, Jorge Fredericks.

Cuando comprendió la verdad, el comisario Weston elogió altamente a José Cardona, cuyo excelente uso de los hechos concretos y su aguda intuición, dieron término de una manera asombrosa, a los extraños acontecimientos.

José Cardona era franco. Le gustaban los honores pero no quería los que no merecía. Sin embargo, se vio obligado a aceptar todos los honores para él.

De nuevo, tan sólo la mano de La Sombra había sido vista. El hombre mismo permanecía en el misterio. Sin embargo, fue él quien ejecutó las proezas.

Pero José Cardona no podía manifestarlo. La Sombra, comprendió Cardona, debía continuar aparte, sin reconocérsele sus méritos.

Sólo La Sombra conocía la verdad de lo ocurrido... y sin embargo él era el desconocido.

¡La Sombra había triunfado de nuevo!

¡La Sombra volvería!

¡La Sombra reía!

FIN